BORIS SOUVARINE — MANES SPERBER — IGNAZE SILONE
WILLIAM H. CHAMBERLIN — JAMES H. BILLINGDON — MILOVAN DJILAS
MICHEL COLLINET — MERLE FAINSOD — PIERRE HERVÉ

10(639-37)

CUARENTA AÑOS DE REVOLUCION SOVIETICA

DRI

PUBLICACIONES DEL

CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

ENERO 1958

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN PERUANA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CUBANA

Biblioteca Nac. y [illegible]
13 MAR 1958
Depósito Legal

AL LECTOR

La Sección chilena del Congreso por la Libertad de la Cultura habría desertado de sus más primordiales deberes si no hubiera prestado la merecida atención al cuadragésimo aniversario del golpe de Estado del Partido Comunista (bolchevique) ruso que dio lugar al alumbramiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Para precisar la significación y consecuencias de tan conspicuo hecho organizó diversos actos públicos, conferencias radiales y publicaciones, que culminan en la edición de este libro.

El modesto volumen que entregamos a la consideración del público preocupado por los grandes acontecimientos de nuestro tiempo está integrado por una selección de trabajos entresacados de la vasta literatura consagrada ya al susodicho acontecimiento y sus repercusiones mundiales. En su primera parte, contiene ensayos de cinco de los más reputados especialistas en el gran tema: Boris Souvarine, Manés Sperber, Ignaze Silone, William H. Chamberlin y James Willington, en los que el lector encontrará un cumplido balance de las promesas y realidades de la generalmente llamada Revolución Soviética. En la segunda parte hemos querido ofrecer al lector chileno los capítulos culminantes de las más sensacionales obras recientemente consagradas al comunismo: "La nueva clase", de Milovan Djilas; "Del bolchevismo", de Michel Collinet, y "¿Dios y César son comunistas?", de Pierre Hervé, más un comentario del propio Collinet sobre la obra "Cómo se gobierna la URSS", de Merle Fainsod.

La indiscutible valía y diversidad de posiciones y ángulos de visión de tan distinguidos autores (cuyo denominador común general es haber sido todos ellos comunistas o afines), da una gran riqueza de valores al conjunto de estas exposiciones, a propósito de las cuales el lector hará bien en recordar que casi todos representan un cúmulo de patéticos sacrificios en aras de la verdad, la libertad y la justicia.

Primera parte

PROMESAS Y REALIDADES

Boris Souvarine

EL "OCTUBRE" SOVIETICO: FICCIONES Y REALIDADES

El 7 de noviembre de 1917 (25 de octubre del calendario ruso), a las diez de la mañana, el Comité militar revolucionario que presidía y dirigía Trotski, órgano del Soviet de Petrogrado, del que aquél era también presidente y líder, anunciaba en una proclama: *"El gobierno provisional ha sido depuesto. El poder ha pasado a manos del Comité militar revolucionario, órgano del Soviet de Petrogrado, que se halla a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado".*

El mismo día por la tarde, el Soviet de Petrogrado celebraba una sesión extraordinaria, de la que *Isvestia*, del día siguiente, y otros periódicos bolcheviques dieron un informe que empezaba así:

"La sesión se abre a las 2 horas 35 de la tarde. Trotski está solo en la mesa de la presidencia".

"Declaración de Trotski: *En nombre del Comité militar revolucionario, declaro que el gobierno provisional ya no existe.* (Aplausos). *Algunos ministros han sido detenidos.* (Bravo). *Los demás lo serán dentro de algunos días o de algunas horas.* (Aplausos). *La guarnición revolucionaria, que está a la disposición del Comité militar revolucionario, ha disuelto el Preparlamento.* (Vivos aplausos. Gritos: ¡Viva el Comité militar revolucionario!)"

Era, pues, un Comité militar que disponía de las tropas acuarteladas en Petrogrado, de destacamentos obreros armados y de "guardias rojos", el que había tomado el poder en la capital de Rusia en el curso de la noche del 6 al 7 de noviem-

bre. No tuvo que vencer, por decirlo así, ninguna resistencia: "*Los habitantes dormían apaciblemente y no sabían que en aquel momento un nuevo poder substituía al antiguo*", dijo Trotski. Más tarde Lenin lo confirmará en estos términos: "*Era fácil iniciar la revolución en un país así. Fue más sencillo que levantar una pluma*".

En este primer discurso pronunciado en nombre del nuevo régimen, Trotski prosiguió: "*Los primeros actos del nuevo poder deben ser: el armisticio inmediato en todos los frentes, la transmisión de la tierra a manos de los campesinos, la convocación con la mayor rapidez posible de una Asamblea constituyente verdaderamente democrática*". Y al terminar saludó e hizo aclamar a Lenin, quien después de tres meses de vida clandestina acababa de entrar en la sala.

En este momento, el Comité militar revolucionario sólo era dueño de una parte de Petrogrado y no había tomado aún el Palacio de Invierno, sede del gobierno. En la noche del 7, se inauguró el segundo Congreso de todos los Soviets y los diversos grupos socialistas no bolcheviques protestaron contra el golpe de Estado militar que estaba llevándose a efecto. Martov, en nombre de los socialdemócratas, depositó una resolución cuyo primer punto manifestaba: "*El golpe de Estado que en Petrogrado confiere todo el poder al Comité militar revolucionario un día antes de la apertura del Congreso, ha sido organizado por un solo partido mediante una conspiración militar*". Otras intervenciones denunciaron la *conjuración militar* que usurpaba el papel de la futura Asamblea constituyente, resolviendo la cuestión del poder.

Lo que los bolcheviques han llamado *revolución de octubre*, y hasta *revolución proletaria*, fue en realidad una acción a mano armada contra un gobierno sin defensa, un golpe de Estado llevado a cabo por un Comité militar revolucionario que actuaba por cuenta de un partido minoritario. Todos los textos de la época lo demuestran. Fue más tarde solamente cuando se impuso una revolución ordenada desde arriba a los pueblos del Imperio que, es cierto, deseaban la paz.

a los campesinos que, en efecto, ansiaban la posesión de la tierra, pero que no pensaban en absoluto ni en el socialismo ni en el comunismo.

* * *

Al frente del Soviet de Petrogrado y de su Comité militar, Trotski había llevado a la práctica una decisión adoptada en 23 de octubre por el Comité Central del Partido bolchevique. Lenin y Zinoviev, que se ocultaban desde el mes de julio para evitar todo riesgo de ser detenidos, habían salido de sus escondrijos a fin de tomar parte en la sesión. Desde mediados de septiembre, Lenin había inscrito la insurrección en el orden del día, repitiendo y explicando la frase de Marx según la cual la insurrección debe ser *considerada como un arte*. Después del 15 de octubre apremia a sus camaradas para que pasen a la acción, sin esperar la reunión del segundo Congreso de los Soviets, convocado para el 7 de noviembre y, lo que es peor, sin esperar la Asamblea constituyente.

Por diez votos contra dos, el Comité central decidió preparar la *insurrección armada*. A ello se oponían Zinoviev y Kamenev, dos de los auxiliares más inmediatos de Lenin. Después de su regreso a Rusia (abril de 1917), éste había tenido mucha dificultad para hacer aceptar sus puntos de vista a los principales militantes leninistas. Al principio de la revolución, la mayor parte de ellos tendía a sostener al gobierno provisional; después trataron de formar una coalición con los demás partidos socialistas. Lenin no interpretaba el criterio de su partido, ni tampoco las aspiraciones profundas del proletariado. Antes de triunfar, necesitará convencer a sus seguidores más fieles.

Según el testimonio de Stalin: "*Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata de Trotski, presidente del Soviet de Petrogrado. Puede decirse con certeza que, en lo que concierne al hecho de que la guarnición se pasara rápidamente al lado del Soviet,*

y a la hábil organización del trabajo del Comité militar revolucionario, el partido debe agradecerlo ante todo y sobre todo al camarada Trotski". Stalin censuró estas líneas en la reimpresión de sus escritos, pero a pesar de ello subsisten.

El Comité militar revolucionario, al ejecutar las instrucciones de Lenin, tomó sus disposiciones a la vista de todo el mundo, sin encontrar obstáculos. *"En el centro de este trabajo de movilización se hallaba el Soviet de Petrogrado, que de manera evidente había elegido para la presidencia a Trotski, el tribuno más brillante del levantamiento proletario"*, escribe Bujarin, que relata en estos términos la escena del 7 de noviembre, en el Soviet de Petrogrado:

"Trotski, tribuno espléndido y valeroso del levantamiento, apóstol infatigable y ardiente de la revolución, declaró en nombre del Comité militar revolucionario al Soviet de Petrogrado, bajo los atronadores aplausos de los asistentes, que el gobierno provisional ya no existía. Y como prueba tangible de este hecho, apareció en la tribuna, saludado por una formidable ovación, Lenin, que la nueva revolución liberaba del misterio de que había tenido que rodearse".

Así pues, Stalin y Bujarin rendían aún homenaje al Comité militar de Petrogrado, famoso en su tiempo y olvidado después, y hacían asimismo justicia a Trotski en los primeros años del régimen soviético. La leyenda de la revolución proletaria y la mitología de Octubre han sido elaboradas mucho después. Los herederos de Lenin y de Trotski son los que van a falsificar la historia y atribuirse toda suerte de méritos imaginarios. A decir verdad, los dirigentes en jefe fueron los primeros responsables de ello, por haber despersonalizado demasiado su éxito en beneficio de un proletariado ficticio y del partido bolchevique anónimo, mientras sus adversarios políticos denunciaban de antemano el poder de *Lenin y Trotski*, o mejor dicho, de *Trotski y Lenin*.

Evocando sin cesar *los horrores de la guerra*, Lenin supo explotar con maestría unas circunstancias excepcionalmente propicias: los soldados campesinos no querían combatir más y aspiraban al reparto de las tierras; la guarnición de la ca-

pital prefería seguir a los bolcheviques antes que ir al frente; las masas populares incultas se dejaban seducir de buena gana con promesas irrealizables: en todo esto no había la menor huella de socialismo ni de comunismo.

•
• •

El Comité Central del Partido había justificado con cuatro argumentos la resolución que originó la insurrección armada: 1.– *"La rebelión en la flota alemana, expresión extrema del desarrollo de una revolución socialista mundial en toda Europa;* 2.– *La amenaza de una paz entre los imperialistas, que tenía como fin ahogar la revolución en Rusia;* 3.– *La intención evidente de la burguesía rusa y de Kerenski y compañía de entregar Petersburgo a los alemanes;* 4.– *La conquista de la mayoría en el seno de los Soviets por el partido del proletariado...".* Estas cuatro afirmaciones eran falsas, pero su falsedad no iba a impedir que se resolviera por la fuerza la cuestión del poder.

En efecto, las sublevaciones en la marina alemana atestiguaban un cansancio, una hostilidad hacia la continuación de la guerra, no una voluntad de revolución socialista mundial. Los "imperialistas" no estaban en absoluto dispuestos a concertar una paz de transacción para ahogar la revolución rusa. Kerenski no tenía evidentemente ninguna intención del género que le atribuían Lenin y Trotski, sino muy al contrario. Todo esto no merece siquiera discutirse. Acerca del cuarto punto, todavía son necesarias algunas precisiones.

Los bolcheviques habían obtenido la mayoría en los Soviets de Petrogrado y de Moscú, así como en otras ciudades; pero los Soviets perdían poco a poco su carácter espontáneamente representativo y, por otra parte, la llamada mayoría estaba por la paz y no por el socialismo o el comunismo. La extrema izquierda tumultuosa y vociferante hacía huir a los delegados socialistas de todos los matices, mientras que unos y otros eran designados al azar de las improvisaciones y en me-

dio de una arbitrariedad indescriptible. Los soviets no tenían existencia legal ni estatutaria, sus miembros eran elegidos más o menos regularmente por el procedimiento de manos levantadas, por un número impreciso de votantes, y nadie podía verificar los mandatos. Todas las actas de las sesiones mencionan impugnaciones de carácter representativo cada vez que un orador desagrada a una fracción apasionada de la Asamblea. En estas condiciones, la "conquista de la mayoría" no refleja más que una realidad ilusoria. Tampoco Zinoviev y Kamenev se dejaban embaucar por las mayorías engañosas, y para protestar contra la decisión del Comité central, relativa a la insurrección, escribían: "Se dice: 1.– *Hemos tenido la mayoría del pueblo en Rusia;* 2.– *La mayoría del proletariado internacional está con nosotros. Por desgracia, nada de esto es exacto... Estamos seguros, por ejemplo, de que si las elecciones para la Constituyente tienen lugar, la mayoría de los campesinos votará por los socialistas revolucionarios*". El porvenir debía darles la razón, pero creyeron haberse equivocado, porque su Partido permaneció en el poder renegando de sus principios y de sus promesas.

Con objeto de comparar más adelante la teoría del bolchevismo con la práctica, es necesario dirigir una mirada retrospectiva sobre las opiniones políticas de Lenin y de Trotski, incluso sin remontarse más allá del texto que se ha hecho célebre bajo el nombre de "Tesis de abril" y que es el primer escrito de Lenin después de su regreso a Rusia, seis meses antes de los acontecimientos de octubre.

•
• •

"*Rusia es hoy el país más libre del mundo*", comprueba Lenin en dicha tesis, y pronto repetirá en un folleto: "*Hoy en día, no hay en el mundo un país más libre que Rusia*". En vísperas del golpe de Estado insiste aún: "*Nosotros, que tenemos decenas de periódicos, libertad de reunión, la mayoría en los Soviets, nosotros... que estamos en la situación más*

privilegiada del mundo...", ¿qué esperamos para tomar el poder?

Lenin preconiza: "*La supresión de la policía, del ejército, del funcionarismo. El sueldo de todos los funcionarios, elegidos y revocables en todo momento, no ha de exceder del salario medio de un buen obrero*". Entonces quiere "*la substitución del ejército permanente por el armamento general del pueblo*", e instaurar un nuevo tipo de Estado "*tomando por modelo la Comuna de París*", (y la Comuna de París, donde predominaban los prudhonianos mutualistas y los jacobinos blanquistas, ignoraban el marxismo). Finalmente, no tiene confianza más que en los Soviets, sin los cuales "*la convocación de la Asamblea constituyente dista mucho de estar asegurada y su éxito es imposible*".

Inmediatamente después trata de la "*dualidad del poder*", oponiendo la influencia de los Soviets a la autoridad del gobierno, y lo hace en los términos siguientes: "*La dictadura revolucionaria, es decir un poder que se apoye directamente en la acción revolucionaria, en la iniciativa inmediata de los de abajo, del pueblo*, y no en una ley *promulgada por una autoridad gubernamental centralizada... Este poder es del mismo tipo que la Comuna de París de 1871... En la medida en que los Soviets existen, en la medida en que constituyen el poder, existe en Rusia un Estado del tipo de la Comuna de París*".

Sin embargo, precisa, "*para convertirse en poder, los obreros conscientes deben conquistar la mayoría: mientras no se emplee la violencia contra el pueblo, no hay otro medio. Nosotros no somos blanquistas, partidarios de la toma del poder por una minoría*". No tardará en olvidar este principio para contentarse con arrastrar tan sólo a una minoría activa de sus partidarios. Por otra parte, en una "*Carta sobre la táctica*", observa que "*el poder efectivo en Petrogrado pertenece a los obreros y a los soldados; el nuevo gobierno no les hace violencia, ni puede hacerla, pues por encima del pueblo no hay policía, ni ejército separado de la nación, ni burocracia omnipotente*".

Obsesionado por el precedente de la Comuna de P
ris e irritado por la acusación del blanquismo, sostiene qu
la experiencia de la Comuna "ha excluido absolutamente el
blanquismo, ha garantizado absolutamente la dominación pu
ra y sencilla, inmediata e incondicional de la mayoría, y tan
bién la actividad de las masas, únicamente de conformida
con la intervención consciente de esta mayoría". Cita a Engels
según el cual en París los blanquistas y los prudhonianos h
cieron lo contrario de lo que prescribían sus doctrinas.

Tampoco quiere que se le tome por un anarquista. "...D
fiendo la necesidad del Estado... solamente, de conform
dad con Marx y con la experiencia de la Comuna de París, n
del Estado parlamentario burgués ordinario, sino de un Est
do sin ejército permanente, sin policía opuesta al pueblo, sin
cuerpo de funcionarios instalados por encima del pueblo".

A su manera, hace una distinción entre democracia y de
mocracia: "La democracia es una de las formas del Estad
Ahora bien, nosotros los marxistas somos los enemigos de t
do Estado". Pero también establece una diferencia entre b
tado y Estado: "El marxismo se diferencia del anarquismo e
que reconoce la necesidad de un Estado para preparar el so
cialismo, solamente..., no de un Estado del tipo de la demo
cracia burguesa ordinaria, sino del tipo de la Comuna d
París".

La Comuna, siempre la Comuna: "La Comuna, es dec
los Soviets de diputados, obreros y campesinos, no "decreta
ni cuenta, ni debe decretar ninguna reforma que no haya m
durado absolutamente, a la vez, en la realidad económica y en
la conciencia de la mayoría aplastante del pueblo". Pero s
contradirá al reconocer por otra parte, "la escasa importan
cia numérica del proletariado ruso, su falta de conciencia y d
organización... otro lado de la medalla". El proletariado n
era sino una pequeña minoría del pueblo ruso, y los bolche
ques no han representado nunca entre sus filas más que un
íntima minoría, dentro de esta pequeña minoría.

En su folleto, *¿Los bolcheviques conservarán el pod*
escribe, con una seguridad creciente, cuando su partido h

uplicado ya sus efectivos: "Después de la revolución de 1905, ciento treinta mil nobles administraron a Rusia, ejerciendo constantes violencias contra ciento cincuenta millones de hombres... Y los doscientos cuarenta mil miembros del partido bolchevique, ¿no podrían acaso dirigir a Rusia, en interés de los pobres y contra los ricos? Estos doscientos cuarenta mil hombres ya tienen ahora un millón *de adeptos por lo menos... Ya estamos, pues, en posesión de un "aparato estatal" de un millón de hombres cuya abnegación para el Estado socialista se basa en razones de orden moral...".*

Así pues, los doscientos cuarenta mil seguidores de Lenin y un hipotético millón de seguidores de estos seguidores son los que constituirán el Estado futuro, un Estado sin policía, sin ejército, sin funcionarios profesionales: *"La substitución de la policía por una milicia popular es una reforma que se deriva de toda la marcha de la revolución... No hay más que un medio para impedir el restablecimiento de la policía: formar una milicia popular fusionada con el ejército... En esta milicia entrarán todos los ciudadanos y todas las ciudadanas de quince a sesenta y cinco años...".*

Lenin escribe entonces *El Estado y La Revolución* para argumentar más a fondo, citando copiosamente a Marx y a Engels, en el sentido de la necesaria supresión de la policía, del ejército y de la burocracia: *"Desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a sus opresores,* ¡ya no es necesaria *una fuerza especial de represión! En este sentido es como el Estado* empieza a debilitarse". La Comuna adoptó una medida particularmente notable al reducir los sueldos *"de todos los funcionarios al nivel del* salario de un obrero". Hay que destruir *"el Estado parásito"*, mediante la dictadura del proletariado, que es la transición hacia la supresión de todo Estado, sin olvidar *"que el debilitamiento del Estado es el debilitamiento de la democracia"*. Entre el capitalismo y el comunismo, el socialismo sirve de transición, después de la cual el Estado debe desaparecer.

* * *

Tales eran las ideas doctrinales de Lenin, que será pre-
so comparar con las realidades soviéticas ulteriores. En lo re-
ferente a los poblemas planteados por la actualidad palpi-
te, las soluciones leninistas no dejaban nada que desear en
cuanto a claridad y sencillez categórica.

"Sólo" el proletariado en el poder pondrá fin a los "ho-
rrores de la guerra", afirma Lenin, que se identifica con el
proletariado. *"Nosotros queremos rehacer el mundo. Nosotros*
queremos terminar la guerra mundial imperialista". Pero, ¿có-
mo? *"El gobierno soviético propondrá inmediatamente una*
paz justa a todos los Estados beligerantes y . . . como consecuen-
cia de ello, obtendrá según todas las probabilidades, un ar-
misticio seguido de una paz rápida". Esta paz será mil veces
definida por Lenin y Trotski como *"honrada"*, sin anexiones
ni indemnizaciones de guerra, y asegurará a los pueblos el de-
recho a disponer de sí mismos. Y si, a pesar de todo, ¿la Ale-
mania imperial e imperialista no accediera a una paz de ese
género?

Pero Lenin juzga improbable la eventualidad de una ne-
gativa alemana: *"Para una guerra verdaderamente revolucio-*
naria, Rusia tiene todavía recursos materiales y morales in-
mensos. Así pues, hay noventa y nueve probabilidades contra
ciento de que los alemanes nos concedan un armisticio, por lo
menos. Ahora bien, obtener un armisticio ahora es vencer al
mundo entero" (subrayado por Lenin).

Al acusar a *"los imperialistas anglo-franceses de estar pre-*
parando el reparto de Rusia, mediante una paz separada", afir-
mación notoriamente inexacta, Lenin considera, no obstante,
la posibilidad de lo peor: *"Al proponer inmediatamente una*
paz sin anexión, al romper inmediatamente con los imperia-
listas aliados y con todos los imperialistas, obtendremos inme-
diatamente un armisticio, o bien la adopción de la defensa por
el proletariado revolucionario, bajo cuya dirección la demo-
cracia revolucionaria dirigirá entonces una guerra verdadera-
mente justa y revolucionaria".

Este empeño de hacer la guerra, si Alemania no suscribe
una paz *"honrada"*, lo renueva Lenin bajo la forma siguien-

te: "Si se realiza la cosa menos probable, es decir si ninguno de los Estados beligerantes acepta siquiera un armisticio, la guerra nos habrá sido verdaderamente impuesta, y entonces será para nosotros una guerra verdaderamente justa y defensiva".

Pero cuando propone su decreto sobre la paz al segundo Congreso de los Soviets, su lenguaje se templa con prudencia: *"Es cierto que vamos a defender por todos los medios nuestro programa de paz, sin anexiones ni indemnizaciones ... Discutir no es aceptar. Haremos referencia a la Constituyente, que tendrá el poder de decidir, en definitiva, qué condiciones son aceptables y cuáles son aquellas a las que no se puede acceder".* El decreto autorizaba al gobierno soviético a *"comenzar inmediatamente las negociaciones relativas a una paz justa y democrática"*. Sin perder tiempo, Trotski hizo presentar a los embajadores de los países interesados una *"proposición de armisticio y de paz democrática, sin anexiones ni indemnizaciones, sobre la base del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos"*.

Sólo faltaba el asentimiento de los beligerantes. A falta de éste, Lenin contaba con la revolución en todos los países: *"No existe en el mundo una fuerza capaz de impedir que los bolcheviques,* si no se dejan asustar, *se adueñen del poder y lo conserven hasta la victoria de la revolución socialista universal"*. En su artículo "La crisis está madura", afirma que *"el fin de septiembre marca el comienzo de una era nueva en la historia de la revolución rusa y, muy probablemente, de la revolución mundial"*. Y más afirmativo aún, concluye: *"La duda ya no está permitida; estamos en vísperas de la revolución proletaria mundial"*.

Cuando Lenin decía: *"La duda ya no está permitida"*, Trotski le hacía eco: *"No hay ninguna duda"*. Y como Marx había pronosticado: *"El francés empezará, el alemán terminará"*, Lenin parafraseaba: *"El ruso ha empezado, el alemán, el francés y el inglés terminarán ..."*. En "El espantajo de la guerra civil", repite: *"El desarrollo y la ineluctabilidad de la revolución socialista universal están fuera de dudas"*, y prevé *"la*

revolución victoriosa del proletariado socialista en el mundo entero". Califica despectivamente de "Luis Blanc" a todos los socialistas que no comparten sus convicciones.

* * *

Pero después de su llegada a Petrogrado, en abril, Lenin lanzaba una acusación contra el gobierno provisional: "Ni cree toda suerte de dificultades. *Ni siquiera ha fijado* sin embargo *fecha de la convocación de la Constituyente* .... *No ha publicado los tratados secretos*", etc. El partido bolchevique hace suya la reivindicación de una Asamblea constituyente, al mismo tiempo que reclamaba el poder para los Soviets. Después del fracaso de un motín, en julio, Lenin cambia de táctica y renuncia a la consigna: "*Todo el poder para los Soviets*". Ha de decir ésta: "*Todo el poder para la clase obrera, dirigida por el partido bolchevique*". En resumen, exalta a los Soviets cuando con ello cree ganar la voluntad de la mayoría, pero si la mayoría le es adversa, entonces no quiere saber nada de ellos.

"*No son los Soviets, en general, los que están en tela de juicio, sino los Soviets actuales*", subraya. "*Los Soviets actuales se han derrumbado, han fracasado por completo, porque están dominados por los partidos socialista revolucionario y menchevique*". Pero al siguiente mes, cambia una vez más de opinión: su periódico exige, a fines de agosto, la abolición de la pena de muerte, la publicación de los tratados secretos, la convocación de la Constituyente; y Lenin admite una fórmula de transacción, repitiendo la vieja consigna: "*Todo el poder para los Soviets. Formación de un gobierno con socialistas revolucionarios y mencheviques, responsables ante los Soviets*". Y sigue diciendo: "*Convocación de la Asamblea constituyente a fecha fija, sin ningún retraso, e incluso en un plazo más inmediato*".

Entonces, ¿cómo concibe Lenin la vida política? En "El Espantajo" lo explica así: "*El desarrollo pacífico de la revolución sería posible y probable si todo el poder fuera entre-*

revolución victoriosa del proletariado socialista en el mundo entero". Califica despectivamente de "Luis Blanc" a todos los socialistas que no comparten sus convicciones.

• • •

Poco después de su llegada a Petrogrado, en abril, Lenin lanzaba una acusación contra el gobierno provisional: "*Ya crea toda suerte de dificultades. Ni siquiera ha fijado aún la fecha de la convocación de la Constituyente . . . No ha publicado los tratados secretos*", etc. El partido bolchevique hacía suya la reivindicación de una Asamblea constituyente, al mismo tiempo que reclamaba el poder para los Soviets. Después del fracaso de un motín, en julio, Lenin cambia de táctica y renuncia a la consigna: "*Todo el poder para los Soviets*". Pretende ésta: "*Todo el poder para la clase obrera, dirigida por el partido bolchevique*". En resumen, exalta a los Soviets cuando con ello cree ganar la voluntad de la mayoría, pero si la mayoría le es adversa, entonces no quiere saber nada de ellos.

"*No son los Soviets, en general, los que están en tela de juicio, sino los Soviets actuales*", subraya. "*Los Soviets actuales se han derrumbado, han fracasado por completo, porque están dominados por los partidos socialista revolucionario y menchevique*". Pero al siguiente mes, cambia una vez más de opinión: su periódico exige, a fines de agosto, la abolición de la pena de muerte, la publicación de los tratados secretos, la convocación de la Constituyente; y Lenin admite una forma de transacción, repitiendo la vieja consigna: "*Todo el poder para los Soviets. Formación de un gobierno con socialistas revolucionarios y mencheviques, responsables ante los Soviets*". Y sigue diciendo: "*Convocación de la Asamblea constituyente a fecha fija, sin ningún retraso, e incluso en un plazo más inmediato*".

Entonces, ¿cómo concibe Lenin la vida política? En "El Espantajo" lo explica así: "*El desarrollo pacífico de la revolución sería* posible y probable *si todo el poder fuera entregado*

a los Soviets. En el seno de los Soviets, la lucha de los partidos por el poder puede desarrollarse pacíficamente, a condición de que éstos Soviets sean, plenamente democráticos...

No ve contradicción alguna entre el poder eventual de los Soviets y la reunión de la Constituyente. En una *Carta a los camaradas* reprende a Zinoviev y a Kamenev: "*¿Es realmente tan difícil comprender que, si el poder se encuentra entre las manos de los Soviets, la Asamblea constituyente y su éxito están asegurados? Esto es lo que han repetido hasta la saciedad los bolcheviques... la convocación de la Constituyente y la eficacia de esta última depende de la toma del poder por los Soviets: vieja verdad bolchevique...*".

Lenin llega hasta a escribir un artículo titulado: "Cómo asegurar el éxito de la Asamblea constituyente" (28 de septiembre), en el que, recordando sus declaraciones anteriores, preconiza la incautación de las imprentas y de las existencias de papel, así como el monopolio estatal de los anuncios, para publicar en millones de ejemplares periódicos y folletos destinados a la población campesina inconsciente o inerte. El poder disponer el Estado de estas imprentas y de las reservas de papel, en común con todos los partidos y grupos de ciudadanos capaces de reunir un cierto número de firmas, "*sería la verdadera libertad de la prensa para todos, y no sólo para los ricos*".

A tantas bellas promesas, añade otras destinadas a las minorías nacionales: "*En la cuestión nacional, el partido del proletariado preconizará ante todo la proclamación y la realización inmediata de la libertad total de separarse del Estado ruso, para todas las naciones y todos los pueblos oprimidos por el zarismo, anexionados o mantenidos por la fuerza a este Estado*".

En *¿Los bolcheviques conservarán el poder?* pretende que sólo el proletariado, o en otras palabras, el partido bolchevique, asegurará "*la restitución inmediata e íntegra de su libertad a Finlandia, a Ucrania, a la Rusia Blanca, a los musulmanes, etc.*". Y en "Las tareas de la revolución" afirma: "*Tenemos el deber de hacer justicia inmediatamente a la situación*

de los ucranianos y de los finlandeses, de asegurarles, así como a los "alógenos" que habitan en Rusia, una libertad completa, hasta llegar incluso a la libertad de separación; aplicar los mismos principios al conjunto de Armenia, comprometernos a evacuarla, lo mismo que los territorios turcos ocupados por nosotros, etc.".

Por último, en materia agraria, Lenin había cambiado varias veces de programa, para formular al fin, en 1917, el punto principal del modo siguiente:

"Debemos reclamar la nacionalización de todas las tierras, es decir su entrega en plena propiedad al poder central... La disposición de la tierra, la fijación de las condiciones locales de posesión y disfrute deben depender entera y exclusivamente, no de la burocracia y de los funcionarios, sino de los Soviets locales y regionales de diputados campesinos". Renuncia, por consiguiente, a la socialización de la agricultura, a fin de conciliarse la voluntad de los campesinos, se limita a la confiscación de las grandes propiedades, dejando a los comités campesinos locales el cuidado de repartir la tierra y de hacer el inventario, y aplaza la solución definitiva hasta la reunión de la Asamblea constituyente.

Parece pues, que toma en serio la Constituyente, lo que contradice su prisa por adueñarse del poder aun antes de que se celebre el segundo Congreso de los Soviets. He aquí cómo justifica Trotski esta prisa, él que, en contra de la opinión de Lenin, hubiera preferido esperar la reunión de este Congreso: *"Se nos dice: no habéis esperado el Congreso de los Soviets. Nosotros hubiéramos esperado, pero Kerenski no ha querido; los contrarrevolucionarios vigilaban"*. Las obras imprentas de Lenin desmienten la aserción de Trotski. En verdad, es Lenin quien no ha querido esperar: los tomos 24, 25 y 26 de sus *Obras completas* están aquí para probarlo.

• • •

¿Cómo iban a cumplir sus compromisos los bolcheviques? El segundo Congreso de los Soviets, que ha ratificado el golpe

de Estado, no reflejaba en absoluto la opinión del país por las razones ya expresadas. Según *Isvestia*, del 8 de noviembre, el Congreso estaba formado por 860 delegados, de los cuales sólo 513 estaban inscritos, 250 bolcheviques, 159 socialistas revolucionarios, 60 mencheviques, una treintena de "diversos" y 347 desconocidos. Según *Pravda*, del 11, la Comisión de los mandatos había contado 670 delegados, 300 bolcheviques, 193 socialistas revolucionarios, 68 mencheviques, etc.; 100 o 150 delegados habían abandonado el Congreso. Estas dos versiones dan una idea de este extraño caos y del poco valor representativo de esta reunión informe, que dio carta blanca a Lenin. Después de la partida de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios de derecha y del centro, sólo quedaban al lado de los bolcheviques, alianza efímera, sus aliados socialistas revolucionarios de izquierda y algunos socialdemócratas internacionalistas que todavía no habían perdido todas las ilusiones.

Ninguna oposición era posible en estas condiciones, ni siquiera ningún verdadero debate. Las tímidas objeciones no encontraron eco en el Congreso, y las protestas elevadas fuera de él por los partidos democráticos quedaron sin efecto, por falta de fuerza material para traducirlas en actos. Lenin logró hacer aprobar por unanimidad sus decretos relativos a la paz y a la propiedad de la tierra.

Es de suponer que se hicieron oir críticas a propósito del decreto agrario, puesto que Lenin ha respondido a ellas: "*Se elevan voces diciendo que este decreto y este mandato han sido redactados por los socialistas revolucionarios. Pues bien, ¿qué pasa? ¿Qué importa quién los ha redactado? Siendo un gobierno democrático, nosotros no podemos eludir la decisión de las masas, incluso si ésta no concuerda con nuestras opiniones...*". Y un día se jactará de su palinodia: "*Los bolcheviques vencedores... copiaron palabra por palabra el programa electoral agrario de los socialistas revolucionarios*". Lo esencial para él no era, pues, la fidelidad a los principios, sino la conquista y la conservación del poder a toda costa.

El decreto de Lenin concerniente a la prensa, publicado

el 10 de noviembre, que confirmaba las medidas tomadas por el Comité militar para suprimir los periódicos de oposición culpables "de envenenar" los espíritus y de "perturbar la conciencia de las masas", estipulaba, no obstante: "Tan pronto como esté consolidado el nuevo orden, toda presión administrativa sobre la prensa cesará, una libertad completa de la prensa será establecida, dentro de los límites de la responsabilidad ante la ley, según la legislación más generosa y más progresista".

Ocho días más tarde, se entabló una discusión sobre este asunto en el seno del Comité ejecutivo de los Soviets, entre los bolcheviques de diferentes matices y los socialistas revolucionarios de izquierda (en esta fecha aún eran posibles tales discusiones, pero esto no duró mucho tiempo). Larin propuso que se derogara el decreto de Lenin y que cesaran las persecuciones arbitrarias, diciendo: "Las medidas adoptadas contra la prensa podían explicarse en el curso de la lucha, pero ya no deben aplicarse en el momento presente. La prensa debe ser libre, sólo puede exigirse de ella que no incite a la rebelión".

Karelin, socialista revolucionario de izquierda, protestó en estos términos: "Hace tres semanas, los bolcheviques reclamaban la libertad de la prensa. Sus argumentos recuerdan el punto de vista de la Unión del Pueblo Ruso (reaccionario extremista) y de los censores del régimen zarista, incluso en el estilo, pues aquéllos hablaban también del envenenamiento del pueblo".

Trouski que, en su calidad de presidente del Comité militar era el autor de las medidas tomadas contra la prensa disidente, hizo frente a las críticas: "Debemos confiscar las imprentas y las reservas de papel, y declarar que son propiedad social. (Voces en la sala: Propiedad bolchevique). Sí, nuestro objetivo es hacer de ello una propiedad social. Todos los grupos pueden disponer del papel y de las imprentas, todos los soldados y campesinos... Decís que nosotros hemos reivindicado la libertad de prensa para la Pravda. Pero entonces las condi-

ciones eran de tal clase que reclamábamos el programa mínimo. Ahora queremos el máximo".

Por 34 votos contra 24, el Comité ejecutivo aprobó las medidas arbitrarias del poder. *"En minoría votan los socialistas revolucionarios de izquierda y, de la fracción bolchevique, Riazanov y Lozovski. Al explicar su voto, Riazanov declara que no puede votar por una restricción de la libertad de la prensa, pues él es partidario de la libertad de la prensa para los anarquistas también".* (*Novaya Jizn*, 18 de noviembre). Era evidente que, una vez en este camino, los bolcheviques, obsesionados por el poder, iban a aniquilar toda posibilidad de expresión no conformista. Pero su partido no estaba aún domesticado: siguiendo el ejemplo de Riazanov y de Lozovski, un grupo de "leninistas" eminentes manifestó por última vez veleidades de resistencia al vértigo de la dictadura. Conviene hacer resaltar su tentativa.

•
• •

La cuestión de una inteligencia entre los partidos socialistas para formar un gobierno de coalición interino, hasta la sesión de la Asamblea constituyente, y para evitar la guerra civil, era discutida permanentemente en las altas esferas del Partido, no obstante el *non possumus* de Lenin y de Trotski, que sentían sólo desprecio por los "conciliadores". En el curso de una conferencia de la organización del Partido en Petrogrado, Lenin declaró claramente: *"En cuanto a dicha inteligencia ... ni siquiera puedo hablar seriamente de ella. Trotski ha dicho hace tiempo que la unión es imposible. Trotski lo ha comprendido y, desde entonces, no hay mejor bolchevique que él".*

Después de la sesión del Comité ejecutivo, que aprobó las medidas contra la libertad de prensa, los socialistas revolucionarios de izquierda habían decidido retirar a sus representantes de todos los órganos del poder soviético y sólo permanecer en el Comité ejecutivo en calidad de observadores. Diez días después del golpe de octubre, ya era la desilusión y casi

la ruptura. Entonces, varios miembros del Consejo de los Comisarios del Pueblo y del Comité central del Partido dimitieron para protestar contra el sectarismo de sus líderes, del que pronosticaban funestas consecuencias.

Noguin, Rikov, Miliutin y Theodorich hicieron pública una declaración sobre *"la necesidad de constituir un gobierno socialista con todos los partidos soviéticos"*, explicando su dimisión del Consejo de los Comisarios: *"Nosotros creemos que fuera de este camino, sólo queda otro; la conservación de un gobierno puramente bolchevique por medio del terror político. El Consejo de los Comisarios del Pueblo se ha lanzado por este camino. Nosotros no podemos, ni queremos, seguirle"*. Riazanov, Derbychev, Arbuzov, Yureniev, Fedoroc y Larin se asociaron a esta declaración y a la dimisión. Chliapnikov suscribió la declaración, pero sin dimitir. Lunatcharski había pretextado ya un bombardeo de catedrales y del Kremlin en Moscú para retirarse del gobierno: *"Ya no puedo más"*, escribía.

El mismo día, 17 de noviembre, Kamenev, Rikov, Miliutin, Zinoviev y Noguin dimitían del Comité Central del Partido, que había excluido toda posibilidad de transacción *"en lo concerniente a la constitución de un gobierno soviético socialista con los partidos que participaban en los Soviets"*. Su declaración deplora *"una serie de actos que prueban claramente que él* (el grupo que dirige el Comité Central) *ha decidido firmemente no tolerar la constitución de un gobierno de los partidos soviéticos, así como defender a toda costa un gobierno puramente bolchevique, sin contar las víctimas entre los obreros y los soldados que esto podría costar"*.

Así pues, había entonces discípulos de Lenin capaces de comprender que un gobierno exclusivamente bolchevique no podría durar, a no ser por el *"terror político"* y *"sin contar las víctimas"*; y capaces también de sostener su convicción, renunciando a las ventajas personales. Los acontecimientos debían darles la razón más allá del pesimismo más sombrío. Pero los protestantes que preferían los principios a las satisfacciones del poder, tropezaban con una convicción más fuerte que la suya y sobre todo con la voluntad

inquebrantable de Lenin y de Trotski, los dos jefes cuyo temperamento se imponía en este caso y que tomaban sus intuiciones como si fueran ciencia. Antes de octubre, "*sólo Lenin y Trotski eran partidarios de la insurrección*", ha escrito John Reed, en un libro cuyo prefacio es de Lenin. Después de octubre, eran los únicos, o casi los únicos, que estaban resueltos a ejercer el poder sin compartirlo con nadie. Su intransigencia acabó por triunfar, primero en el Partido, y después en el país.

• • •

Lenin y Trotski han demostrado que, en un concurso de circunstancias único, en un determinado momento preciso, el partido bolchevique podía adueñarse del poder. "*Si no hubiésemos tomado el poder en octubre, no lo hubiésemos tenido nunca*", ha reconocido Trotski. Según una frase de Lenin, todo había estado suspendido "*de un cabello*". Después, una vez ya en el poder, este partido ha demostrado que podía mantenerse efectivamente en él, por el terror y sin contar las víctimas. Pero nada más.

El gobierno bolchevique sólo ha mantenido su promesa de divulgar los tratados secretos: esto no ha cambiado en nada el curso de los hechos ni es bastante para justificar la "*revolución de Octubre*". Pero ninguna de las demás promesas de Lenin ha sido cumplida y, por el contrario, el régimen fruto del golpe de Estado no ha cesado de hacer exactamente lo opuesto al contenido de su propio programa.

Inmediatamente después de octubre, un antiguo amigo de Lenin, tan íntimo como lo era Gorki, hubo de indignarse de los procedimientos que el gobierno ponía en práctica: "*Lenin, Trotski y sus adeptos están ya intoxicados por el veneno del poder, como lo prueba su actitud vergonzosa en lo referente a la libertad de palabra, del individuo y de ese conjunto de derechos por cuyo triunfo ha luchado la democracia*", escribía. Trataba a los bolcheviques de "*fanáticos ciegos, aven-*

tureros sin conciencia", y al bolchevismo de "*calamidad nacional*". Denunciaba "*la vanidad de las promesas de Lenin*" y al gobierno soviético como una "*autocracia de salvajes*".

Pero las especulaciones de Lenin y de Trotski sobre la revolución europea, o quizá "mundial", demostraban ser vanas. Era muy sencillo pedir un armisticio y exigir una paz "honrada", pero en resumidas cuentas resultó imposible obtener de los alemanes otra cosa que un ultimátum y unas condiciones de paz inaceptables, como las que Lenin había jurado no soportar, sino, antes bien, hacer una guerra defensiva y revolucionaria. Sin embargo, fue preciso firmar lo que Lenin en persona llamaba una paz "*vergonzosa*", una paz "*infame*". Y no eran los imperialistas de la Entente occidental los que meditaban una paz separada con Alemania, a expensas de Rusia: al contrario, su voluntad inflexible de guerra "hasta el fin" fue la que quebrantó durante algún tiempo al imperialismo alemán y salvó al régimen soviético, que no hubiera sobrevivido a una victoria alemana. En contra también de todo lo que había pensado Lenin, el presidente Wilson tomó abiertamente la defensa de la revolución bolchevique en nombre del... "imperialismo" norteamericano; y fue la intervención americana en la guerra la que decidió la derrota del Kaiser, sin la cual no hubiera tenido lugar ninguna revolución en Alemania.

Lenin se había equivocado de cabo a rabo y no quería reconocerlo: "*Se dice que hemos claramente prometido la guerra revolucionaria... y que firmar una paz separada sería traicionar nuestros compromisos. Esto es falso. Nosotros hemos hablado de la necesidad, para un gobierno socialista, en aquella época, de preparar y dirigir la guerra revolucionaria;... pero nosotros no nos hemos comprometido a empezar una guerra revolucionaria sin tener en cuenta las posibilidades de hacerla...*". Mentía al replicar así a sus lugartenientes, que le habían seguido hasta entonces, pero que ya no le seguían, y hasta se levantaban contra él, formando "la oposición de izquierda". Evidentemente tenía razón al no querer contentarse con palabras, al comprobar la imposibilidad de resistir a una

invasión alemana, pero sin duda había cometido un error al prometer su guerra defensiva y revolucionaria.

"La oposición de izquierda" tomaba en serio, y hasta por lo trágico, la promesa prefiriendo la derrota y la muerte al "deshonor" y a la "ignomina". Agrupaba a la mayoría del Comité Central, en el que figuraban Bujarin, Piatakov, Radek, Bubnov, Preobrajenski, Dzerjinski, Pokrovski, Ioffe, Krestinski, Uritzki, Ossinski, Kollontai, Sapronov y otros muchos, sostenidos por los socialistas revolucionarios de izquierda. El mismo Trotski se separó esta vez de Lenin, por respeto a la palabra dada, por fidelidad a los principios, y llegó a dimitir de todas sus funciones en el Partido y en el Estado, siendo imitado por varios dirigentes de la izquierda, mientras que Riazanov y Kollontai rompían incluso con el Partido. Estuvo a punto de producirse una escisión por haber adoptado Trotski, al fin, la opinión de Lenin, y porque la fuerza militar alemana había disuadido a la oposición de crear la disidencia.

En todas las cuestiones, en las que los bolcheviques pretendían aportar una solución original, hubieron de actuar en contra de sus convicciones anteriores. Para mantenerse en el poder, perdían poco a poco toda razón de existir, por lo menos en lo que se refiere a sus tesis y a sus doctrinas. Cuando celebraron un Congreso, en marzo de 1918, y tomaron la etiqueta de "comunistas", subordinaron toda ideología a la necesidad primordial de vivir como potencia. Cien mil afiliados y militantes habían abandonado el Partido, pero éste iba a reclutar millones de funcionarios y de parásitos.

• • •

Los comunistas habían reclamado a grandes voces las elecciones para la Asamblea constituyente: no supieron hacer sino aplazarlas, luego disolver la Asamblea después de una sesión escandalosa en la que su fracción formaba sólo una minoría intolerante y vociferante, es decir la cuarta parte aproximadamente de los diputados elegidos bajo la presión de la

dictadura. "*Sometemos todas las proposiciones de paz a la decisión de la Constituyente*", había dicho Lenin. Y Trotski añadía: "*El país sólo puede salvarse mediante una Asamblea constituyente*". Encontraron argucias para desdecirse, dispuestos a emplear la violencia contra los que protestaran.

Los comunistas se habían pronunciado contra la pena de muerte en el ejército; pero la restablecieron pronto, después de haberla abolido, y la decretaron tanto para los civiles como para los militares. En ningún país y bajo ningún régimen ha habido tantas víctimas políticas condenadas a muerte sin ninguna garantía de justicia, fusiladas en serie o exterminadas en masa bajo los pretextos más arbitrarios.

Los comunistas habían prometido: "*Si los Soviets tomasen el poder, podrían... asegurar el desarrollo pacífico de la revolución, la elección pacífica de sus diputados por el pueblo, la concurrencia pacífica de los partidos en el seno de los Soviets, la experimentación del programa de los diferentes partidos, la transmisión del poder de un partido a otro*". (Lenin *dixit*). Uno cree soñar al releer estas palabras. Muy pronto fueron suprimidos todos los partidos, todos los programas y hasta toda oposición del partido único.

Los comunistas debían conceder a las nacionalidades "alógenas" el derecho a disponer de sí mismas, de separarse eventualmente de Rusia: las incitaron al separatismo para someterlas después, de viva fuerza, por el Ejército Rojo. Sucesivamente Ucrania, Georgia, Armenia, el Turkestán musulmán que disfrutaban de libertades relativas bajo el zarismo y que esperaban más de la revolución, perdieron toda oportunidad de autonomía, por no hablar de independencia, cuando el Imperio soviético se hizo "concentrador de tierras". Resulta penoso rememorar lo que Lenin prometía a este respecto, hasta el día en que se retractó: "*Los intereses del socialismo pasan antes que el derecho de las naciones a disponer de sí mismas*".

Los comunistas habían prometido la tierra a los campesinos, renunciado a la expropiación general del suelo; habían "tomado" de los socialistas revolucionarios su proyecto de confiscación de las grandes propiedades rurales en beneficio de

los campesinos pobres: no tardaron en requisar los productos del campo, luego en colectivizar la agricultura, mediante la coacción, preludio de los horrores incalculables de la colectivización general bajo Stalin.

Los comunistas se habían comprometido a suprimir la policía, el ejército permanente, el funcionarismo profesional para llegar al debilitamiento, a la extinción del Estado. No desautorizan lo que Lenin en textos célebres ha convertido en teoría en nombre de ellos. Pero han creado la policía más monstruosa, el militarismo más monstruoso, la burocracia más monstruosa, el Estado más totalitario que pueda concebirse. Ningún crítico del socialismo, ningún adversario del comunismo se hubiera atrevido a describir por anticipado, bajo aspectos tan repugnantes, la sociedad futura idealizada por los revolucionarios.

Bajo todos los aspectos, el régimen soviético presenta la antítesis sorprendente y chocante de lo que varias generaciones de reformadores sociales habían elaborado bajo el nombre de socialismo y de comunismo. Todas las realidades consecutivas a octubre, sin excepción, desmienten las ficciones de octubre. La explotación desvergonzada del hombre por el hombre en el capitalismo del Estado soviético, la planificación utópica, la desigualdad cívica y económica, la mentira oficial obligatoria para todos, la opresión política, las "elecciones" unánimes, las persecuciones inhumanas, el conformismo intelectual, el "chauvinismo" descarado constituyen otras tantas características de "la experiencia" que pretende seducir al mundo. No se acabaría de citar, para su confusión póstuma, a los principales autores, irrecusables para los comunistas, en contraste implícito con las "realizaciones" de que se jactan sus epígonos. Pero ya hemos de terminar, que sea por lo menos con dos citas de Lenin, útiles para los defensores de una civilización en peligro:

"La historia demuestra que la paz es una tregua entre dos guerras; la guerra es un medio para obtener una paz algo mejor o algo peor".

"Nosotros tenemos muchos enemigos, pero están desunidos o no saben lo que quieren ...".

ESPERANDO LA REVOLUCION RUSA

Precedida por intentos esporádicos, la lucha de los pueblos del imperio ruso por los derechos del hombre comienza en 1825. Con esta fecha el Zar Nicolás I liquidó el movimiento subversivo: colgó a cinco de los jefes (decembristas) y deportó al resto a Siberia. El autócrata, cuyo ejército aplastó la revolución húngara de 1849, creyó que las medidas represivas, combinadas con algunas concesiones sin importancia, pondrían término definitivamente a toda tentativa de rebelión.

Al fin de su reinado, hacia 1855, el mismo debió reconocer su fracaso: había vencido quinientos cincuenta y seis motines e insurrecciones de campesinos; había apresado, deportado o ejecutado a todos aquellos cuyo pensamiento constituía una amenaza para el despotismo; había abolido la enseñanza de la filosofía y de la historia, había vaciado los hospitales expulsando en masa a los estudiantes aparentemente sospechosos. La inmensa Siberia debió tragarse las fuerzas de la Revolución, imponiéndose por fin a los rebeldes el silencio del miedo; transformándolos en "cadáveres vivientes".

Pero no se callaron; sus voces, ahogadas a medias, guiaron a los jóvenes recién egresados de la escuela hacia la revuelta definitiva.

• • •

DE LOS NIHILISTAS A LOS SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS

Durante años esta juventud buscaba la respuesta a sus premiosas interrogaciones en una novela de ingrato título:

"¿Qué hacer?", escrita en la cárcel por N. G. Tchernichewski. En sus comienzos este escritor sólo se había consagrado a problemas estéticos; esperaba confiadamente las reformas prometidas por Alejandro II. Cuando hubo de resignarse a no esperar más del régimen se lanzó al combate. Arrestado a la edad de 34 años, fue deportado a Siberia. Sólo estando a punto de morir le fue permitido volver a su patria. Su destino se transformó en ejemplo para la nueva generación: en inagotable fuente de energía revolucionaria.

Estos jóvenes fueron llamados "Nihilistas", aún cuando los fines que perseguían: la emancipación de los mujiks y las libertades democráticas garantizadas por un régimen representativo, nada tenían que ver con la filosofía de Marx Stirner. Soñaban construir una nueva sociedad, pero la inexorable lucha en que estaban empeñados les fue enseñando cada día más claramente que sólo el lenguaje terrible de la violencia excluía el equívoco; que sólo el ruido de sus armas despertaría a los indiferentes; que sólo su sacrificio probaría a Occidente que la revolución rusa permanecería firme hasta obtener la victoria.

No olvidaban las lecciones del gran pensador liberal Alejandro Herzen, pero obraban con la convicción de que sólo el terrorismo forzaría las puertas del porvenir. La tierra para los campesinos, la libertad para todos, estas eran las voces de orden de estos movimientos clandestinos, y especialmente de la *Narodnaya Volia* (La voluntad del pueblo).

Sofía Perovkaia, Vera Figner, Andrés Cheliabow, tantos otros... sus nombres no resonaban hasta que estaban perdidos; luego se agigantaban, transfigurados en personajes de leyenda. Encadenados, enterrados bajo las nieves siberianas, fusilados o ahorcados, ellos encarnaban el espíritu indomable que debía cambiar la derrota mortal en un triunfo de agonizantes.

Los conformistas, ciertamente, continuaban deslumbrados por las fuerzas de represión que el régimen desplegaba sin cesar, y no se cansaban de afirmar que el pueblo ruso, diferente de las naciones occidentales, no ambicionaba una libertad que

jamás había conocido. El campesino ruso no es igual al de los otros pueblos, aseguraban los eslavófilos y fundaban las bases dogmáticas de un mesianismo moscovita. Dostoyewsky, antiguo fourierista, debía convertirse a veces en portavoz místico de esta tendencia. Pero en las exequias del autor de *Los Poseídos*, detrás de los altos dignatarios de la Iglesia y del Estado, los estudiantes universitarios formaron un cortejo. Las cadenas de fierro que llevaban en sus brazos, recordaban los años pasados por Dostoyewsky, condenado político, en el presidio, y la esclavitud que su pueblo seguía sufriendo.

Dos meses después, el 13 de marzo de 1881, cerca del Palacio de Invierno, los activistas de la *Narodnaya Volia*, mataban al Zar Alejandro II. Este monarca, más que ninguno de sus predecesores, había contribuido a reformar la administración y a emancipar a los campesinos, a quienes había liberado de la servidumbre en 1861. Pero cediendo siempre demasiado tarde y otorgando invariablemente mucho menos de lo que se esperaba, terminó por exasperar a aquellos mismos a quienes pretendía apaciguar. El mujik había sido liberado de su servidumbre, pero el decreto lo había "liberado" al mismo tiempo de sus tierras, volviéndolo más pobre que nunca. La necesidad de una reforma agraria que asegurara una repartición de tierras, se hacía ya, más que urgente, imperativa.

El movimiento de los socialistas revolucionarios que debía suceder a casi todos los grupos anteriores fue hasta su liquidación por el régimen bolchevique, ante todo una expresión de esta eterna reivindicación campesina.

La burguesía se interesaba, por cierto, en apoyar una reforma agraria, pero su miedo a las consecuencias que ésta pudiera tener, era mayor que el deseo de apoderarse de los puestos de comando, en un país que por fin parecía salir de su embotamiento económico.

La rapidez vertiginosa del desarrollo de la industria rusa, a partir de 1860, y muy especialmente después de 1880, así como la sorpresiva concentración de capitales en la industria pesada, hacían nacer, como de la nada, un proletariado moderno, que este joven capitalismo no osaba afrontar sin la

protección del Estado, de su corrompida burocracia, de la policía y en caso necesario del ejército.

A diferencia de los eslavófilos y de ciertos grupos socialistas que creían que el país, gracias al Mir (la tradicional comunidad campesina) podría crear un comunismo rural "sui generis" y construir sobre él una nueva sociedad, los primeros marxistas rusos combatieron esta esperanza, que denunciaban como una peligrosa ilusión. Estos preconizaban una revolución burguesa, un régimen parlamentario, afirmando que, de todas las grandes naciones europeas, los rusos serían los últimos en transformar la sociedad por una revolución proletaria, ya que tendrían que vencer primero los restos del despotismo asiático, y organizar el aparato administrativo de un estado moderno. De todos modos era necesario resolver la cuestión agraria y elevar los súbditos del Zar al rango de ciudadanos libres.

Aún en 1917, pocos meses antes de su vuelta a Rusia, Lenin, exponiendo la situación internacional en una reunión en Suiza, dijo a sus auditores que tal ver los más jóvenes de ellos podrían esperar el sobrevivir a una revolución proletaria.

1905, LA LUCHA DE LA "INTELLIGENTSIA"

La revolución de 1905, que durante un año sacudió los fundamentos del Imperio, movilizando a toda la Nación, sorprendió a los marxistas, particularmente a los jefes bolcheviques, que se encontraban en aquel entonces absorbidos por sus querellas internas. Lenin tiene en esta revolución un papel secundario, aún cuanto el joven Trotski, desautorizado por los bolcheviques encabezó al Consejo de los Soviets poniendo a prueba el método de contragobierno proletario.

Aún cuando al fin del año, este enorme movimiento popular parecía vencido, el Zar no era tampoco el vencedor. Anuló en parte las concesiones que le habían arrancado, pero no pudo deshacer el camino totalmente. Disolvió la primera Duma y despachó después de una consulta general el segun-

Parlamento, pero la Rusia se aproximaba cada vez más a una democracia parlamentaria.

En todo el país se proseguía la lucha por la libertad, por todas las libertades. A pesar de la censura, de los ardides de la policía, la "Intelligentsia" rusa prosiguió su combate con un coraje y una perspicacia extraordinarios. Sus fuerzas parecían inagotables; sus talentos, prodigiosos; su certeza de representar legítimamente las aspiraciones populares era incommovible.

El triunfo de la libertad en Rusia era ya sólo cuestión de tiempo; la autocracia estaba condenada y nada podría salvarla.

Debilitada por la guerra que hacía estallar todas las contradicciones del sistema, la monarquía se encontró en marzo de 1917 prácticamente desarmada frente a motines que ningún partido había organizado. La insurrección empieza por el asalto perpetrado por las mujeres del pueblo en Petrogrado contra las panaderías que se negaban a proporcionarles pan. Las huelgas que siguieron no fueron organizadas por los bolcheviques, sino por los mencheviques y los socialistas revolucionarios.

Dos semanas después el trono del Zar se derrumbaba. Con él desaparecía toda la máquina represiva mantenida desde siglos.

"Fue un magnífico amanecer", como decía Hegel de la Revolución francesa. Los prisioneros políticos y los exilados volvían por millares y se les abrían todos los caminos. Por primera vez, después de siglos, y según se pensaba para siempre, Siberia había dejado de ser la prisión de los opositores al Gobierno.

La historia avanzaba a pasos de gigante, se hacía cada día; el viento de esta Primavera parecía derrumbar todas las barreras contra las cuales se habían estrellado una tras otra las pasadas generaciones.

"No hay hoy día en el mundo un país más libre que Rusia", escribió entonces Lenin.

10 meses más tarde, el 7 de noviembre de 1917, una in-

surrección organizada por el *Comité Revolucionario Mi*
litar y dirigida por Trotski, echó abajo al débil Gobierno provisional de Kerensky, poniendo en su lugar a los Comisarios del Pueblo. La acción se desarrolló como un ejercicio en un campo de maniobras, sin encontrar ninguna resistencia real. Trotski, dirigiéndose a los Soviets de Petrogrado en la tarde de ese mismo día, dijo: "En nombre del Comité *Revolucionario Militar* declaro que el gobierno provisional ha dejado de existir... La guarnición revolucionaria ha dispersado al preparlamento. Nos decían que la insurrección ahogaría la revolución en olas de sangre: todo ha pasado sin que esta sangre haya sido derramada; no tenemos conocimiento de una sola baja. En estos momentos los diputados del Soviet, los soldados, los obreros y los campesinos, se enfrentan con una experiencia sin precedente en la historia del mundo: la formación de un régimen que sólo servirá a los intereses de obreros, campesinos y soldados. El Estado debe ser un instrumento de las masas en su lucha por la liberación de toda servidumbre. Es necesario establecer el control de la industria. Los campesinos, obreros y soldados, deben comprender que la economía de la Nación es su propia economía. Este es el principio fundamental del régimen soviético".

1917. PREDOMINIO DE LOS SOVIETS

Lenin, abandonando por fin su escondite, declara: "Las masas oprimidas formarán ellas mismas su gobierno... Ganaremos la confianza de los campesinos con un sólo decreto. Estableceremos el control de los obreros sobre la industria. Tenemos la fuerza de una organización de masas que triunfará sobre todo obstáculo y guiará al proletariado hacia la revolución mundial. En Rusia es preciso comenzar de inmediato la construcción de un estado socialista proletario. ¡Viva la Revolución Socialista Mundial!

Antes de la clausura de esta interminable reunión, el Congreso de los Soviets, votó, casi por unanimidad, la resolución propuesta por Lunatcharsky: "Basándose en la voluntad de la

inmensa mayoría de los obreros, soldados y campesinos, y teniendo en cuenta el hecho que en Petrogrado, la insurrección de los obreros y de la guarnición ha triunfado, el Congreso toma el poder en sus propias manos. El Gobierno Provisional ha sido derrocado... El Congreso decreta que todo el poder en el país sea transferido a los diputados de los Soviets locales de obreros, soldados y campesinos, a los cuales les incumbe desde ahora asegurar un auténtico orden revolucionario".

Eran las cinco de la mañana del 8 de noviembre, o según el calendario ruso el 26 de octubre, cuando los delegados abandonaron el *Smolny*. A pesar de su fatiga, debían mantener los ojos bien abiertos a fin de no tropezar en la obscuridad con ametralladoras, cañones, y cajas de municiones amontonadas alrededor del edificio, como un botín abandonado por inútil. Los soldados encargados de proteger con sus armas a los jefes de la revolución no habían esperado una orden para irse a acostar. No conocían la disciplina, lo cual no tenía importancia ya que "los enemigos no tenían ni la fuerza ni la voluntad de atacar", según la observación del diputado Sukhanov.

LA CONTRARREVOLUCION PERMANENTE

Se conoce la consecuencia inmediata de esta victoria que fue alcanzada tan fácilmente como "se levanta una pluma", según la frase de Lenin. Para consolidar este triunfo, fue necesaria una guerra civil de tres años que se desencadenó en olas sucesivas sobre todo el territorio del Antiguo Imperio. Los vencedores del 17 de noviembre habían prometido y esperado sinceramente la paz inmediata, sin embargo, la guerra devastó el país y destruyó su economía. Habían prometido y deseado sinceramente la abolición definitiva del ejército, sin embargo, organizaron una nación en armas. Habían prometido la abolición de la policía y sólo le cambiaron nombre, agregándole una nueva policía secreta, la *Tcheka*, más poderosa que la *Okhrana* del Zar. Habían prometido someterlo todo a la Asamblea Constituyente y la disolvieron por la fuerza de las bayonetas.

El gobierno, que seguía llamándose soviético, terminó la guerra civil en una última y sangrienta batalla, aplastando la insurrección revolucionaria de Kronstadt en marzo de 1921.

Y a pesar de todo, los vencedores del 7 de noviembre habían realmente esperado, creído, deseado, prometido ...

Éramos numerosos los que, a través del mundo, compartíamos sus esperanzas, creyendo en sus promesas al pensar que con la revolución del 7 de noviembre alboreaba un nuevo día que anunciaba el fin de la explotación del hombre por el hombre, de la injusticia, y de toda indignidad.

No obstante, las advertencias no faltaron. Así como recordamos la actitud de los socialistas comprometidos en uno u otro bando durante la Gran Guerra. Del mismo modo, sin embargo, desdeñamos las opiniones de Rosa Luxemburgo, de Karl Kautsky, de Martov, de Pierre Monatte y del esparquista Otto Ruehle que nos advertían el peligro de seguir un camino que nos llevaba a la complicidad con una revolución transformada finalmente en una contrarrevolución permanente. Y así hemos visto levantarse ante nuestros ojos un estado totalitario formado con los restos del despotismo asiático que la revolución había derrocado en 1917.

"El poder siempre ha conquistado a las masas, precisamente porque es el poder. Es algo viejo como la muerte. Si las masas lo conquistaran y fueran capaces de conservarlo, el poder perdería su carácter y su nombre, y las masas perderían su anonimato y su inhumanidad. Y de esto se trata precisamente. Es esta lucha la que los bolcheviques han perdido, pasándose al otro bando, aún cuando proclaman que han alcanzado su verdadero objetivo. Sostienen que es la dialéctica. Las palabras, declaran, son las mismas, pero su contenido ha cambiado; la bandera sigue siendo roja por la sangre de los mártires que honramos porque murieron antes de que hubiésemos podido suprimirlos. Utilizamos siempre las palabras revolución, socialismo y libertad, pero el contenido de estas palabras se ha modificado ... se trata de un secreto de Estado, almidador del cual es preciso guardar discreción".

Yo sostuve ante muchos militantes, entre ellos el inolvidable Victor Serge, todo lo que había de decir para demostrar, cómo y porqué la experiencia bolchevique ha terminado por constituir el fracaso más completo, trágico y peligroso, que el socialismo jamás haya experimentado.

No hemos esperado la muerte de Stalin, ni el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, ni los discursos de Khrushchev, ni los acontecimientos de Berlín Oriental, de Pozman, de Varsovia, ni la revolución húngara, ni necesitamos conmemorar ningún aniversario, para probar con hechos que la pretensión socialista del Estado, que se llama mentirosamente Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, significa la más escandalosa impostura no religiosa de la historia de la especie humana.

Hoy, cuarenta años después del 7 de noviembre, Rusia está más alejada de la solución de sus problemas fundamentales que en la víspera de la Revolución y durante su primer período. El problema agrario no se ha resuelto; la colectivización ha devuelto la tierra a los campesinos y los ha vuelto a convertir en siervos. El problema nacional, herencia del zarismo, se ha vuelto más agudo por la opresión de los países satélites. La clase obrera, lejos de haber logrado su emancipación, ha perdido el derecho de libre asociación, de reivindicación y de huelga, y se encuentra reducida a un estado de servidumbre en sus relaciones con un Estado propietario monopolista y empleador todopoderoso. La industrialización vertiginosa realizada a sus expensas, aunque no para satisfacer las necesidades de los consumidores se realiza gracias a una superexplotación, que ha desaparecido en otros países, por la acumulación primitiva de capitales. La disparidad en la distribución de las rentas individuales, es mayor en la URSS que en la mayoría de los países capitalistas. La nueva clase dominante, junta a su sed ilimitada de poder, la tendencia del "parvenu" de asegurarse todos los goces, estimándolos en la misma medida en que éstos son inaccesibles a las gentes del pueblo.

UNA SOLA LIBERTAD: LA DE ESTAR DE ACUERDO

La única libertad política concedida a los habitantes de la URSS es la de estar de acuerdo con el régimen, y como sus representantes se identifican con el partido, el Estado, la Nación, el Socialismo, etc., esta libertad se ha transformado en el absoluto deber de ser unánimemente entusiasta. Los ciudadanos deben votar primero por el candidato único y luego morir; las mujeres deben interrumpir sus partos para depositar sus votos a objeto de asegurar una elección garantizada anticipadamente al 99%. Este ejemplo es exaltado, y seguido, aun por aquellos que, al día siguiente serán desenmascarados como enemigos del pueblo y deportados a los campos de concentración de Siberia, que ha vuelto a convertirse en un infierno, más inhumano de lo que era en los tiempos de los zares.

Innumerables transmisores de TSH, empleados únicamente para interrumpir las emisiones del extranjero, protegen a este pueblo unánime contra la posibilidad de conocer hechos y opiniones que el grupo oligárquico prefiere esconderles. De acuerdo con la interpretación que los comunistas le han dado a los acontecimientos de Hungría, debe llegarse a la conclusión de que, según ellos, las emisoras radiofónicas de sus adversarios pueden tener el efecto de movilizar todo un pueblo y de lanzar a sus obreros, campesinos, soldados, intelectuales y a toda su juventud, incluyendo a los miembros del partido dominante, a una revolución contra el poder "socialista". Basta. Todos aquellos que no estén absolutamente obcecados, están ahora obligados a reconocer la verdad. Aún aquellos que se empecinan en su voluntaria ceguera, gracias a los acontecimientos polacos y húngaros han debido aprender a separar la ficción de la realidad. Como una inmunda, gigantesca hernia, esta realidad se ha abierto al mundo entero. Las divisiones blindadas han llegado a tiempo para restaurar el régimen pero habrían necesitado una eternidad para reestablecer la impostura, para borrar el hecho evidente de que la identifi-

cación del reino de los Krutchchev y los Kadar con el socialismo y la libertad es un desafío a la razón y una humillación para toda conciencia limpia.

LA JUVENTUD DE OCTUBRE DE BUDAPEST

"Yo era uno entre miles de muchachos y muchachas que habíamos luchado para que, en Hungría se pudiera partir el pan sin que los rusos se llevaran la mayor parte y sin que un policía nos impidiera comer en paz lo poco que nos quedaba", dijo una joven estudianta húngara, combatiente de la revolución, de quien Nicolás Baudy relata el testimonio en "Juventud de Octubre". Este libro extraordinario, que narra las experiencias individuales de los jóvenes formados por el mismo régimen, demuestra de modo irrefutable que la juventud de octubre, al desafiar a la más temible potencia militar de este planeta, obraba de acuerdo al "imperativo categórico" de destruir todas las condiciones bajo las cuales el hombre se convierte en un ser humillado, sometido, abandonado y despreciado".

Este imperativo categórico fue formulado en 1843 por un hombre de 25 años. Su nombre era Carlos Marx.

Efectivamente, son las metas y las tareas de las revoluciones del siglo pasado las que han sido puestas de actualidad ahí donde reinan los herederos-enterradores de esta revolución que, hace cuarenta años, convulsionaba al mundo y parecía anunciarle, junto con el fin de la prehistoria, el reino de la justicia para todos: "Cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades".

A pesar de la liquidación de las antiguas castas y clases dirigentes y no obstante la transformación fundamental de la economía industrial, realizada después de 1917, las reivindicaciones de la *Narodnaya Volia* siguen de actualidad. Hoy día Rusia es capaz de mandar cohetes a la luna, pero sigue siendo incapaz de garantizar a sus ciudadanos el *habeas corpus*, las libertades esenciales como asimismo de vestirlos y alimentarlos decentemente.

Si bien es cierto que la URSS, como todos los países industriales, ha liquidado el analfabetismo generalizando la enseñanza primaria y ampliando enormemente la enseñanza secundaria y superior, al mismo tiempo, en todo, salvo en la técnica ha instaurado el reinado de un oscurantismo que sobrepasa al de un Nicolás I que prohibió los cursos de filosofía y de historia. La clase intelectual rusa no ha dejado de luchar contra el oscurantismo y contra todas las tentativas del régimen para dirigir el pensamiento y entrabar sus impulsos.

LA VERDAD ES MORTAL PARA LA URSS

La juventud estudiosa de hoy día, aún estando moldeada exclusivamente por la propaganda y la "ideología" monopolista, busca clandestinamente, a tientas, el no conformismo de las pasadas generaciones, y la respuesta a la vieja pregunta: "¿Qué hacer?".

Algunos de estos estudiantes se pierden en un pesimismo cínico, despreciándolo todo y no esperando nada de nada; se entregan a un nihilismo mediocre, y para practicarlo en las futilidades más bulliciosas del Occidente. Otros se entregan a un carrierismo desenfrenado.

Contrariamente al Zarismo, la clase dirigente dispone de innumerables medios para halagar a los intelectuales, para comprarlos y corromperlos como también para atemorizarlos –éste fue precisamente el caso en Hungría y Polonia–. Sin embargo, es esta misma joven intelligentsia la que un día hará explotar la pólvora, forzando los cerrojos y haciendo estallar a la luz del día las contradicciones paroxísticas del Estado absoluto.

Atemorizada por el efecto que el ejemplo húngaro pudiera tener sobre estos jóvenes, la burocracia totalitaria ha desfigurado los hechos más evidentes para ocultarles la verdad. Pero aún ignorando la verdad, estos jóvenes descubren sus huellas, habiendo aprendido a interpretar las mentiras oficiales que aceptan en público y desprecian en secreto. Ellos se

ben desde ahora que este régimen es incapaz de sustraerse al falseamiento de todos los hechos: *La verdad le resulta mortal.*

Pero el ejemplo húngaro les ha demostrado asimismo que una revolución antitotalitaria nada puede esperar de Occidente antes de haber obtenido la victoria. Se les muestran los informes, artículos y textos de conferencias en que personalidades occidentales no-comunistas relatan sus experiencias de viajeros en la URSS, y el lector soviético, estupefacto, se pregunta si después de todo Kruchtchev no tendrá la razón, y si el Occidente no será demasiado estúpido para sobrevivir.

CUANDO LA JUVENTUD SE LEVANTE...

Cuando esta juventud se levante, arrastrando con ella a todo el pueblo, no la guiará ninguna simpatía por el mundo occidental; más bien se inspirará en los actos de los revolucionarios del pasado. Hace 74 años, una joven de conmovedora dulzura, Vera Figner, decía al tribunal que iba a condenarla a muerte por su participación en el atentado contra Alejandro II: "Los métodos pacíficos nos estaban vedados, no teníamos prensa libre, lo que hacía imposible pensar siquiera en la propagación de ideas por medio de la palabra escrita. Si alguien me hubiera mostrado otro recurso que no fuera el de la violencia, lo habría elegido".

Esto sucedió dentro de los años de los cuales el historiador marxista Potrowski dice: "que aprietan la historia de la civilización rusa con un ceñidor de tinieblas".

Con la muerte de Stalin se ha filtrado por un instante la luz para los pueblos de la URSS y países satélites. Han tomado conciencia más que antes, de este "cinturón de tinieblas" que los envuelve y lo soportan cada vez menos.

Saber quién será, después de Zhukov y de tantos otros cómplices de Stalin, la próxima víctima de la depuración, "desenmascarada" por su actitud anti-partido, por el culto de la personalidad, etc., no carece de importancia. Sin embargo, los acontecimientos decisivos, aquellos que preparan el porvenir,

pasan casi inadvertidos. Esto proviene del hecho que el E tado totalitario ha "despojado a la sociedad de toda inicia va, reduciéndola a no ser sino *materia* de su potencia". fuerza potencial y de materia sumisa va transformándose perceptiblemente en factor decisivo.

Desde hace cuatro años, la sociedad ha descubierto

LA VICTORIA DEL PUEBLO HUNGARO

Hace un año, nadie imaginaba cómo, sin una guerra, s ría posible desintegrar un estado totalitario. La revolución húngara ha demostrado "ad oculos" su extrema vulnerabili dad. Es la victoria del pueblo de Hungría. Ella vencerá a los Kadar y a los Kruchichev, si es que antes no han sido liqui dados.

Una lección se desprende de los acontecimientos que en octubre y noviembre del año 1956 conmovieron al mundo. Como en el siglo XIX, los pueblos periféricos del Imperio ru so no deben contar, para su liberación nacional y social, con la ayuda de los países democráticos; más bien deben fundar sus esperanzas en la autoemancipación del gran pueblo ruso. Este, al liberarse a sí mismo, salvará los obstáculos que impiden a estos pueblos obtener su independencia.

Cuando yo formulé esta esperanza, seis meses antes de la "primavera polaca", y de los acontecimientos húngaros de oc tubre, pudo parecer una quimera. No ocurre ahora lo mismo. Repito: "Nadie puede predecir con certeza la evolución de esta dictadura totalitaria. Es evidente que, a corto plazo solamente una revolución de los pueblos de la URSS será capaz de barrer con la tiranía burocrática y crear las condiciones de una democracia socialista ... Esta revolución llegará".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LOS SOVIETS EN EL PODER

Las revoluciones son como las mujeres de los países cálidos: para ellas, 40 años es mucho; es el comienzo de la vejez. El 40º aniversario de la revolución bolchevique cae, de hecho, en pleno período de desenmascaramiento y este descubrimiento de la mistificación arrastra consigo, también, toda la teoría de la burocracia comunista, lo mismo en Rusia que en sus aplicaciones internacionales. La diversión del "sputnik" no podría alterar su significado, por poco que fuera. Después de todos los acontecimientos de estos últimos años, desde las huelgas del 17 de julio de 1953 en Alemania Oriental, hasta la despiadada requisitoria de Djilas en su libro "La Nueva Clase", pasando por las etapas de los primeros acontecimientos de Poznan, del XXº Congreso, del informe secreto de Khrutchev, del viraje de Gomulka en Polonia y de las más recientes crisis de la dirección colegiada en Rusia, la situación de la burocracia comunista ya no es lo que era, por más que quiera disfrazar su decrepitud.

Por consiguiente, el gran desenmascaramiento actual abarca, a la vez, al pasado y al presente; la historia de esos cuarenta años y su balance. Después de habernos acostumbrado a escuchar periódicamente las falsas confesiones de los jefes revolucionarios obligados a acusarse de los peores delitos antes de ser fusilados, Rusia nos ofreció el espectáculo de la confesión voluntaria de un jefe libre de toda acusación, Khrutchev, rehabilitando la memoria de una buena parte de sus desgraciados antecesores y declarándonos que muchas páginas de la historia de esos cuarenta años deberían escribirse de nuevo

porque habían sido alteradas a conciencia. Durante este tiempo, gracias, sobre todo, al mérito de algunos comunistas polacos, húngaros y yugoeslavos, la crítica atacó la estructura y la sustancia misma del régimen ruso y reveló la distancia que separa este régimen de las piadosas imágenes de la propaganda así como también del programa inicial de Lenin.

Para dar a los fieles sobrevivientes de la burocracia comunista una idea del grado de desenvoltura con la cual sus jefes han falsificado la historia de la revolución, bastaría con llevar a cualquier escuela del P. C. una colección de la prensa obrera de los primeros años de la revolución; o bien una colección de libros y folletos consagrados a esta historia y publicados durante estos últimos años por el P. S. y, después de Tours, por el Partido Comunista francés. Los alumnos buscarían en vano el nombre de Stalin, por no citar el de Khrutchev o el de Bulganin; mas, en su lugar, encontrarían al lado del de Lenin, numerosos nombres de dirigentes que la historia reciente y los diarios del partido ya no mencionan, y otros nombres que ahora están invariablemente acompañados de epítetos ultrajantes.

Si luego echaran un vistazo sobre los artículos políticos, los alumnos encontrarían que los maestros más a menudo citados por los actuales jefes comunistas, eran precisamente Lenin y los traidores Trotski, Bujarin y Zinoviev, mientras que no verían nunca aparecer el nombre de Stalin, por no hablar del de Khrutchev y del de Bulganin. En las bibliotecas actuales del P. C. atestadas de pesadas obras del todo inútiles, no se encuentra, por ejemplo, el diario de John Reed "Diez días que conmovieron al mundo", precisamente porque, como buen testigo ocular de los hechos revolucionarios, habla en cada página de Lenin, Trotski, Bujarin, Zinoviev, Kamenev y de numerosos otros bolcheviques. Ni una palabra de Vissarionovich Stalin. (John Reed, según pretendió un imbécil, era trotskista ¡Vaya estupidez si queremos recordar que murió en 1920 cuando nadie, ni tan solo Trotski, era trotskista!)

Basta con decir que el diario de John Reed está prologado por el propio Lenin quien entre otras cosas escribe:

gustaría ver este libro difundido por millones de ejemplares y traducido en todos los idiomas porque presenta de una manera viva y auténtica los acontecimientos esenciales para comprender lo que representa la revolución proletaria y la dictadura del proletariado".

Cabe pensar que un prólogo de Lenin debería tener para los alumnos comunistas el mismo valor que el "imprimátur" del Papa para los católicos; pero para la burocracia roja, el único Papa que cuenta es el Papa del día. El mismo escamoteo, inspirado por idénticos motivos, fue aplicado al francés Jacques Sadoul, otro testigo ocular de los días revolucionarios cuyas "Notas sobre la revolución bolchevique" publicadas en 1919 con un prólogo de Henry Barbusse, desaparecieron de las bibliotecas comunistas. En el caso de Sadoul, solo se mantuvo a su libro en el ostracismo, puesto que tuvo la suerte de sobrevivir y de hacerse staliniano... La lista podría continuar; sin embargo, no quisiera omitir de recordar, ya que nadie piensa en ello, el secuestro de un género particular de testimonios celosamente conservados por la burocracia comunista en los refugios inaccesibles de sus cinematecas: numerosas películas documentales filmadas en diferentes ciudades rusas de 1919 a 1924 (y entre otras aquellas de inestimable valor artístico, filmadas sobre los primeros Congresos de la Internacional Comunista; películas que en aquellos tiempos fueron igualmente presentadas en el extranjero).

RUSIA DESENMASCARADA

¿Por qué Khrutchev no vuelve a poner en circulación estas documentales de excepción con motivo del 40º aniversario? En el último festival cinematográfico yugoeslavo, de Pola, fue presentada, al margen de las proyecciones oficiales, una documental de largo metraje intitulada "Del Zar a Lenin" y compuesta por los fragmentos auténticos de la época. Esta película, naturalmente está prohibida en Rusia y en las democracias populares. Es de toda evidencia que a pesar del XXº

Congreso y la promesa de desestalinización, la burocracia te ne miedo: al lado de Lenin se podrían ver, con vida, sobre la pantalla a Trotski, Radek, Bela-Kun, Zinoviev, Bujarin y otros; en una palabra, toda la cohorte de víctimas asesinadas Ya se vio en Budapest, con motivo de la ceremonia de la re habilitación de Rajk, la fuerza de sugestión que puede tener la exhumación de un inocente ejecutado. Si eso depende de la burocracia comunista, el descubrimiento de la mistifica ción en la historia que nos ha sido prometida sería admi trada por gotas. Es lo que trata de hacer, pero la tentativa de desmentir el informe secreto de Khrutschev ya fracasó; el testimonio de los polacos desmiente este mentís.

Hay otro aspecto aun más importante del actual descubrimiento de la mistificación, que es la obra principal de algunos valientes comunistas polacos y yugoeslavos. La conclusión mayor que se desprende de su análisis y de su testimonio es que, cuarenta años después de octubre de 1917, la situación rusa confirma para nosotros la permanencia de esta ley de la historia: cada revolución derriba el antiguo orden y crea un orden nuevo cuyos caracteres, sin embargo, corresponden escasamente a los ideales y a los fines por los cuales los revolucionarios lucharon, creando así las condiciones y la necesidad de nuevas revueltas. Para quienes creyeron en la idealización de la revolución e hicieron de ello la religión laica de su vida admitir esta evidencia es un sacrificio atroz; pero darse cuenta, en toda circunstancia de la situación real en que uno se halla, es el deber de quien no quiere vivir en la mentira.

El rostro de la Rusia desenmascarada puede ser esbozado en estos cuantos rasgos:

1.—Su régimen económico no es, en realidad, el del socialismo; es el del capitalismo de Estado;

2.—Sobre las bases del capitalismo de Estado se ha creado en Rusia una nueva y pletórica clase dirigente que dispone en forma absoluta de los poderes políticos y económicos y

3.—La pretendida co-propiedad de los trabajadores en la industria del Estado es una ficción jurídica desprovista de toda realidad concreta.

El ex comunista suizo Julio Humberto Droz, actualmente secretario del partido socialista, tuvo el mérito de atribuir, varias veces, a Lenin, la incontestable paternidad del capitalismo de Estado en Rusia.

Desde 1918, contra la opinión de Bujarin y de los comunistas de izquierda, Lenin dio un primer paso hacia el capitalismo de Estado para tratar de salir del caos que el comunismo del tiempo de guerra imponía. En aquellos tiempos los eufemismos todavía no eran necesarios y el capitalismo de Estado fue nombrado, pues, por su nombre verdadero. Nos bastará reproducir el texto de Lenin, aparecido en el "Pravda" del 9 de marzo de 1918 bajo el título "El infantilismo de izquierda y el espíritu pequeño burgués", para entrever la ruta fatal que toma entonces la revolución. He aquí el texto:

"El capitalismo de Estado será para nosotros un gran paso adelante. La victoria sobre el desorden, las destrucciones, la negligencia, es más importante que todo... El capitalismo de Estado es muy superior a nuestra economía actual. No encierra ningún peligro porque el Estado soviético es un Estado cuyo poder es asegurado por los trabajadores y las masas pobres. Mientras Alemania no haya hecho una revolución tenemos el deber de aprender el capitalismo de Estado de los alemanes; de asimilar el capitalismo de Estado con todas nuestras fuerzas, y no debemos retroceder ante ninguna medida dictatorial para acelerar esta asimilación en forma tanto más rápida cuanto más tiempo empleó Pedro el Grande para que la Rusia bárbara asimilara la cultura occidental. No hay que retroceder ante ningún procedimiento bárbaro en la lucha contra la barbarie...".

Dejando de lado la fe ingenua en el control obrero sobre el Estado, en el cual Lenin creía, y sobre el cual debía insistir en aquel momento para hacer callar la oposición de izquierda, el texto citado es históricamente la primera manifestación del futuro estalinismo. El himno a la esperanza leninista en las masas pobres que hubiesen debido controlar el Estado, lo

encontramos en el último libro de Milovan Djilas "La Nueva Clase".

Ese libro es una obra fundamental que marcará una fecha en la literatura socialista al lado de los libros clásicos de Marx, Rosa Luxemburgo, de Hilferding y de Lenin. Es un análisis desprovisto de todo apasionamiento, profundo y sobriente, cuyo resultado es el completo desenmascaramiento de la sociedad rusa y de todos los oropeles de la propaganda. En adelante, será preciso dar a conocer este libro a quienquiera que, de buena fe, se atreva aún a hablar de una Rusia socialista, y a cualquiera que insista en creer que el estatismo es el mejor camino para una sociedad nueva.

"Rusia no es, pues, una sociedad sin clases. Durante estos últimos cuarenta años se ha creado una nueva clase que dispone del poder político y económico", dice Djilas, y agrega: "Según el Derecho Romano, la propiedad consiste en el uso, el usufructo y la disponibilidad de un bien material. Para la burocracia política comunista la propiedad nacional es un bien que ella utiliza y del cual goza y dispone. La pretendida propiedad socialista es, sobre todo, la propiedad disfrazada de la burocracia política". El comunismo actual no es solamente un partido de cierto tipo y una burocracia que se formó a partir de la sociedad monopolizadora y de una participación desmedida del Estado en la economía; ante todo, el aspecto esencial del comunismo contemporáneo consiste en ser una nueva clase de propietarios y de explotadores". La nueva clase hace uso de una propiedad que, nominalmente es colectiva, como de un bien personal. Por consiguiente, sus privilegios son, de hecho, hereditarios; tiene, como ventaja sobre los capitalistas la gran superioridad de quedarse los beneficios y de dejar las pérdidas al Estado. Ello produce como consecuencia esta escandalosa diferencia de standard de vida entre los dirigentes y el pueblo, en una proporción que nada tiene que envidiar al Occidente podrido, y que salta a la vista de todos aquellos que han visitado Rusia.

En una palabra, el libro de Djilas desenmascara definitivamente al nominalismo soviético. Aplica a la "democracia económica formal" de los regímenes comunistas y de las democra-

cias populares el mismo análisis que Marx había hecho de la democracia política formal de los países capitalistas: con esta diferencia: que después de numerosas luchas y dificultades, en los países capitalistas, por lo menos, las libertades políticas se han hecho cada vez menos teóricas, mientras que, por el momento, la "nueva clase soviética" obstruye todos los caminos hacia un desarrollo democrático. La crítica de Djilas, hay que reconocerlo, no perdona tampoco al actual régimen yugoeslavo. Al ser, junto con Tito, uno de los jefes de la resistencia yugoeslava, Djilas había esperado que la creación de los consejos de empresa podría conducir a una forma de vida económica descentralizada bajo un control popular directo. Pero la experiencia yugoeslava, no ha ido nunca más allá de los planes teóricos. ¿Acaso podía ser de otro modo? No puede existir una economía descentralizada bajo la dirección de un partido totalitario fuertemente centralizado como lo es aún el de Tito. Pero, más allá de la estricta polémica política, –ahora es el momento de decirlo– es todo el problema del estatismo el que se plantea.

DJILAS Y LA CRITICA DEL SOCIALISMO

El análisis de Djilas se halla confirmado por el estudio que un socialista, el profesor Arturo Wauters, antiguamente embajador belga en Moscú, ha publicado recientemente en la "Revista de Ciencias Económicas" bajo el título "El Estado contra el Socialismo". El interesante estudio de Wauters igualmente, va más allá de los problemas actuales de Rusia y nos recuerda, con razón, la célebre obra de Emilio Vandervelde, "El socialismo contra el Estado". Por consiguiente, la crítica de la burocracia soviética aparece, en su estudio, como una contribución a la restauración del auténtico pensamiento socialista desfigurado por la ideología "estatal".

"El capitalismo de Estado, escribe Wauters, provoca la formación de una clase propia. Esta clase se desarrolla paralelamente al crecimiento de la economía del Estado. Esta afirmación parece ser una tautología. Sin duda existe una buro-

cracia en todos los países del mundo. Pero en ninguna parte del mundo, como en Rusia, la burocracia tiene tal fuerza de expansión, inherente a su propia naturaleza. La burocracia de Rusia se ha transformado en una fuerza social autónoma que sobrepasó el fin mismo por el cual fue creada. El aparato burocrático extremadamente perfeccionado, es utilizado, conforme a la teoría marxista, para defender los intereses de la clase que detenta el poder, es decir de la clase de los tecnoburócratas. La misma teoría de las clases, tal como los marxistas la formularon, deberá ser vista de nuevo a la luz de ese fenómeno imprevisto. Un paso más y Wauters, lo mismo que Djilas, o cualquiera que profundizara este asunto, se encontraría frente al problema de Simone Weill: Eliminad todas las otras formas de explotación, ¿Acaso no quedará la última, la más opresiva y la más humillante que no se puede desarraigar de una sociedad industrial cada vez más jerarquizada, la tiranía de las funciones? ¿Cómo evitar que aquellos que detentan las funciones superiores no constituyan una clase aparte?

Estos problemas se encuentran entre los más importantes de nuestra época y sería muy de desear que en ocasión del 40º aniversario de la revolución rusa los viejos debates sin importancia no volvieran a ponerse sobre el tapete de ahora en adelante. Rusia –decían los reformistas– no era el país más avanzado técnicamente, sobre quien podía recaer, según la teoría de Marx, la misión de ser el promotor de la revolución socialista. Pero, ¿quién impidió actuar a las organizaciones obreras de los países avanzados? ¿Una Alemania soviética hubiese podido evitar la burocratización? La verdad, tal como lo dijo Trotski, es que la cadena se rompió por su eslabón más débil (cuando una cadena se rompe, siempre se produce lo mismo). Se dijo, y se repitió, Rusia era un país sin grandes tradiciones políticas ni civiles. "Todas las riquezas (culturales) de Occidente, todas las herencias nos faltan", escribía con anterioridad Alexandre Herzen, a pesar de ser un gran revolucionario. "Nada de Roma, nada de la antigüedad, nada del catolicismo, nada del feudalismo, nada de la caballería, casi nada de la burguesía hay en nuestros recuerdos".

Pero, ¿para avanzar es acaso indispensable arrastrar de

trás de sí un pesado equipaje? Los mismos americanos, principales adversarios de los rusos, no llevan detrás de sí una historia larga y complicada. De todos modos, quien ha conocido de cerca al pueblo ruso sabe cuáles son las riquezas de sentimiento que oculta, qué sentido de la fraternidad, qué poder, casi místico, de sacrificio lo anima. Estas eran otras tantas cualidades preciosas para un nuevo régimen.

Y tal vez no sea verdad que los rusos no se hayan dado cuenta a tiempo del peligro de una "nueva clase". En el estudio, antes citado, de Wauters este último se toma la molestia de contar largo y tendido la historia de los esfuerzos desesperados que se intentaron para oponerse a la burocracia durante los diez primeros años del nuevo Estado. El peligro fue pronto sospechado, pero los remedios que se adoptaron fueron insuficientes.

LA IDEOLOGIA OFICIAL Y LA REALIDAD SOCIAL

En su libro "A Moscú en tiempos de Lenin" Alfredo Rosmer recuerda que en una reunión del ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista, en febrero de 1921, fue discutido, entre otros, un documento firmado por veintidós miembros del partido bolchevique. Estos denunciaban la formación de amplias capas burocráticas en el seno del partido. "Las fuerzas coaligadas de la burocracia del partido y de los sindicatos, escribían, abusan de su poder y no toman en cuenta las deliberaciones de nuestros congresos concernientes a la democracia obrera... Semejantes métodos conducen directamente al oportunismo y al servilismo". El examen del documento fue confiado a una comisión de la cual formaban parte Clara Zetkin, Marcel Cachin y Umberto Terracini. La comisión fue unánime para declarar que no podía reconocer el fundamento de las críticas expresadas por esos 22 camaradas; pero el hecho que fuese posible, entonces, a simples miembros del partido bolchevique de hacer un llamado a la Internacional por una cuestión de política interior rusa y que una comisión haya sido nombrada para estudiarla, es algo sintomático.

No olvidemos, tampoco, que el poder creciente y amenazante de la burocracia fue la última preocupación de Lenin en su lecho de muerte. Creía que el peligro podría ser combatido por un sistema de control directo de los obreros sobre el aparato del Estado. (Por obreros Lenin entendía, no sus representantes profesionales, sino aquellos que trabajaban aun efectivamente en las empresas). Proyecto conmovedor y utópico del cual nadie se preocupó, si no para aplicarlo, al menos para estudiarlo. Y aún otros remedios, estudiados con cuidado, se revelaron en lo sucesivo, ser simples paliativos. El gusano estaba en la fruta.

El desenmascaramiento social del régimen quitó a la burocracia comunista sus últimos restos de buena fe, así como su pretensión de ser la fuerza motriz del progreso, la locomotora de la Historia. La frenética agitación por las reivindicaciones inmediatas de las clases pobres no logra ocultar su torpeza ideológica para los problemas mayores. Si se pregunta a los burócratas lo que piensan ahora de las formas políticas para el paso del capitalismo al socialismo, si creen que un período de terror sería aún necesario y fatal así como la destrucción total del aparato del Estado, de la burguesía, la supresión del parlamento y del sufragio universal, la disolución de los demás partidos, y la dictadura del proletariado, no saben qué contestar. No es un silencio de circunstancias dictado por una prudencia o una timidez táctica. Realmente el desenmascaramiento ruso ha paralizado sus espíritus. No saben qué pensar sobre los problemas fundamentales, aunque en sus propias escuelas, como en Rusia, los antiguos manuales todavía estén en circulación. ¡He aquí la burocracia! Mientras los nuevos manuales con sus nuevos principios no hayan aparecido —¿Pero, quién se atreverá a inventarlos?—, se siguen estudiando los antiguos.

La fragilidad extrema de la situación rusa, su crisis permanente, están por entero en esta contradicción. Se mantiene por medio de la fuerza sobre esa mentira: una ideología oficial igualitaria y una realidad social dominada por una nueva clase privilegiada. Es así como podemos explicarnos igualmente por qué las veleidades de liberación del régimen

en cuanto a la prensa, la literatura y las artes, expresadas varias veces por Khrutschev quedan como letra muerta. La censura no puede ser eliminada en una sociedad que descansa sobre una contradicción tan visible entre la ley y los hechos. Es la condición típica de todos los regímenes reaccionarios.

De todos modos sobre un punto importante no estoy del todo de acuerdo con Djilas; se trata de la solidez de la "nueva clase". Si los mejores hijos de la burguesía pusieron en movimiento, en el siglo pasado, al movimiento obrero, ¿por qué, transfugas de la nueva clase no podrían hacer causa común con el pueblo? Ya ha sucedido en Polonia y en Hungría e igualmente se han visto ya los primeros síntomas en Moscú y en Leningrado con las manifestaciones de los estudiantes que son justamente los hijos de su "papá" de la nueva clase. Sobre todo, en las situaciones desesperadas, no hay que dejar de reconocer, a los recursos de la conciencia, su justo peso. Cuando ahora se dice Belgrado, los diplomáticos, los militares y los banqueros piensan naturalmente en Tito; pero para nosotros, y para centenares de miles de hombres de todos los países que están leyendo su libro, Belgrado es Djilas. Encerrado en una celda fétida, enfermo, privado de correspondencia, de diarios, de libros, este hombre es hoy una de las fuerzas principales de la conciencia humana.

WILLIAM HENRY CHAMBERLIN

LA GRAN DECEPCION COMUNISTA

Hace cuarenta años, el zarismo ruso, que había permanecido durante siglos como un baluarte del gobierno absolutista, no afectado por la Revolución Francesa ni otras influencias liberalizantes de Europa Occidental, súbitamente se vino abajo. Un movimiento que había comenzado algunos días antes como demostraciones callejeras, se transformó en una revolución triunfante cuando las tropas de la guarnición de Petrogrado, como era entonces llamada la capital de Rusia, rehusaron disparar contra las multitudes rebeldes y, por el contrario, fraternizaron con ellas.

Esta fue una de las revoluciones menos planeadas, más espontánea y sin dirigentes que se hayan producido en la historia. Los bolcheviques, como se denominaban entonces los comunistas, no tenían nada que hacer con ella. Entre los más prominentes líderes bolcheviques, Lenin estaba en Zurich; Trotski escribía artículos pobremente pagados para un obscuro periódico ruso en Nueva York; Stalin estaba en el exilio en Siberia. En la Asamblea de Diputados Trabajadores del Soviet, que emergió como un poderoso órgano improvisado de autoridad después de la caída del viejo régimen, los bolcheviques en un comienzo constituyeron una pequeña minoría.

Sobre un punto todos estaban de acuerdo después del derrocamiento del zarismo: Rusia sería libre. El programa adoptado por el Gobierno Provisional, que fue redactado por un acuerdo entre la Duma, el parlamento de muy limitados poderes y más conservador, elegido sobre bases limitadas y existente en Rusia desde 1906, y el más radical Soviet, incluía los siguientes puntos:

"Amnistía completa para todos los acusados de delitos políticos; libertad de palabra, de prensa, de reunión, de huelgas, de asociación sindical; abolición de todas las castas sociales y discriminaciones religiosas y de nacionalidad; inmediata preparación de una Asamblea Constituyente, elegida por medio de votación general directa, equitativa y secreta, para establecer la forma de gobierno y la Constitución del país".

He aquí un esboro adecuado para un avanzado tipo de democracia. Los comunistas, que falsamente se atribuyen el mérito de haber destruido a la autocracia, nada hubieran podido añadir a estas afirmaciones de libertades políticas y civiles, aun cuando su filosofía de "dictadura del proletariado" no hubiese contenido la simiente de la supresión de las libertades y derechos constitucionales en forma que iba mucho más allá de la practicada en las peores épocas del zarismo.

El zarismo había sido considerado durante mucho tiempo un símbolo de la reacción y la opresión en Estados Unidos y en los países libres de Europa Occidental y hubo regocijo general al saberse las noticias de su caída. Poco después de la Revolución de marzo, el 6 de abril de 1917, Estados Unidos entró a la guerra contra Alemania. El Presidente Wilson en su mensaje al Congreso con este motivo, se refirió en forma encomiástica a la victoria final de la larga lucha del pueblo ruso por la libertad, y se refirió a Rusia como "un digno socio de una liga de honor".

Sin embargo, de una u otra forma, la llave de la libertad que el pueblo ruso conquistó cuando se derrumbó el viejo régimen, fue perdida o arrojada a un lado. Menos de ocho meses después del espontáneo levantamiento popular contra el zarismo, se produjo la bien organizada y cuidadosamente preparada captura del poder por los partidarios de Lenin. Un glorioso, si bien vago, sueño de libertad llegó a su fin en una pesadilla de guerra de clases y dictadura uni-partidista.

Hubo varias razones para el fracaso político de Alejandro Kerensky y otros elementos del Gobierno Provisional. Algunos de ellos liberales, y otros socialistas moderados, intentaron vanamente oponerse a la creciente marea sobre la cual Lenin ascendió al poder. Los métodos de gobier-

no de la época zarista habían negado al pueblo ruso la invaluable experiencia del auto-gobierno, la base sólida de la libertad que se desarrolla después de un largo período de experimentación práctica. Debido a que la autocracia negó a los rusos con instrucción aquellas oportunidades de expresión y actividad políticas de que hubieran gozado en un país libre, una elevada proporción de esos rusos se sintieron atraídos por los ideales extremadamente utópicos del socialismo y voluntariamente cooperaron a producir algo que jamás han logrado probar en la vida real.

Las diferencias entre los enriquecidos terratenientes y fabricantes, por un lado, y los empobrecidos obreros y campesinos, por otro, eran hondas en Rusia. La clase media, aunque había venido creciendo en los años previos a la Revolución, no era lo suficientemente extensa como para poder ejercer una influencia estabilizadora y moderadora. El choque entre el sentido de su derecho de propiedad que tenían los terratenientes y el anhelo de los campesinos de poseer algo más de tierra, no se podía solucionar simplemente por una "votación general, directa, equitativa y secreta". El extendido analfabetismo, especialmente en las regiones del Cáucaso y Asia *Central*, habitadas por pueblos nativos primitivos, y aún la más atrasada y abandonada zona agrícola, constituía una grave desventaja para el funcionamiento efectivo de las instituciones libres.

Tal vez la más fatal amenaza de todas las que cayeron sobre el frágil esbozo de democracia que el Gobierno Provisional estaba procurando poner en vigor fue la guerra. Rusia había tratado de compensar su ineficaz armamento mediante la movilización de grandes ejércitos. Como resultado de la mejor organización y una mayor potencia de fuego de las fuerzas armadas de Alemania, las pérdidas rusas de territorio habían sido enormes y el número de víctimas, abrumador.

La esperanza de algunos observadores de Occidente de que el derrocamiento del zarismo pudiera significar una prosecución de la guerra, más vigorosa y efectiva, pronto quedó desvanecida. Los soldados sintieron por instinto que la firme mano de la disciplina se había aflojado con el derrocamiento

zarista. Comprendieron muy poco de las causas de la guerra y escucharon con entusiasmo a los agitadores que les decían que la guerra era obra de los capitalistas, que ellos deberían regresar a sus hogares y compartir la distribución de tierras.

Vladimir Ilyitch Lenin, dirigente de la facción bolchevique que más extremista del Partido Social Demócrata de Rusia (el nombre de bolchevique fue cambiado por el de comunista poco después de la toma del poder), demostró ser un maestro en estrategia para explotar a su favor todo el descontento del pueblo y preparar el camino para la eliminación del Gobierno Provisional. Su tarea quedó facilitada por el hecho de que el péndulo había girado desde la tiranía a una casi anarquía. El pueblo prestó poco oído a las exhortaciones e instrucciones del Gobierno Provisional, el cual carecía de una verdadera fuerza para hacer respetar su autoridad.

Lenin ascendió al poder sobre cuatro grande olas de desintegradora revuelta: la demanda de paz formulada por los soldados; la demanda de los campesinos por más tierras; la demanda de los nacionales no rusos por independencia y autonomía, y la demanda de los obreros por el control de las fábricas.

En la atmósfera de creciente debilidad, caos y desintegración, se hizo posible, el 7 de noviembre de 1917, que los bolcheviques, con Lenin y Trotski como los principales conspiradores, y con el apoyo de fuerzas revolucionarias integradas por destacamentos de obreros, marineros y algunas unidades militares, pudieran derrocar al Gobierno Provisional y proclamar a Rusia una República Soviética.

Cuarenta años han pasado desde ese funesto suceso. Ahora es posible pesar las promesas y propaganda de los comunistas frente a la realidad que ofrece la República soviética con la perspectiva de los años transcurridos. Y es imposible llegar a otra conclusión que la de que Lenin y sus colaboradores, semiconscientemente por cuanto tuvieron la fanática convicción de que el fin justifica los medios, y semi-inconscientemente por cuanto se hallaban enceguecidos por su propio fanatismo, se apoderaron del poder para provocar una de las más grandes decepciones de la historia. Un ejemplo de

ero de lo que el régimen soviético ha hecho, señalan precisamente lo contrario de lo que sus fundadores prometieron. He aquí diez hechos específicos que han constituido un rotundo desmentido a las promesas y afirmaciones de la propaganda comunista:

1.—Uno de los estribillos más populares cuando los bolcheviques se apoderaron del gobierno, en noviembre de 1917, era: "Todo el poder descansará en los Soviets". Lo que los bolcheviques dijeron al pueblo ruso, y lo que sus propagandistas dijeron a los pueblos de América y de Europa Occidental era que los Soviets, integrados por delegados elegidos de las fábricas, las oficinas y las unidades militares, formaban un nuevo y evolucionado instrumento de democracia. Se puso especialmente de relieve que los delegados a los Soviets quedaban sujetos a inmediato retiro y reemplazo por la voluntad de sus electores.

En el período del Gobierno Provisional, los delegados a los Soviets fueron libre, aunque un tanto tumultuosamente, elegidos, y entre ellos se incluían representantes de otros partidos izquierdistas, además de los bolcheviques. Hubo frecuentes reelecciones y el derecho de destitución que tenían los electores fue respetado.

Sin embargo, después de que el Partido Comunista empuñó las riendas del poder, los Soviets perdieron toda su independencia. Todos los partidos no comunistas, aún aquellos con una trayectoria y un programa revolucionarios fueron primeramente perseguidos y, finalmente, proscritos. Los Soviets se transformaron en meros instrumentos en manos del único partido gobernante. Se afirma que Lenin declaró en una ocasión, medio en broma, pero de todas maneras con profunda verdad:

"Puede haber muchos partidos políticos en Rusia, pero con una condición: el Partido Comunista debe estar en el poder y los otros, en la cárcel".

El ascenso de los comunistas al poder se vio ayudado por una inclinación de los Soviets a su favor en el otoño de 1917. Esta tendencia se debió, en parte, a causa de la reacción que provocó una torpe e infructuosa tentativa de golpe de Esta-

do llevada a cabo por el General Kornilov, y en parte, por la existencia de una creciente marea de subversión, hecho ya mencionado. Sin embargo, una vez en el poder, los comunistas jamás dieron al pueblo la oportunidad de cambiar de opinión y reemplazarles legal y pacíficamente con los elementos de otro partido.

Se suele decir que si a un pueblo no le gusta el comunismo, puede desembarazarse de él. Sin embargo, la experiencia en la Unión Soviética y en todos los otros países donde el comunismo se apoderó del poder —tenemos el último y más trágico ejemplo en Hungría— indica que un gobierno comunista jamás permitirá ser desplazado por medios legales y pacíficos.

2.—La propaganda bolchevique venía diciendo, meses antes de que se produjera la revolución de noviembre, que el Gobierno Provisional estaba demorando deliberadamente y saboteando la convocatoria a la Asamblea Constituyente. Se llevó a cabo una elección nacional para esta Asamblea, donde imperó una libertad general aunque en algunas grandes ciudades influenciada por el terror bolchevique, y esta corporación legislativa, el primer Parlamento elegido en base al sufragio universal que tuvo Rusia, se reunió el 18 de enero de 1918 en Petrogrado.

Alrededor de un 25 por ciento de sus integrantes eran comunistas. Tan pronto como éstos vieron que no podrían controlar la Asamblea se dedicaron a provocar su fracaso. Las sesiones se realizaron en una atmósfera de amenazas, insultos e intimidación por parte de marineros del puerto de Cronstadt y otros simpatizantes comunistas que llenaban las galerías. Y al segundo día de su existencia, la Asamblea fue abruptamente disuelta mediante un decreto del Comité Ejecutivo Soviético formado solamente por comunistas, y se puso una fuerte guardia frente al edificio de sesiones para impedir la entrada de los asambleístas. Han pasado casi cuarenta años desde que se reunió el primer parlamento ruso libremente elegido que tuvo tan breve vida. No ha habido otra elección libre desde entonces.

Así, los comunistas, que llegaron al poder con el estri-

llo de que debía acelerarse la convocatoria a la Asamblea Constituyente, procedieron a clausurar este organismo en forma permanente tan pronto como comprendieron que no tenían la mayoría.

3.—La misma palabra comunismo sugiere la idea de igualdad, de compartir algo en común. Esta es la imagen de la sociedad soviética descrita por la propaganda comunista, y que, desde la época de Lenin hasta la nuestra, tratan de presentar para conquistar la simpatía de los pobres, los descontentos y los idealistas sociales.

Antes de la captura del poder, Lenin constantemente ponía énfasis en que bajo el nuevo orden de cosas que él se proponía establecer, habría una sustancial igualdad de salarios y condiciones materiales. Otro punto en el que insistía con frecuencia era que los trabajadores y las clases más pobres generalmente tendrían una participación directa en la administración del Estado. En una ocasión declaró: "Cada cocinero debe aprender cómo administrar al Estado". Predijo que bajo el socialismo, o comunismo, "toda la sociedad será una oficina y una fábrica, con igualdad de trabajo e igualdad de remuneración". Dejó sentado que los miembros del Partido Comunista, aún cuando ocupasen altas posiciones, no recibirían mayor salario que el del trabajador especializado corriente.

De esta anunciada igualdad no quedan hoy rastros en la Unión Soviética. El nivel de vida general del pueblo es mucho más bajo que el de Estados Unidos o Europa Occidental. Sin embargo, por otra parte, este inferior ingreso personal está desigualmente dividido en términos de alimentos, ropa, vivienda y mercaderías en general. El trabajador especializado gana más que el no especializado; el capataz gana más que el obrero especializado y el ingeniero de una fábrica, más que el capataz.

Los hombres de los altos puestos de la burocracia, los altos funcionarios del gobierno, de las fuerzas armadas y la policía secreta, los administradores que dirigen las industrias del Estado, reciben elevados salarios y muchas franquicias de oficina, tales como automóviles con servicio de chofer. Las becas para los estudiantes en las universidades del Estado se dan

no en base de necesidad sino en base de capacidad escolástica. Los elevados impuestos directos tienden a nivelar los ingresos personales en los países occidentales, pero el mayor impuesto a la renta en la Unión Soviética es de 13 por ciento, y, mientras los salarios de los obreros no especializados son todavía de unos cuantos centenares de rublos al mes, existe en el país una clase cuyas entradas son de millones de rublos.

En lo que Lenin no reparó, en su esfuerzo por nacionalizar y confiscar toda la propiedad privada para eliminar la desigualdad en la distribución de la riqueza, es que la desigualdad de poder, obligadamente existente en una dictadura unipartidista, inevitablemente provocará un renacimiento de la desigualdad de la distribución de la riqueza tan pronto como el primer fervor revolucionario ha pasado. Este proceso es ostensible en la Unión Soviética de hoy.

4.—Para los intelectuales de raigambre radical de Rusia, así como, inclusive, para muchos campesinos, existía una estrecha asociación entre tierra y libertad. Una de las primeras agrupaciones revolucionarias del siglo XIX adoptó el nombre de "*Zemlya i Volya*" (Tierra y Libertad). Entre los deseos de los campesinos con relación a la tierra y los puntos de vista del Partido Comunista mediaba una diferencia fundamental.

Los campesinos deseaban la libre y total posesión de la tierra que alquilaban del terrateniente, así como también una parte de la propiedad de éste. Los comunistas no tenían fe en un sistema de pequeños propietarios campesinos que, posteriormente, darían lugar al surgimiento de muchos otros pequeños capitalistas. Sin embargo, al producirse la revolución de noviembre, Lenin prometió a los campesinos que el problema de las tierras sería solucionado tal como ellos lo deseaban: y basó la primera ley sobre tierras en los principios aprobados por un partido rival, el Revolucionario Socialista.

En virtud de esta ley, quedó abolida la propiedad privada de tierras, pero los campesinos no estaban obligados a incorporarse a una hacienda colectiva o a trabajar en una granja del Estado. La tierra debía ser distribuida para su explotación de acuerdo con el número de miembros de cada familia campesina. La adquisición y venta de tierras quedó prohibida.

Nuevamente, cuando se puso en vigencia en marzo de 1921, la Nueva Política Económica, se aseguró a los campesinos el derecho de cultivar su propia tierra sobre una base individual, libre de la amenaza de requisiciones del gobierno, como las que fueron puestas en vigencia durante la guerra civil, a sola condición de que pagase un impuesto al Estado. Sin embargo, en 1928-1929, el gobierno soviético eliminó el derecho de los campesinos a labrar individualmente sus tierras y, por medio de una cruel presión administrativa y económica, les obligó a incorporarse a las granjas colectivas donde pasaron a ser prácticamente siervos del Estado, obligados a sembrar lo que el Estado les ordenaba y a entregar la mayor parte de sus cosechas a ese mismo Estado. El sueño de "tierra y libertad" finalizó convertido en una pesadilla de servidumbre oprobiosa. Antes de que esta transformación se completara, millones de campesinos perecieron de hambre; millones más habían sido condenados a campos de trabajos forzados. El propio Stalin, en una momento de franqueza durante la guerra, declaró a Winston Churchill que las dificultades de la guerra no habían sido tan grandes como la lucha por la colectivización de los campos, la cual afectó a diez millones de campesinos. "Fue terrible –dijo Stalin– y duró cuatro años".

5.–Una de las frases comunistas favoritas, bajo la jefatura de Lenin, era "la dictadura del proletariado", frase tomada de Karl Marx. Se entendía por proletariado el conjunto de grupos de obreros a salario de la población, especialmente los obreros de las grandes fábricas.

Durante los primeros años después de la Revolución, el Partido Comunista extrajo entre los obreros rusos, especialmente de Petrogrado, muchos de los nuevos funcionarios provinciales, comisarios del Ejército Rojo, gerentes de las fábricas nacionalizadas, etc. Sin embargo, cuando el sistema soviético se fue haciendo más sólido y más fuertemente organizado, quedó cada vez más claro que lo que se había establecido en el país no era una dictadura *del* proletariado, sino una dictadura *sobre* el proletariado.

El hecho de que algunos hombres y mujeres que habían sido obreros en oportunidades anteriores llegaron a ocupar al-

tos cargos en la clase dirigente no alteró la situación de com-
pleta dominación, bajo la dictadura comunista, en la que vi-
vían aquellos que permanecieron en los puestos de las fábri-
cas." Los obreros soviéticos no tienen el derecho de huelga. La
organización sindical está de tal manera establecida que la
priva de cualquier efectiva representación que pueda entrar
en discusión con los administradores.

Esto se debe a que los jefes de los sindicatos soviéticos son comunistas, sujetos a la estricta disciplina del Partido. Si el gobierno exige un mayor rendimiento o recurre a otros medios para acelerar las labores, el sindicato debe apoyar estas medidas. Al igual que bajo el fascismo, se niega a los obreros la posibilidad de realizar una acción sindical libre que es la que ha proporcionado en gran parte el mejoramiento de los niveles de vida que se ha logrado para los obreros en los países del mundo libre.

6.—Lenin consideraba la dictadura del proletariado como una etapa de transición en la evolución hacia el comunismo. En concordancia con las enseñanzas de Marx y Engels, consideraba al Estado como un instrumento para la supresión de una clase por la acción de la otra. Antes de la revolución socialista o comunista —argüía Lenin— los capitalistas o "burgueses" empleaban al Estado para oprimir a los obreros. Después de la revolución, los papeles se trastrocarían: los obreros oprimirían o "liquidarían" a la burguesía.

Sin embargo, su justificación moral para la "dictadura del proletariado" era que, al final, cuando se alcanzara la última etapa del comunismo, ya no habría necesidad de que existiese el Estado. Esta situación la planteaba de la siguiente manera: "Mientras existe un Estado, no hay libertad. Cuando haya libertad, no deberá existir el Estado".

Ahora han pasado cuarenta años desde que Lenin hizo su vertiginoso salto hacia el poder. Dos generaciones de ciudadanos rusos han crecido y se han educado de acuerdo con la línea comunista. Los últimos rastros de "capitalismo", en el sentido de propiedad aunque sea de pequeñas empresas con fines lucrativos, han estado extinguidos por tres décadas.

No obstante, no existe el menor indicio de la desapa-

ción del Estado, supresión que se suponía debía ser un automático subproducto de la destrucción del capitalismo privado. ¡Cuán equivocada y decepcionante puede ser juzgada esta teoría por un solo hecho irrebatible! El Estado soviético de hoy, después de una existencia de cuarenta años, mantiene una maquinaria de represión infinitamente más intensa que la que se pueda buscar en cualquier país gobernado de acuerdo con principios constitucionales y con instituciones libres.

7.—*Paz.* Los bolcheviques conquistaron el poder en base a una promesa de paz formulada ante los atormentados pueblos rusos, cansados de la guerra. Desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial, Stalin y los herederos políticos de Stalin han pretendido mostrarse como campeones de la paz, promoviendo congresos y organizaciones "de Paz" y tratando de aplicar el estigma de "belicistas" a todos los gobiernos no comunistas.

Sin embargo, existe un amplio abismo entre las palabras de los comunistas y sus hechos, en este tema de la paz. Aunque Lenin denunció la Primera Guerra Mundial como "capitalista" o "imperialista", él jamás fue un pacifista. Mientras algunos socialistas europeos tenían la esperanza de "detener la guerra" por medio de una paz negociada, la consigna de Lenin era:

"Convirtamos la guerra imperialista en una guerra civil".

Los agitadores bolcheviques exhortaron a los soldados rusos a desertar del frente de batalla en el período comprendido entre el verano y el otoño de 1917. Sin embargo, después de que los comunistas estuvieron en el poder, Trotski, como Señor soviético de la Guerra, ordenó frecuentemente diezmar a la tropa con fusilamientos como castigo por actos de cobardía o deserción registrados en el nuevo Ejército Rojo. El espíritu de implacable hostilidad entre el régimen soviético y el mundo no comunista encuentra expresión en muchos dichos de Lenin, como el siguiente:

"Es inconcebible que la República soviética pueda continuar existiendo por un largo tiempo lado a lado con los estados imperialistas. Al final, uno u otro deberá ser el conquistador. Mientras tanto, es inevitable una serie de terri-

bles choques entre la República Soviética y los Estados bur-
gueses".

Aunque proclama devoción al ideal abstracto de la paz, el gobierno soviético ha rechazado permanentemente uno de los medios más fructuosos para lograr la solución pacífica de las diferencias internacionales: el arbitraje. Aunque trata de obtener capital propagandístico con radicales proposiciones de desarme, se opone siempre o elude las medidas para efectuar una minuciosa inspección internacional y para verificar si el desarme no sería solamente una peligrosa trampa.

Una de las primeras condiciones de la paz es el respeto por los tratados entre las naciones. Sin embargo, el gobierno soviético ha roto más convenios internacionales que los que ha respetado. Al dividirse con Hitler, en 1939, a Polonia, dejó a un lado un pacto existente de no agresión que tenía firmado con el gobierno de Varsovia. Al atacar a Finlandia el 30 de noviembre de 1939, violó un tratado similar. Los tratados de neutralidad y no agresión que tenía suscritos no impidieron la ocupación militar y anexión de las tres repúblicas independientes bálticas, Letonia, Estonia y Lituania. El ataque soviético contra Japón en agosto de 1945 violó un tratado de no agresión existente. Las promesas soviéticas hechas en Yalta para promover elecciones libres en Polonia, y aquellas hechas en Potsdam para permitir la existencia de partidos democráticos en Alemania, fueron violadas casi desde el mismo momento en que fueron hechas.

8.–*Libertad de religión.* Esta libertad está garantizada en la Constitución soviética y figura constantemente en la propaganda comunista. Sin embargo, el verdadero estudio del régimen soviético da un resultado muy diferente. Hubo períodos de encarnizada persecución, durante los cuales muchos obispos y sacerdotes de la Iglesia Ortodoxa fueron ejecutados o enviados a campos de concentración.

En toda época comunista, la práctica de la religión fue desalentada. Marx decía: "La religión es el opio del pueblo". Lenin la describía como "cocaína espiritual". Ningún creyente puede ser miembro del Partido Comunista gobernante. Esta norma constituye una automática descalificación para

ocupar cualquier posición de jerarquía en el gobierno de Rusia. La publicación de literatura religiosa está severamente limitada.

9.—*Indiscriminación racial y de nacionalidad.* Aquí existe otro hondo abismo entre la teoría comunista y la práctica soviética. En teoría, el comunismo rechaza la discriminación sea racial o de nacionalidad. Empero, aunque el gobierno soviético jamás se entregó abiertamente al anti-semitismo, la colectividad judía se ha visto acentuadamente en dificultades, especialmente durante los años de la guerra y la postguerra.

Después de que los judíos soviéticos dieron una bienvenida entusista a la primera Embajadora del estado de Israel, señora Golda Meir, hubo una onda de medidas represivas antijudías, clausura de publicación y teatros en idioma yiddish, ataques apenas velados contra los judíos a los que se calificaba de "cosmopolitas sin patria" y destituciones de funcionarios judíos.

La actividad sionista en la Unión Soviética ha sido considerada como contrarrevolucionaria y sujeta a sanción. Aunque no existe una república judía separada en la Unión Soviética, los judíos son obligados a tener pasaportes especiales donde está inscrita la palabra: "Judío". Aunque hubo muchos judíos entre los primeros dirigentes comunistas, así como entre los líderes de otros partidos revolucionarios rusos, y pese a que entonces se consideraba el anti-semitismo como una demostración de reacción zarista, el péndulo ha girado ahora hacia un punto donde, de acuerdo con el testimonio de muchos visitantes que viajaron a Rusia, los judíos se encuentran nerviosos e inseguros sobre su futuro. Y, como ocurre a muchos otros ciudadanos soviéticos, solo en raras ocasiones se les permite emigrar.

La centralización de la autoridad en Moscú ha hecho que continúe la dominación de Rusia sobre las nacionalidades no rusas. Hubo repetidamente crueles depuraciones de personas a las que se acusaba de nacionalistas en Ucrania, que es la más poblada de las repúblicas no rusas.

Después de la Segunda Guerra Mundial hubo una activa propaganda dirigida a demostrar que los rusos fueron los "pri-

nieros" en descubrir cuanto invento importante hubo en el mundo y son, en consecuencia, superiores mentalmente a los otros pueblos.

10.—*Imperialismo.* Lenin, Stalin y otros dirigentes soviéticos han pretendido pasar siempre como luchadores contra el imperialismo. Sin embargo, mientras los imperios británico, francés y holandés han estado achicándose permanentemente y dando vida a nuevos estados independientes o a zonas con su propio gobierno desde la finalización de la guerra, ha entrado en existencia un extenso imperio soviético. Además se anexó directamente Letonia, Lituania, Estonia y partes de Polonia, Rumania, Finlandia, Checoeslovaquia, Albania y la zona soviética de Alemania, una zona habitada por casi un centenar de millones de personas.

Todos estos países fueron obligados a coordinar sus economías con la de la Unión Soviética, a votar con la Unión Soviética en las Naciones Unidas y a colocar sus ejércitos a disposición de la Unión Soviética bajo el Pacto de Varsovia. Cualquier tentativa de recuperar la independencia en estos países es implacablemente sofocada por las tropas soviéticas, como ocurrió en la zona soviética de Alemania en junio de 1953 y en la aún más sangrienta y más trágica revuelta húngara de octubre y noviembre de 1956. Aquí se produjo el violento derrocamiento del legítimo gobierno de Hungría, encabezado por un comunista veterano, Imre Nagy, y su sustitución por un régimen títere presidido por Janos Kadar, mediante el empleo de las fuerzas armadas soviéticas.

Los comunistas soviéticos han demostrado su habilidad para permanecer en el poder por medio de una mezcolanza de terrorismo y propaganda, para construir nuevas y gigantescas industrias y para sobrevivir a una devastadora guerra. Sin embargo, los principios idealísticos que les ayudaron a apoderarse del poder hace cuarenta años y que todavía conquistan simpatías para su sistema en algunos países del mundo, han demostrado ser completamente fraudulentos. Lo que ellos han hecho, como lo probaron los abismos que existen entre las promesas y los hechos, es edificar un sistema político mucho más próximo a la autocracia que derrocaron, o a los sistemas

de Hitler y de Mussolini, que a los sueños de igualdad, fraternidad, e indiscriminación racial o de nacionalidad que amaron sus simpatizantes.

Es ya hora de que el enorme abismo entre los ideales y las promesas comunistas y la realidad del sistema soviético sea universalmente reconocido. La tragedia de Hungría ha constituído una revelación para muchos hombres en Occidente que seguían viviendo en un mundo de sueños con respecto al comunismo. Como dijo el escritor francés, bien conocido por sus tendencias izquierdistas, Jean Paul Sartre, al repudiar su anterior simpatía por el comunismo: "Durante un tiempo, los comunistas parecieron pertenecer al Partido de los Asesinados. Ahora constituyen el Partido de los Asesinos".

Segunda parte

LITERATURA RECIENTE, ENJUICIANDO, LA ACCION DEL COMUNISMO

JAMES H. BILLINGTON

EL RENACIMIENTO DE LA "INTELLIGENTSIA" RUSA

Resulta irónico que en los recientes sucesos de Polonia y de Hungría uno de los papeles más importantes fuera desempeñado por uno de los grupos más favorecidos y privilegiados de la sociedad comunista: el de los intelectuales. Los estudiantes de Hungría fueron los primeros en la línea de combate y, en todas partes del bloque soviético, los estudiantes han sido los más activos donde quiera que los efectos de los acontecimientos de Polonia y de Hungría se han hecho sentir. Resulta también irónico que esta agitación ocurra cuando muchos de los sociólogos del Occidente han llegado a la conclusión de que la indoctrinación y la intimidación soviéticas, no permiten rebeliones parecidas a la de 1848 en los países comunistas. Todo esto requiere una nueva apreciación del papel que desempeñan los intelectuales en la Europa Oriental y para el observador de asuntos internacionales el examen se debe concentrar en dos cosas: qué índole tiene este fermento entre los intelectuales de la propia Unión Soviética y cuál es su significación política.

Desde mediados de 1953 los escritores soviéticos han buscado activamente más libertad, tratando, tanto en sus escritos como en reuniones públicas, de reducir la autoridad de los vigilantes del partido comunista. Las dificultades con que éste ha tropezado para mantener su dominio absoluto después de la era de Stalin, se hicieron evidentes cuando no pudo sostener sus rígidos cánones en el Congreso de Escritores de diciembre de 1954. La situación empeoró a mediados del año 1956 cuando varias obras heterodoxas, de escritores anteriormente expurgados, aparecieron en publicaciones literarias y cuando la "Revista de Historia", la principal de su clase, ac-

tivó su campaña para un nuevo estudio de la historia sovié-
tica y "reavaluar el patrimonio histórico burgués" en compa-
ración con la crítica directa del partido comunista. A prin-
cipios de este año el régimen comunista presenció ataques
directos contra la doctrina, considerada como sagrada, del
"realismo socialista", tanto en la "Revista de Filosofía" co-
mo en el Congreso de Escritores de Ucrania.

Aún más alarmante que estos indicios de desconcierto, se
vio que la generación anterior de intelectuales "desviados"
se había unido a una gran proporción de los estudiantes del
país que era, a la vez que más importante para el régimen,
la que más hacía oír su voz criticándolo. Al parecer, los es-
tudiantes desempeñaron papel principal en los disturbios de
Georgia en marzo del año pasado, y tanto estudiantes como
tecnólogos figuraron prominentemente en las acusaciones lan-
zadas por "Pravda", en abril del año pasado, refiriéndose a
los "degenerados" excesos en la campaña de desestalinización.

Después de los levantamientos de Polonia y de Hungría
a fines del año pasado, la insubordinación y el descontento
de los estudiantes soviéticos subió a grado mucho más alto.
La prensa capitalina, lo mismo que la de provincias, estaba
llena de reseñas sobre las peticiones "demagógicas" y "con-
trarias al partido comunista", presentadas en las reuniones
de estudiantes y de "komsomols"; de las expulsiones en las
universidades; de la diseminación de publicaciones clandes-
tinas y del interés cada vez mayor en la actitud de los hún-
garos, los polacos y los yugoeslavos. Según informes, gran nú-
mero de estudiantes húngaros y polacos fueron devueltos a sus
países y, a principios de diciembre de 1956, se inició una ac-
tiva campaña para poner fin a la "podredumbre" que a todas
vistas había infectado a los estudiantes rusos.

Aunque en general el descontento de los intelectuales
rusos se parecía al de los polacos y los húngaros, había una
diferencia importante: en el descontento de los rusos no ha-
bía finalidad política ni finalidad nacionalista; en tanto que
los intelectuales de los países satélites podían unirse para re-
sistir la ocupación extranjera y una manera de vivir extraña,
los intelectuales soviéticos no podían menos que sentirse per-

funda y personalmente envueltos en el experimento comunista. El resultado de esto es que su descontento ha tendido a ser más desesperado y apolítico. Es más, se acusa a la mayor parte de ellos, no de agitación política, sino de "anarquía", "nihilismo", "subjetivismo" e "individualismo".

De todos modos, su agitación es causa de profunda y comprensible inquietud para el régimen comunista soviético, ya que aún más que en ningún otro estado, la Unión Soviética depende de su élite intelectual para llevar adelante su empeño de sobrepasar a los Estados Unidos en tecnología y porque su razón de ser, como estado y como sistema, es ideológica. El régimen soviético no puede volver a la represión stalinista de los intelectuales, pero tampoco puede tolerar su separación, cada vez más marcada, del sistema soviético. Así pues, su acción para reimponer la disciplina ha variado entre advertencias y exhortaciones a los "miembros activos" del partido entre los intelectuales.

Aunque pequeñas concesiones y llamamientos para unidad del partido tal vez satisfagan a intelectuales de más edad que todavía recuerdan a Lenin y al ambiente después de 1920, el problema para los estudiantes es más complejo, pues pertenecen por completo a la era de Stalin y han sido indoctrinados sin cesar para hacerles creer que, a pesar de todo, su sistema constituía un "baluarte mágico" de infalibilidad, en el cual sus propias vidas asumían significación y finalidad.

Ahora, con las revelaciones hechas en el discurso secreto de Khrutschev el efecto fue de profunda conmoción, no tanto porque se hiciera saber que Stalin fue cruel, sino por la idea enervante de que, a fin de cuentas, el objeto por el cual todo aquello fue sufrido, era, por sí, totalmente corrompido. Cuando un mito tan enorme y tan alto como el de Stalin se desvanece al fin, los que han vivido únicamente bajo él se sienten estupefactos, desarmados y resentidos. No es sorprendente, pues, que los dirigentes más sensibles entre los estudiantes soviéticos, se sientan incapaces de hacer otra cosa que terminar la obra de negación empezada por Khrutschev y buscar, dentro de sí mismos y en su pequeño círculo de amigos leales, algo nuevo que haga a la vida digna de vivirse.

El descontento que hoy reina entre los intelectuales jóvenes de la Unión Soviética se debe comprender, pues, a base de una ansiosa búsqueda de algo nuevo que sirva de fundamento a la integridad personal. Tal como los acusa el régimen, estos jóvenes son individualistas y, aunque no saben lo que quieren, están unidos porque saben qué es lo que no quieren: el mundo impersonal, mezquino y sin objeto del comunismo de un estado burocrático. Su héroe es Lopatkin, el solitario y perseguido inventor, protagonista de la nueva novela, tan discutida, de Vladimir Dudintsev: "No sólo de pan..." Lopatkin tiene éxito a pesar del sistema y del partido comunista y no gracias a éstos, como se asegura allí siempre. Conserva hasta el fin su individualidad, se siente satisfecho de su labor, de su pequeño círculo de amigos y de escuchar buena música.

Cuando el régimen acusa a Dudintsev y a sus admiradores de estar "infectados" por "reliquias ideológicas del pasado", quizás no comprende lo cierto de esta acusación. Durante el último año se ha estudiado mucho el pasado de Rusia. Es más, se ha despertado un nuevo y profundo interés en Dostoiewsky, por largo tiempo proscrito en la Rusia comunista, y no hay duda de que el actual ferment representa, de diversas maneras, una resurrección del ferment clásico y de las aspiraciones de la *Intelligentsia* (intelectualidad) rusa anterior a la revolución bolchevique. Después de todo, este término de *intelligentsia* es ruso y su inclusión como clase a la par con el proletariado y los campesinos en una "vanguardia progresista", es sólo una enmienda rusa al marxismo.

En su sentido clásico la *intelligentsia* significaba mucho más que meros intelectuales en el sentido algo pedante del Occidente, algo más que el número de los que viven de las ideas o se dedican a ellas. La "intelligentsia" rusa derivaba su identidad de la participación común en la búsqueda de la verdad, la *pravda*, en el sentido primitivo, absoluto, en que el término se usaba en la Rusia del siglo XIX. Los de la "intelligentsia" nunca convinieron entre sí, ni aún comprendieron individualmente con exactitud, qué significaba *pravda*, pero sí convinieron y comprendieron qué era lo que no es

nificaba. Y esta oposición común a negarla; la *nepravda* (falsedad), la *krivda* (iniquidad) y, sobre todo, el *meshchanstvo* (mediocridad mezquina burguesa) del estado autocrático, les inspiró a una angustiosa búsqueda que tal vez no ha tenido paralelo en el Occidente moderno.

Uno de los más eruditos estudiantes de la intelligentsia rusa del siglo pasado, R. V. Ivanov-Razumnik, dio el subtitulo de "individualismo y *meshchanstvo*" a su "Historia de las Ideas Sociales de Rusia" y realmente la presenta muy bien como conflicto entre lo que rechazaban los pensadores rusos, es decir, la mezquina mediocridad burguesa y lo que ellos buscaban como nueva base de la integridad individual. Así, cuando Dudintsev dio a su novela el nombre de "No sólo de pan...", y dejó que su protagonista, un individualista, tildase a la burocracia establecida de "*meshchanskii* comunista", en cierto sentido lo que hace es reasegurar la nueva validez de la clásica búsqueda por la intelligentsia de la integridad individual, en medio del desierto ideológico del comunismo soviético contemporáneo.

Tal vez no sea exagerado decir que los primeros prerequisitos para condiciones de revolución, se están presentando en la Unión Soviética: la enajenación de la elite intelectual. En contrario a Stalin, los nuevos mandatarios parecen haber supuesto que el sistema soviético era inherentemente estable y que, a diferencia de los regímenes de Alejandro I, Alejandro II y Nicolás II, no se verían fundamentalmente perturbados por medidas liberales. Esforzándose en reintroducir vitalidad y productividad en el sistema soviético, los mandatarios dieron nueva condición y oportunidades a los intelectuales y éstos, al parecer, han preferido convertirse una vez más en "intelligentsia".

Evidentemente, hay al presente en la Unión Soviética muy pocos de los demás prerrequisitos para condiciones de revolución y no se sabe, naturalmente, si una intelligentsia, en el antiguo sentido del término, pueda surgir, o resurgir, como factor político determinante, en las condiciones tan distintas del sistema soviético, y la moderna civilización tecnocrática en general. Sin embargo, hay indicios de significación

política en este renacimiento de la inteligentsia y se puede encontrar en la historia de esta curiosa agrupación social.

En junio último hizo justamente un siglo que apareció en Londres el primer número de la publicación "Bell", de Alexander Herzen, primera publicación de los radicales rusos emigrados, la cual lanzó a Rusia a un largo período de fermento. En esa época, como ahora, Rusia acababa de salir de un período de extrema represión social e intelectual y sus mandatarios se inclinaban a conceder cautelosas y limitadas reformas. En esa época, como ahora, las reformas, en lugar de satisfacer a la juventud, la estimularon, y sus esperanzas y aspiraciones pronto dejaron muy atrás no sólo a los planes del régimen, sino a las intenciones de los reformistas más duros y moderados. En esa época, como ahora, los elementos más vigorosos de la generación joven se unieron clamando que el régimen alegaba representar "la verdad" en el exaltado sentido oriental de la palabra y, sin embargo, estaba atascado en la mediocridad mezquina y en la burocracia.

Improperios como los de "nihilista" y "anarquista", que al presente profieren los mandatarios soviéticos, tuvieron su origen entre sus predecesores zaristas de aquella época. Los medios de protesta como hojas sueltas, publicaciones clandestinas y reuniones de estudiantes, son exactamente los mismos que se emplearon en 1860. Entonces, como ahora, el radicalismo no tenía ningún núcleo o centro político y a menudo iba acompañado de descontento social y de actos de pillería, lo mismo que ahora. En 1863, lo mismo que hoy, la cruel represión, hecha por Rusia, de un levantamiento en la Europa Oriental, mortificó profundamente a los estudiantes rusos, impulsándolos a identificarse con las víctimas comunes del opresor estado ruso. Hoy hasta se siente que los estudiantes rusos del presente, comparten la infundada confianza que experimentaban los radicales de 1863, en el sentido de que las únicas verdaderas fuerzas en conflicto, eran ellos mismos y prácticamente todo el que representaba autoridad, es decir "nosotros" y "ellos".

Para llevar esta semejanza hasta el fin, se ha de llegar a la conclusión de que el actual desasosiego de Rusia no repre-

senta otra cosa que gestos y actos desorganizados, sin dirección, que a lo más pueden resultar en presagios de una revolución dentro de muchos años, y la premisa de no conceder verdadera significación política al descontento actual, adquiere más fuerza al considerar la capacidad del estado soviético para intimidar y pulverizar a la oposición.

Empero, hay una sólida razón para que el actual fermento de la Unión Soviética pueda producir resultados políticos más inmediatos que los obtenidos hace un siglo. Hoy día, en contrario a lo de aquella época, la mayoría de los rusos sabe leer y escribir y, en cierto sentido, sabe pensar. Cuando los populistas rusos de 1870 "se dirigían al pueblo", no podían ser comprendidos y, mucho menos, apoyados por las masas ignorantes e incapaces de expresarse. Hoy día, mucha más gente tiene, por lo menos, la instrucción básica necesaria para comprender los asuntos. Por lo tanto, ha aumentado la posibilidad de que mayores segmentos de la población se vean afectados por la acción de los intelectuales. El Lopatkin de Dudintsev puede resultar tan profet a como algunas de las grandes figuras de la literatura rusa del siglo pasado, al decir que "una vez que el hombre comienza a pensar, no se le puede privar enteramente de libertad".

Naturalmente, aún si la intelligentsia asumiera la función de vanguardia que se ha sugerido aquí, quedarían todavía muchos problemas para librar a la mente rusa de su inclinación a la utopía y de su desconocimiento de los procedimientos políticos democráticos. Sin embargo, el mundo exterior no debe estimar por lo bajo ni mirar condescendientemente la posible capacidad de los rusos para resolver por sí mismos estos problemas, si la historia les da la oportunidad. Un país que ha producido a Dostowiesky y un Tolstoy y que ha sobrevivido a toda la opresión que los rusos han sufrido en los últimos años, ha de tener grandes recursos espirituales. Su pueblo probablemente demostrará su capacidad para crear nuevas formas de vida y una sociedad que ni él mismo ni el mundo exterior pueden haber previsto, pero que ha de satisfacer su ardiente aspiración de libertad.

MILOVAN DJILAS

LA TIRANIA SOBRE LA MENTE •

I

Sólo se justifica parcialmente la búsqueda en la filosofía comunista de las fuentes de la tiranía sobre la mente, tiranía que los comunistas ejercen con refinamiento clínico cuando llegan al poder. El materialismo comunista es probablemente más exclusivo que cualquier otra visión del mundo contemporáneo. Coloca a sus adherentes en una posición que les hace imposible tomar ningún otro punto de vista. Si esa visión no estuviese relacionada con formas de gobierno y de propiedad peculiares, los métodos monstruosos de opresión y destrucción de la mente humana no podrían ser explicados por la visión misma.

Toda ideología, toda opinión, trata de presentarse como la única verdadera y completa. Esto es innato en el pensamiento del hombre.

No era la idea misma, sino el método mediante el cual se aplicaba la idea, lo que distinguía a Marx y Engels. Negaban todo valor socialista, científico y progresista a las opiniones de sus contemporáneos y habitualmente calificaban esas ideas como "ciencia burguesa", con lo que descartaban de antemano toda discusión y todo estudio serios.

La idea que era precisamente limitada y exclusiva en Marx y Engels, la idea de la que el comunismo extrajo más tarde la substancia de su intolerancia ideológica, era la de la inseparabilidad de las opiniones políticas de un científico, pensador o artista contemporáneo de su valor real o científico como pensador o artista. Si uno se encontraba en el campo políticamente opuesto, todos sus otros trabajos objetivos o de otras clases eran rechazados o pasados por alto.

• Capítulo de "La Nueva Clase", publicado en castellano por Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1957.

Esta actitud de Marx y Engels sólo se puede explicar en parte como consecuencia de la furiosa oposición de los pietarios y gobernantes agitados desde el comienzo por el pectro del comunismo.

El exclusivismo de Marx y Engels era engendrado e in tensificado por otra cosa que estaba en las raíces de lo que habían aprendido: convencidos de que habían sondeado las profundidades de todas las doctrinas filosóficas, creían que nadie podía hacer nada importante sin tomar como base la misión que tenían ellos del mundo. A causa de la atmósfera científica de la época y de las necesidades del movimiento so cialista, Marx y Engels llegaron a pensar que todo lo que no tenía importancia para ellos, o para el movimiento, carecía de importancia inclusive objetivamente; es decir que si en independiente del movimiento no tenía importancia.

En consecuencia, actuaban ignorando prácticamente a las inteligencias más destacadas de su época y desdeñaban las opiniones de los opositores dentro de su propio movimiento. Los escritos de Marx y Engels no mencionan a un filósofo tan conocido como Schopenhauer, ni a un esteta como Taine. Tampoco mencionan a los escritores y artistas más famosos de su época. Ni siquiera hay una referencia a los que seguían la corriente ideológica y social a la que pertenecían Marx y Engels. Arreglaban sus cuentas con sus opositores dentro del movimiento socialista de una manera feroz e intolerante. Esto quizá no tenía importancia para la sociología de Proudhon, pero era muy importante para el desarrollo del socialismo y las luchas sociales, especialmente en Francia. Lo mismo se puede decir de Bakunin. Al destruir las ideas de Proudhon, Marx, en su *Miseria de la Filosofía*, se dejó llevar por el desprecio más allá de lo que correspondía. El y Engels hicieron lo mismo con el socialista alemán Lassalle, así como con otros opositores dentro de su propio movimiento.

Por otra parte tomaban nota cuidadosamente de los fenómenos intelectuales importantes de su época. Aceptaban a Darwin. Captaban particularmente las corrientes del pasado –las de la antigüedad y el Renacimiento– de las que provenía la cultura europea. En sociología tomaron sus ideas de

la economía política inglesa (Smith y Ricardo); en filosofía, de la filosofía alemana clásica (Kant y Hegel); y en la teoría social, del socialismo francés, o de las corrientes que surgieron después de la Revolución Francesa. Esas eran las grandes corrientes científicas, intelectuales y sociales que crearon el clima democrático y progresista de Europa y del resto del mundo.

Hay lógica y consecuencia en la evolución del comunismo. Marx era más científico, más objetivo que Lenin, quien era sobre todo un gran revolucionario, formado en el ambiente del absolutismo zarista, el capitalismo semi-colonial ruso y los conflictos mundiales provocados por los monopolistas en busca de esferas de influencia.

Apoyándose en Marx, Lenin enseñó que el materialismo había sido un elemento de progreso a lo largo de la historia, en tanto que el idealismo era reaccionario. Esto era no sólo injusto e inexacto, sino que además intensificaba el exclusivismo de Marx. Nacía también del conocimiento insuficiente de la filosofía histórica. En 1909, cuando Lenin escribió su *Materialismo y crítica empírica*, no estaba muy familiarizado con ningún gran filósofo clásico ni moderno. Impulsado por la necesidad de sobreponerse a los opositores cuyas opiniones obstaculizaban el desarrollo de su partido, rechazaba lo que no estaba de acuerdo con las doctrinas marxistas. Para él era erróneo y sin valor todo lo que no estaba de acuerdo con el marxismo original. Se debe reconocer que a este respecto sus obras constituyen ejemplos sobresalientes de dogmatismo lógico y persuasivo.

Creyendo que el materialismo había sido siempre la ideología de los movimientos sociales revolucionarios y subversivos, sacó la conclusión inexacta de que el materialismo era generalmente progresista —inclusive en los campos de la investigación y en la evolución del pensamiento humano—, en tanto que el idealismo era reaccionario. Lenin confundía la forma y el método con el contenido y con el descubrimiento científico. El hecho de que alguien fuese idealista en su manera de pensar era suficiente para que Lenin no tuviera en cuenta su verdadero valor y el de sus descubrimientos. Exten-

dia su intolerancia política a prácticamente la historia entera del pensamiento humano.

En 1920, Bertrand Russel, el filósofo británico que acogió con entusiasmo la Revolución de Octubre, había advertido ya exactamente la esencia del dogmatismo leninista o comunista: *.

"Hay, no obstante, otro aspecto del bolcheviquismo del que disiento más fundamentalmente. El bolcheviquismo no es sólo una doctrina política; es también una religión, con dogmas minuciosos y escrituras inspiradas. Cuando Lenin desea demostrar alguna proposición, lo hace, si es posible, citando textos de Marx y Engels. Un comunista completo no es meramente un hombre que cree que la tierra y el capital deberían ser poseídos en común y su producto distribuido con la mayor igualdad posible. Es un hombre que mantiene un número de creencias elaboradas y dogmáticas —como el materismo filosófico, por ejemplo— que pueden ser ciertas, pero que para un temperamento científico no pueden ser conocidas con ninguna certeza. Este hábito de certidumbre militante acerca de cuestiones objetivamente dudosas es uno de los que, desde el Renacimiento, el mundo ha estado pasando poco a poco al estado de ánimo de escepticismo constructivo y fecundo que constituye el modo científico de encarar las cosas. Creo que este modo científico de encarar las cosas es inmensamente importante para la raza humana. Si un sistema económico más justo se pudiera conseguir cerrando las mentes de los hombres a la investigación libre y volviéndoles a encerrar en la prisión intelectual de la Edad Media, consideraría demasiado alto ese precio. No se puede negar que, en un periodo breve de tiempo, la creencia dogmática constituye una ayuda en la lucha".

Pero eso sucedía en el periodo de Lenin.

Stalin fue más lejos; "desarrolló las teorías de Lenin, pero sin sus conocimientos ni su profundidad. Una investi-

---

* De *Bolshevism: Practice and Theory*: Nueva York, Harcourt Brace and Howe.

ción minuciosa llevaría a la conclusión de que ese hombre al que Khrutschev mismo sigue reconociendo como el "mejor marxista" de su época, ni siquiera había leído *Das Kapital* de Marx, la obra marxista más importante. Como era una persona práctica que se apoyaba en su dogmatismo extremado, ni siquiera necesitaba conocer los estudios económicos de Marx para construir su rama de "socialismo". Stalin no estaba familiarizado con ningún filósofo. Se conducía con respecto a Hegel como si se tratara de alguien sin importancia y le atribuía "la reacción del absolutismo prusiano ante la Revolución Francesa".

Pero Stalin conocía demasiado bien las obras de Lenin. Trataba siempre de apoyarse en él todavía más que como lo hacía Lenin en Marx. De lo único que estaba muy bien informado era de la historia política, sobre todo de la de Rusia, y poseía una memoria extraordinariamente buena.

Stalin no necesitaba realmente más para desempeñar su papel. A todo lo que no coincidía con sus necesidades y sus opiniones lo declaraba sencillamente "hostil" y lo prohibía.

Los tres hombres –Marx, Lenin y Stalin– contrastan como hombres así como en sus métodos de expresión. Además de ser revolucionario, Marx era un científico algo simple. Su estilo era pintoresco, barroco, desembarazado e ingenioso de una manera olímpica. Lenin parecía la encarnación de la revolución misma. Su estilo era rimbombante, incisivo y lógico. Stalin pensaba que su fuerza residía en la satisfacción de todos los deseos humanos y creía que sus opiniones eran la suprema expresión del pensamiento humano. Su estilo era incoloro y monótono, pero su lógica y su dogmatismo excesivamente simples resultaban convincentes para los conformistas y la gente corriente. Contenía las simplicidades de los escritos de los Padres de la Iglesia, no tanto como consecuencia de su juventud religiosa como de que ese era el modo de expresión en las condiciones primitivas y el de los comunistas dogmáticos.

Los discípulos de Stalin no poseen su cruda coherencia interna ni sus facultades y convicciones dogmáticas. Hombres mediocres en todo, poseen un sentido de la realidad extra-

ordinariamente fuerte. Incapaces de crear nuevos sistemas o nuevas ideas a causa de su entrega a las realidades burocráticas vitales, sólo son capaces de solocar o de hacer imposible la creación de algo nuevo.

La evolución del aspecto dogmático y exclusivo de la ideología comunista se ha producido de este modo: El llamado "nuevo desarrollo del marxismo" ha llevado al fortalecimiento de la nueva clase y la soberanía no sólo de una ideología particular, sino del pensamiento de un hombre particular o de un grupo de oligarcas. Esto ha traído como consecuencia la decadencia intelectual y el empobrecimiento de la ideología. Al mismo tiempo ha aumentado la intolerancia con las otras ideas y hasta con el pensamiento humano como tal. El progreso de la ideología, sus elementos de verdad, han disminuido en proporción con el aumento del poder físico de sus discípulos.

Al hacerse cada vez más unilateral y exclusivo, el comunismo contemporáneo cree cada vez más verdades a medias y trata de justificarlas. A primera vista parece que sus opiniones, individualmente, son ciertas. Pero está incurablemente infestado con mentiras. Sus verdades a medias son exageradas y adulteradas hasta la perversión; cuando más rígido e inspirado se muestra con las mentiras tanto más fortalece el monopolio de sus dirigentes sobre la sociedad y sobre la teoría comunista misma.

2

La proposición de que el marxismo es un método universal, proposición que los comunistas están obligados a defender, tiene que llevar en la práctica a la tiranía en todas las zonas de la actividad intelectual.

¿Qué pueden hacer los físicos infortunados si los átomos no se comportan de acuerdo con la teoría hegeliana-marxista de la lucha, o de la uniformidad de los opuestos y su transformación en formas superiores? ¿Y los astrónomos, si el cosmos se muestra indiferente a la dialéctica comunista? ¿Y los biólogos, si las plantas no se conducen de acuerdo con la teoría

lysenko-stalinista basada en la armonía y la cooperación de las clases en una sociedad "socialista"? Como a esos científicos no les es posible mentir, tienen que sufrir las consecuencias de sus "herejías". Para que se arepien sus descubrimientos, éstos tienen que "confirmar" las fórmulas del marxismo-leninismo. Los científicos temen constantemente que sus ideas y descubrimientos perjudiquen al dogma oficial. En consecuencia se ven obligados a incurrir en oportunismos y componendas con respecto a la ciencia.

Lo mismo se puede decir de otros intelectuales. En muchos aspectos el comunismo contemporáneo recuerda el exclusivismo de las sectas religiosas de la Edad Media. Las observaciones sobre el calvinismo escritas por el poeta Servio Jovan Ducic en su *Tuge i vedrine* (Penas y calmas) parecen describir la atmósfera intelectual en un país comunista:

> "...Y este Calvino, jurista y dogmático, lo que no quemó en la pira funeraria lo inculcó en el alma de los habitantes de Ginebra. Introdujo la tribulación religiosa y la renunciación piadosa en esos hogares que aun hoy están llenos con esa frialdad y oscuridad; implantó el odio a todas las alegrías y arrobamientos y condenó la poesía y la música por decreto. Como político y tirano al frente de la república, impuso, como grilletes, sus leyes de hierro a la vida del Estado y hasta reglamentó los sentimientos familiares. De todas las figuras que crió la Reforma, Calvino es probablemente la figura revolucionaria más endurecida y su Biblia el libro de texto más deprimente para la vida... Calvino no era un nuevo apóstol cristiano que deseaba devolver a la fe su pureza, sencillez y dulzura primitivas, como era cuando surgió de las parábolas del Nazareno. Calvino era el asceta ario que, al separarse del régimen, se separaba también del amor, el principio básico de su dogma. Creó un pueblo sincero y lleno de virtudes, pero también lleno de odio a la vida y de incredulidad en la felicidad. No existe una religión más dura ni un profeta más terrible. Calvino

convirtió a los habitantes de Ginebra en paralíticos, para siempre incapaces de alegría alguna. No hay en el mundo gente a la que la religión haya causado tantas tribulaciones y tristezas. Calvino era un escritor religioso eminente, tan importante para la pureza del idioma francés como Lutero para la pureza del idioma alemán, y tradujo la Biblia. Pero fue también el creador de una teocracia que no se parecía a una dictadura menos que la monarquía papal. Aunque anunciaba que estaba liberando la personalidad espiritual del hombre, degradó la personalidad civil del hombre hasta convertirla en la peor esclavitud. Llenó de confusión a la gente y no consiguió mejorar la vida en modo alguno. Cambió muchas cosas, pero no terminó ninguna ni contribuyó con nada. Casi 300 años después de Calvino, Stendhal observó en Ginebra que los hombres y las mujeres jóvenes sólo conversaban acerca del 'pastor' y su último sermón, y que se sabían de memoria sus sermones".

El comunismo contemporáneo contiene también algunos elementos del exclusivismo dogmático de los puritanos bajo Cromwell y de la intolerancia política de los jacobinos. Pero hay diferencias esenciales. Los puritanos creían rígidamente en la Biblia y los comunistas creen en la ciencia. El poder comunista es más completo que el de los jacobinos. Además, las diferencias emanan de las capacidades; ninguna religión o dictadura ha podido aspirar a un poder tan completo y amplio como el de los sistemas comunistas.

La convicción de los dirigentes comunistas de que se hallan en el camino que conduce a la creación de la felicidad absoluta y la sociedad ideal crece en proporción con el crecimiento de su poder. Se ha dicho en broma que los dirigentes comunistas han creado una sociedad comunista... para ellos mismos. En realidad se identifican a sí mismos con la sociedad y sus aspiraciones. El despotismo absoluto se iguala con la creencia en la felicidad humana absoluta, aunque es una tiranía universal y que lo abarca todo.

El progreso mismo ha transformado a los detentadores del poder comunista en fomentadores de la "conciencia humana". Su interés por la conciencia humana ha aumentado a medida que ha ido aumentado su poder, juntamente con la "construcción del socialismo".

Yugoeslavia ha seguido esa misma evolución. Algunos de los dirigentes yugoeslavos hicieron también hincapié en el "alto nivel de conciencia de nuestro pueblo" durante el período revolucionario, es decir mientras "nuestro pueblo", o parte de él, apoyaba activamente a esos dirigentes. Ahora, no obstante, la conciencia "socialista" de ese mismo pueblo, según sus dirigentes, es muy baja y, en consecuencia, hay que esperar a que haya democracia para elevarla. Los dirigentes yugoeslavos dicen francamente que otorgarán la democracia "cuando se haya desarrollado la conciencia socialista"; se trata de una conciencia que, según confían, se logrará automáticamente por medio de la industrialización. Hasta entonces, esos teóricos de una democracia que se diuribuye en pequeñas dosis, hombres que practican algo enteramente contrario a la democracia, sostienen que poseen el derecho —en nombre de la felicidad y la libertad futuras— de impedir inclusive las más débiles manifestaciones de ideas o de una conciencia que no se parece a la de ellos.

Quizá solamente al comienzo se vieron obligados los dirigentes comunistas a maniobrar con esas promesas superficiales de una democracia "en el futuro". Ahora sostienen sencillamente que esa libertad ha sido creada ya en la Unión Soviética. Por supuesto, inclusive ellos se dan cuenta de que la libertad actúa bajo ellos. Están constantemente "elevando" la conciencia; instan a los hombres a "producir"; rellenan las mentes con áridas fórmulas marxistas y con las no menos áridas opiniones políticas de los dirigentes. Lo que es peor todavía, obligan constantemente a los hombres a reconocer su devoción al socialismo y su creencia en la infalibilidad y la realidad de las promesas de sus dirigentes.

En el sistema comunista el ciudadano vive oprimido por los constantes tormentos de su conciencia y el temor de haber cometido alguna transgresión. Teme constantemente que

en algún momento tendrá que demostrar que no es enemigo del socialismo, así como en la Edad Media un hombre tenía que mostrar constantemente su devoción a la Iglesia.

El sistema escolar y toda la actividad social e intelectual llevan a este tipo de conducta. Desde el nacimiento hasta la muerte de un hombre está rodeado por la solicitud del paternal gobernante, solicitud por su conciencia. Los periodistas, los ideólogos, los escritores a sueldo, las escuelas especiales aprueban las ideas predominantes, y tremendos medios materiales están consagrados a esta "elevación del socialismo". En último análisis, todos los diarios son oficiales, y lo mismo sucede con la radiotelefonía y otros medios semejantes.

Los resultados no son grandes. En ningún caso están en proporción con los medios y las medidas empleados, excepto en lo que se refiere a la nueva clase, a la que convencen siempre. Sin embargo, se consiguen resultados importantes en cuanto hacen imposible que se manifieste una conciencia distinta de la oficial y se combate las opiniones contrarias.

Los hombres piensan inclusive bajo el comunismo, pues no pueden dejar de pensar. Lo que es más, piensan de una manera distinta de la prescrita. Su pensamiento tiene dos caras: una para ellos mismos, la propia; y otra para el público, la oficial.

Ni siquiera bajo los sistemas comunistas quedan los hombres tan atolondrados por la propaganda uniforme que les sea imposible llegar al conocimiento de la verdad o de ideas nuevas. Sin embargo, en el campo intelectual el plan de los oligarcas consigue una producción menor que el estancamiento, la corrupción y la decadencia.

Esos oligarcas y salvadores de almas, esos protectores y galantes que se esfuerzan para que el pensamiento humano no caiga en "ideas criminales" o siga "líneas antisociales", esos alcahuetes inescrupulosos de bienes de consumo baratos y en realidad los únicos asequibles, esos poseedores de ideas anticuadas, invariables e inmutables, han demorado y coartado los impulsos intelectuales de su pueblo. Han inventado las palabras más inhumanas —"arrancar de la conciencia humana"— y actúan de acuerdo con esas palabras como si

matara de raíces y cizaña y no de ideas humanas. Al ahogar la conciencia de los otros y castrar la inteligencia humana para que no pueda tener coraje y remontarse, se hacen ellos mismos grises, estériles en ideas y carentes por completo del entusiasmo intelectual que produce la meditación desinteresada. Es un teatro sin espectadores en el que los actores actúan y caen en éxtasis ante sí mismos. Piensan tan automáticamente como comen; sus cerebros cocinan los pensamientos en respuesta a las necesidades más elementales. Eso es lo que sucede a esos sumos sacerdotes que son simultáneamente policías y dueños de todos los medios que la inteligencia humana puede utilizar para comunicar sus ideas —la prensa, el cinematógrafo, la radio, la televisión, los libros, etcétera—, así como de todo lo que mantiene vivo a un ser humano, como los alimentos y el alojamiento.

¿No hay razones, por lo tanto, para comparar al comunismo contemporáneo con las sectas religiosas?

3

Sin embargo, todos los países comunistas alcanzan el progreso técnico, si bien de una clase especial y en períodos especiales.

La industrialización, rápida como es, crea una clase técnicamente culta que, aunque no sea de una calidad especialmente alta, atrae a las personas capaces y estimula la inteligencia inventiva. Las razones que contribuyen a conseguir la industrialización rápidamente en ramas peculiares de la economía actúan también como un incentivo para la inventiva. La Unión Soviética no se ha rezagado en modo alguno en cuanto a la tecnología bélica durante la segunda guerra mundial ni desde entonces. No va muy a la zaga de los Estados Unidos en el desarrollo de la energía atómica. La tecnología ha progresado a pesar de que un sistema burocrático hace difícil la adopción de innovaciones; los inventos permanecen a veces durante años en los archivos de los establecimientos del Estado. El

desinteresados de los organismos productores amortiguan todavía más la inventiva con frecuencia.

Como son hombres muy prácticos, los dirigentes comunistas establecen inmediatamente la cooperación con los técnicos y científicos, sin prestar mucha atención a sus opiniones "burguesas". Para esos dirigentes es evidente que la industrialización no se puede llevar a cabo sin los técnicos y que esos técnicos no pueden ser por sí mismos peligrosos. Como en todos los otros campos, los comunistas tienen una teoría simplificada y en general a medias exacta con relación a los técnicos. Algunas otras clases pagan a los especialistas mientras éstos le sirven. En consecuencia, ¿por qué no ha de hacer lo mismo el "proletariado" o sea la nueva clase? De acuerdo con ello, implantan inmediatamente un sistema de salarios.

A pesar de su progreso técnico, es un hecho que no se han realizado grandes descubrimientos científicos bajo el gobierno soviético. A este respecto la Unión Soviética se halla probablemente a la zaga de la Rusia zarista, en la que se hicieron descubrimientos científicos transcendentales a pesar de su atraso técnico.

Aunque las razones científicas dificultan el descubrimiento científico, los motivos principales de esa dificultad son sociales. A la nueva clase le interesa mucho que su monopolismo ideológico no se vea en peligro. Todo gran descubrimiento científico es el resultado de una nueva visión del mundo por parte del descubridor. Una visión nueva no se ajusta a la forma de la filosofía oficial ya adoptada. En el sistema comunista todo hombre de ciencia tiene que detenerse bruscamente ante ese hecho o correr el riesgo de que lo declaren "hereje" si sus teorías no coinciden con el dogma conformado prescrito y deseable.

Los descubrimientos se hacen todavía más difíciles por la imposición de la opinión oficial de que el marxismo, o el materialismo dialéctico, es el método más eficaz en todos los campos de la actividad científica, intelectual y de otras clases. En la Unión Soviética no ha habido un solo científico destacado que no se haya visto en dificultades políticas. Ha habido muchas razones para ello, pero una de ellas es la oposición a

línea oficial. Se han dado pocos casos de esta clase en Yugoslavia, y, al contrario, hay ejemplos de apoyo a científicos "desviados" pero mediocres.

Los sistemas comunistas estimulan el progreso técnico, pero también ponen obstáculos a toda gran actividad investigadora en la que es necesario el funcionamiento sereno de la inteligencia. Esto puede parecer contradictorio, pero es así. En tanto que los sistemas comunistas sólo se oponen relativamente al progreso científico, se oponen por completo a todo progreso y descubrimiento intelectual. Basados en el exclusivismo de una filosofía única, esos sistemas son esencialmente antifilosóficos. En esos sistemas no ha nacido ni puede nacer un solo pensador, sobre todo un pensador social, como no se considere como tales a los gobernantes mismos, quienes generalmente son también los "filósofos principales" y los maestros encargados de "elevar" la conciencia humana. En el comunismo una idea nueva, o una filosofía o teoría social nueva, tiene que abrirse paso por caminos muy indirectos, generalmente por el camino de la literatura o de alguna rama del arte. La idea nueva tiene primeramente que ocultarse para poder llegar a la luz y comenzar a vivir.

De todas las ciencias y todas las ideas, las que peor lo pasan son las ciencias sociales y el estudio de los problemas sociales, los que apenas se las arreglan para vivir. Cuando se trata de la sociedad o de un problema social, todo se interpreta de acuerdo con Marx y Lenin, o todo es monopolizado por los dirigentes.

La historia, sobre todo la del período comunista, no existe. La imposición del silencio y la falsificación no sólo están permitidas, sino que constituyen los fenómenos generales.

También es confiscada la herencia intelectual del pueblo. Los monopolistas actúan como si toda la historia se hubiera producido sólo para que ellos pudieran aparecer en el mundo. Miden el pasado y todo lo sucedido en él de acuerdo con su propia imagen y semejanza y aplican una medida única, dividiendo a todos los hombres y fenómenos en "progresistas" y "reaccionarios". De este modo erigen monumentos. Ele-

van a los pigmeos y destruyen a los gigantes, sobre todo a los gigantes de su época.

Su método "científico único" es también sumamente conveniente para ellos en cuanto protege y justifica su dominio exclusivo de la ciencia y la sociedad.

4

Lo mismo sucede en el arte. En este campo los favores se extienden, en medida creciente, a las formas ya establecidas y las opiniones vulgares. Esto es incomprensible, pues no hay arte sin ideas, o sin algún efecto en la conciencia. El monopolio de las ideas y la formación de las conciencias son los requisitos previos de los gobernantes. Los comunistas son tradicionalistas en arte, sobre todo a causa de la necesidad de mantener su monopolio sobre el pensamiento de la gente, pero también a causa de su ignorancia y parcialidad. Algunos de ellos toleran una especie de libertad democrática en el arte moderno, pero esto es sólo un reconocimiento de que no comprenden el arte moderno y en consecuencia creen que deben permitirlo. Lenin pensaba así con respecto al futurismo de Mayakovsky.

A pesar de esto, los pueblos atrasados que viven bajo los sistemas comunistas experimentan un renacimiento cultural juntamente con el técnico. La cultura se hace más accesible para ellos, aunque les llega principalmente en forma de propaganda.. A la nueva clase le interesa la difusión de la cultura, porque la industrialización trae consigo la necesidad de un trabajo de calidad superior y de aumentar las oportunidades intelectuales. La red de escuelas y de ramas profesionales del arte se ha extendido muy rápilamente, a veces sobrepasando a las necesidades y capacidades reales. El progreso en el arte es innegable.

Después de una revolución y antes que la clase gobernante haya establecido un monopolio completo, se crean generalmente importantes obras de arte. Esto sucedió en la Unión Soviética con anterioridad a la década de 1930; y eso sucede

actualmente en Yugoeslavia. Es como si la revolución hubiese despertado los talentos dormidos, aunque el despotismo, que nace también de la revolución, ahoga cada vez más el arte.

Los dos métodos básicos para ahogar las artes son la oposición a sus aspectos intelectuales e idealistas y la oposición a las innovaciones en la forma.

En la época de Stalin llegaron las cosas al extremo de que estaban prohibidas todas las formas de expresión artística excepto las que le agradaban a Stalin. Este no poseía un gusto particularmente bueno; era duro de oído y le agradaban los versos octosílabos y alejandrinos. Deutscher ha afirmado que el estilo de Stalin se convirtió en el estilo nacional. La aceptación de las opiniones oficiales sobre las formas artísticas se hizo tan obligatoria como la adopción de las ideas oficiales.

No ha sucedido siempre esto en los sistemas comunistas, ni es inevitable que suceda. En 1925 se tomó en la Unión Soviética una resolución declarando que "el partido en conjunto no puede en modo alguno adherirse a una causa en el campo de la forma literaria". Pero el partido no renunciaba a la llamada "ayuda ideológica", es decir a su control ideológico y político de los artistas. Ese fue el máximo de democracia a que llegó el comunismo en el campo del arte. Los dirigentes yugoeslavos adoptan la misma actitud al presente. Después de 1953, cuando comenzó el abandono de las formas democráticas en favor de la burocracia, fueron estimulados los elementos más primitivos y reaccionarios. Se inició una caza furiosa de intelectuales *petit bourgeois* que tenía abiertamente por objetivo el control de las formas artísticas. De la noche a la mañana todo el mundo intelectual se volvió contra el régimen. En consecuencia, el régimen tuvo que dar marcha atrás y anunció, por medio de un discurso de Kardelj, que el partido no puede prescribir la forma misma, pero no permitiría "el contrabando ideológico antisocialista", es decir opiniones que el régimen considerara antisocialistas. Los partidos bolcheviques habían tomado esa misma actitud en 1925. Estos constituían los límites "democráticos" del régimen yugoeslavo con respecto al arte. Sin embargo, eso no

cambió, ni mucho menos, las actitudes internas de la mayoría de los dirigentes yugoeslavos. Privadamente consideran a todo el mundo intelectual y artístico como "inseguro", *petit bourgeois* o, para decirlo más suavemente, "ideológicamente confuso". En el diario más importante de Yugoeslavia (*Politika*, 25 de mayo de 1954) se citan las siguientes palabras "inolvidables" de Tito: "Un buen libro de texto es más valioso que cualquier novela". Han continuado los periódicos ataques histéricos contra la "decadencia", las "ideas destructoras" y las "opiniones hostiles" en arte.

La cultura yugoeslava, a diferencia de la cultura soviética, ha conseguido por lo menos ocultar, más bien que destruir, las opiniones descontentas y turbulentas con respecto a las formas artísticas. Esto no ha podido hacerlo la cultura soviética. Una espada cuelga sobre la cultura yugoeslava, pero la espada se ha clavado en el corazón de la cultura soviética.

La relativa libertad de *forma*, que los comunistas sólo pueden suprimir periódicamente, no puede liberar por completo a la persona creadora. El arte, aunque sea indirectamente, tiene también que expresar *ideas* nuevas por medio de la forma misma. Hasta en los países comunistas en los que se concede mayor libertad al arte sigue sin resolverse la contradicción entre la libertad de forma prometida y la fiscalización obligatoria de las ideas. Esta contradicción aflora de vez en cuando, a veces en la forma de ataques a las ideas "de contrabando" y otras veces en la obra de los artistas que se ven obligados a emplear formas particulares. Aflora esencialmente a causa del conflicto entre las desenfrenadas aspiraciones monopolistas del régimen y las irresistibles aspiraciones creadoras de los artistas. Se trata en realidad del mismo conflicto que existe entre el espíritu creador de la ciencia y el dogmatismo comunista; no ha hecho sino pasar al campo del arte.

Todo pensamiento o idea nuevo tiene que ser primeramente examinado en su esencia, aprobado o desaprobado y ajustado a un marco innocuo. Como les sucede con otros conflictos, los dirigentes comunistas no pueden resolver ese problema pero pueden, como hemos visto, sacarse a sí mismos de la dificultad

cultad periódicamente, por lo general a expensas de la verdadera libertad de creación artística. En los sistemas comunistas no ha sido posible, a causa de esa contradicción, desarrollar temas de arte genuinos o una teoría del arte.

Una obra de arte, por su naturaleza misma, es habitualmente una crítica de una situación o de unas relaciones determinadas. En los sistemas comunistas, por lo tanto, no es posible la creación artística basada en temas reales. Sólo se permite el elogio de una situación dada o la crítica de los opositores al sistema. En esas condiciones el arte no puede tener valor alguno.

En Yugoeslavia los funcionarios y algunos artistas se quejan de que no existen obras de arte que muestren "nuestra realidad socialista". En la Unión Soviética, por otra parte, se crean toneladas de obras de arte basadas en temas reales, pero el público se apresura a rechazarlas y más tarde inclusive caen bajo la crítica oficial.

El método es variado, pero el resultado final es el mismo.

5

La teoría del llamado "realismo socialista" reina en todos los Estados comunistas.

En Yugoeslavia ha sido aplastada esa teoría y ahora sólo la defienden los dogmatizadores más reaccionarios. En esta zona, como en otras, el régimen ha sido lo bastante fuerte para impedir el desarrollo de teorías desagradables, pero demasiado débil para imponer sus opiniones. Puede decirse que lo mismo sucede en los otros países de la Europa oriental.

La teoría del "realismo socialista" no es ni siquiera un sistema completo. Gorky fue el primero que empleó esa expresión, probablemente inspirado por su método realista. Opinaba que en las rudas condiciones "socialistas" contemporáneas el arte se debe inspirar en las ideas nuevas o socialistas y reflejar la realidad lo más fielmente posible. Todas las demás cosas que defiende esta teoría —la representación figu-

rativa o simbólica, el énfasis en la ideología, la solidaridad partidaria, etcétera— han sido tomadas de otras teorías o incluidas en ella a causa de las necesidades políticas del régimen.

No habiendo llegado a ser una teoría completa, el "realismo socialista" significa realmente el monopolismo ideológico por los comunistas. Exige esfuerzos revestir con formas de arte las ideas estrechas y atrasadas de los dirigentes y presentar sus obras de una manera romántica y panegírica. Esto ha llevado a una justificación farisaica del control del régimen sobre las ideas y a la censura burocrática de las necesidades del arte mismo.

Las formas de ese control varían en los distintos países comunistas desde la censura de la burocracia del partido hasta la influencia ideológica.

Yugoeslavia, por ejemplo, nunca ha tenido una censura. El control se ejerce indirectamente por este método: en las empresas editoriales, las asociaciones artísticas, las revistas, los diarios, etcétera, los miembros del partido someten todo lo que consideran "sospechoso" a las autoridades correspondientes. La censura, o en realidad la auto-censura, ha brotado de esa atmósfera misma. Aunque los miembros del partido pueden hacer pasar esto o aquello, la auto-censura que ellos y otros intelectuales tienen que ejercer sobre sí mismos los obliga a disimular todo y hacer insinuaciones indignas. Pero esto se considera progreso, y es "democracia socialista" en vez de despotismo burocrático.

Ni en la Unión Soviética ni en otros países comunistas la existencia de la censura absuelve a los artistas creadores de la auto-censura. Los intelectuales se ven obligados a censurarse a sí mismos por su situación legal y la realidad de las relaciones sociales. La auto-censura constituye en realidad la forma principal del control ideológico del partido en el sistema comunista. En la Edad Media lo primero que tenían que hacer los hombres era sondear lo que pensaba la Iglesia con respecto a tu trabajo; del mismo modo, en los sistemas comunistas lo primero que hay que hacer es imaginarse qué

clase de actividades se espera de uno y, con frecuencia, averi-
guar el gusto de los dirigentes.

La censura, o auto-censura se presenta como una "ayu-
da ideológica". Del mismo modo, en el comunismo se presen-
ta todo como dedicado a la consecución de la felicidad abso-
luta. En consecuencia, las expresiones "el pueblo", "el pue-
blo trabajador" y otras semejantes —a pesar de su vaguedad—
son utilizadas con frecuencia en relación con las artes.

Las persecuciones, las prohibiciones, la imposición de for-
mas e ideas, la humillaciones y los insultos, la autoridad dog-
matica de burócratas semi-analfabetos sobre los genios, todo
ello se hace en nombre del pueblo y para el pueblo. El "rea-
lismo socialista" comunista no se diferencia ni siquiera en la
terminología del nacional-socialismo de Hitler. Un autor yu-
goeslavo de origen húngaro, Ervin Sinko, ha hecho una inte-
resante comparación de los teóricos del arte en las dos dicta-
duras:

"Timoleyev, el teórico soviético, escribió en su *Teo-
ría de la literatura*: "La literatura es una ideología que
ayuda al hombre a conocer la vida y a darse cuenta de
que participa en ella".

En *Fundamentos de la política cultural nacional-so-
cialista* se declara: "Un artista no puede ser sólo un ar-
tista; es también un educador".

Baldur von Schirach, dirigente de la Juventud Hi-
tlerista, afirmó: "Toda verdadera obra de arte está desti-
nada al pueblo entero".

Zhdanov, miembro del Politburó del Comité Central
del Partido Comunista de la Unión Soviética, declaró:
"Todo lo que es creador es accesible".

En *Fundamentos*, Wolfgang Schuls dice: "La políti-
ca nacional-socialista, inclusive la parte de ella llamada
política cultural, es determinada por el Führer y aque-
llos en quienes ha delegado su autoridad".

Si deseamos saber qué es la política cultural nacio-
nal-socialista debemos mirar a esos hombres, lo que es-
taban haciendo y las instrucciones que daban para edu-
car a sus compañeros responsables.

En el XVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Yaroslavsky dijo: "El camarada Stalin inspira a los artistas, les da ideas orientadoras... Las resoluciones del Comité Central del Partido Comunista soviético y el informe de A. A. Zdanov dan a los escritores soviéticos un programa de trabajo completamente preparado".

Los despotismos, aunque se opongan entre sí, se justifican de la misma manera, y al hacerlo ni siquiera pueden evitar el empleo de las mismas palabras.

6

Enemiga del pensamiento en nombre de la ciencia, enemiga de la libertad en nombre de la democracia, la oligarquía comunista no puede menos de corromper por completo la mente. Los magnates capitalistas y los señores feudales solían pagar a los artistas y los hombres de ciencia en la medida en que podían y deseaban hacerlo, con lo que al mismo tiempo los ayudaban y los corrompían. En los sistemas comunistas la corrupción es parte integral de la política estatal.

El sistema comunista, por regla general, ahoga y reprime toda actividad intelectual con la que no está de acuerdo, e decir todo lo que es profundo y original. Por otra parte premia y estimula, y en realidad corrompe, lo que en su opinión puede beneficiar al "socialismo", es decir al sistema.

Aun pasando por alto medios de corrupción tan disimulados y fuertes como los "premios Stalin", el empleo de los vínculos personales con las autoridades y las compras y encargos caprichosos de los burócratas superiores —todo lo cual representa los recursos extremos a que apela el sistema— sigue siendo cierto que el sistema mismo corrompe a los intelectuales y especialmente a los artistas. Pueden suprimirse las recompensas directas del régimen así como la censura, pero subsiste el espíritu de corrupción y de opresión.

Establece y estimula ese espíritu el monopolio de los me-

seriales y la mente por la burocracia del partido. El intelectual sólo puede apelar a ese poder en busca de ideas o de provecho. Aunque ese poder no siempre es directamente el del gobierno, se extiende a todos los establecimientos y organizaciones. El toma las decisiones en último análisis.

Para el artista es muy importante que la restricción y el centralismo sean ejercidos lo menos posible, aunque ello no cambie esencialmente su posición social. Por eso le es mucho más fácil vivir y trabajar en Yugoeslavia que en la Unión Soviética.

Una mente humana oprimida se ve obligada a someterse a la corrupción. Si alguien desea saber por qué durante un cuarto de siglo apenas se han producido obras importantes en la Unión Soviética, sobre todo en literatura, descubrirá que la corrupción ha contribuido a esa escasez en mayor grado todavía que la opresión.

El sistema comunista persigue, tiene por sospechosas e impulsa a la auto-crítica a todas las personas realmente creadoras. Ofrece a sus aduladores "condiciones de trabajo" ataviantes, honorarios generosos, recompensas, casas de campo, lugares de descanso, descuentos, automóviles, puestos en embajadas, protecciones e "intervenciones magnánimas". Y así favorece por regla general a los carentes de talento, sumisos y desprovistos de inventiva. Se comprende que las personas más inteligentes hayan perdido la dirección, la fe y la energía. El suicidio, la desesperación, el alcoholismo, el libertinaje, la pérdida de las facultades internas y de la integridad a causa de que el artista se ve obligado a mentirse a sí mismo y mentir a los otros, constituyen los fenómenos más frecuentes en el sistema comunista entre quienes realmente desean crear y podrían hacerlo.

Se cree generalmente que la dictadura comunista practica una distinción de clases brutal. Eso no es completamente exacto. Históricamente, la distinción de clases disminuye a medida que afloja la revolución, pero aumenta la distinción

ideológica. La ilusión de que el proletariado está en el poder es inexacta, y por lo tanto también la afirmación de que los comunistas persiguen a alguien porque es un burgués. Sus medidas apuntan más severamente a los miembros de las clases gobernantes anteriores, especialmente a la burguesía. Pero los burgueses que capitulan, o que cambian de orientación, pueden asegurarse puestos lucrativos y favores. Lo que es más, la policía secreta encuentra con frecuencia agentes capaces en sus filas, en tanto que los nuevos gobernantes encuentran en ellos servidores capaces. Sólo los que no aprueban ideológicamente las medidas y las opiniones comunistas son castigados sin tener en cuenta su clase ni su actitud con respecto a la nacionalización de la propiedad capitalista.

La persecución del pensamiento democrático y socialista que discrepa del de la oligarquía gobernante es más feroz y completa que la de los partidarios más reaccionarios del régimen anterior. Esto es comprensible: los últimos son menos peligrosos, puesto que miran a un pasado que tiene pocas probabilidades de volver y reconquistar su situación.

Dondequiera que los comunistas llegan al poder su empeño a la propiedad privada crea la ilusión de que sus medidas se dirigen principalmente contra las clases poseedoras en beneficio de la clase trabajadora. Los acontecimientos subsiguientes demuestran que sus medidas no tenían ese propósito, sino el de crear la propiedad de los dirigentes. Esto tiene que manifestarse predominantemente en la forma de distinción ideológica más bien que de clase. Si esto no fuera cierto, si realmente luchasen para que obtengan la propiedad las masas trabajadoras, prevalecería la distinción de clases.

El hecho de que prevalezca la distinción ideológica lleva a primera vista a la conclusión de que ha surgido una nueva secta religiosa, una secta que se atiene rigidamente a sus prescripciones materialistas y ateas y las impone por la fuerza a los demás. Los comunistas se conducen como una secta religiosa aunque no lo sean realmente.

Esta ideología totalitaria no es sólo el resultado de ciertas formas de gobierno y de propiedad, pues ella ha contribuido a crear esas formas y las apoya de todos los modos. La dis-

ción ideológica es una condición para la continuación del sistema comunista.

Sería un error creer que otras formas de distinción —la racial, la de castas, la nacional— son peores que la ideológica. Pueden parecer más brutales en todos sus aspectos externos, pero no son tan refinadas ni completas. Tienen como objetivo las actividades de la sociedad, en tanto que la distinción ideológica tiene como objetivo la sociedad en general y cada uno de sus individuos. Otros tipos de distinción pueden aplastar al ser humano físicamente, en tanto que la ideológica afecta a lo que es quizá más peculiarmente propio en el ser humano. La tiranía sobre la mente es el tipo de tiranía más completo y brutal; todas las otras tiranías comienzan y terminan con ella.

La distinción ideológica en los sistemas comunistas tiende por una parte a prohibir las ideas ajenas, y por otra a imponer exclusivamente las propias. Estas son las dos formas más patentes de una tiranía increíble y total.

El pensamiento es la fuerza más creadora. Descubre lo nuevo. Los hombres no pueden vivir ni producir si no piensan o contemplan. Aunque pueden negarlo, los comunistas se ven obligados a aceptar ese hecho en la práctica. En consecuencia, hacen imposible que prevalezca cualquier pensamiento fuera del suyo.

El hombre puede renunciar a muchas cosas, pero tiene que pensar y siente una profunda necesidad de expresar su pensamiento. Es muy molesto verse obligado a permanecer callado cuando uno necesita expresar sus ideas. Es la peor clase de tiranía obligar a los hombres a no pensar como lo hacen o a expresar ideas que son las suyas.

La limitación de la libertad de pensamiento constituye no sólo un ataque a derechos políticos y sociales específicos, sino también un ataque al ser humano como tal. Las imperecederas aspiraciones del hombre a la libertad de pensamiento se manifiestan siempre en forma concreta. Si todavía no se han hecho evidentes en los sistemas comunistas ello no significa que no existan. Al presente se ocultan en una resistencia oscura y apática y en las esperanzas disformes de la gen-

te. Es como si la totalidad de la opresión estuviese borrando las diferencias en los estratos nacionales y uniendo a todo el pueblo en la demanda de libertad de pensamiento y de libertad en general.

La historia perdonará a los comunistas muchas cosas, dando por sentado que se vieron obligados a realizar muchos actos brutales a causa de las circunstancias y de la necesidad de defender su existencia. Pero la supresión de todo pensamiento divergente, el monopolio exclusivo del pensamiento con el propósito de defender sus intereses personales, clavará a los comunistas a una cruz de vergüenza en la historia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

MICHEL COLLINET

LA "DESTALINIZACION" NO REPUDIA AL STALINISMO *

El stalinismo es un sistema de gobierno cuyo objetivo es transformar la sociedad en el sentido totalitario. Contrariamente a ciertas ilusiones occidentales, Kruschev no ataca al stalinismo en su informe secreto, sino simplemente lo que de absurdo hay en los ineficaces crímenes de Stalin para obtener la consolidación del régimen. Esto es lo que demuestra el citado informe **.

Kruschev en su acusación contra la manía sanguinaria de Stalin no quiere ir lógicamente hasta el límite en su requisitoria. Cuando recuerda que *"Stalin llegó a suponer —lo que es ridículo y absurdo— que Vorochilov era un agente inglés"*, se le olvida añadir que Zinoviev, Piatakov, Bujarin, fueron condenados —¡y no sólo imaginativamente!— como espías de Hitler. Olvida, además, que el mismo Kruschev liquidó a Beria como "agente del capitalismo norteamericano". Se indigna porque el fiel stalinista Postychev haya sido fusilado como "enemigo del pueblo", pero él mismo dice sin respeto a la verdad: *"Los trotskistas, los bujarinistas, los nacionalistas burgueses y otros enemigos del pueblo* (sic), *los campeones de la restauración del capitalismo* (resic), *han realizado esfuerzos desesperados para romper desde el interior la unidad leninista de las filas del Partido, pero todos estos esfuerzos se han quebrado contra la unidad* ***.

---

* Capítulo de "Du bolchevisme", Ed. "Le livre contemporain", París, 1957.

** Traducido por la United Press y no desmentido por Kruschev. Nuestras citas se refieren a la edición Correa.

*** Informe al XX Congreso, p. 101.

El conoce evidentemente mejor que nadie la verdad s
bre el exterminio a que llegó Stalin en su lucha contra todos
las oposiciones. Cambiando su terror en odio póstumo, Kru
chev no puede olvidar cuatro cosas: 1ª, que entró por vez
primera en el Comité Central, ciento por ciento stalinista, del
17º congreso (enero 1934) gracias a la liquidación definitiva de
los opositores y semiopositores; 2ª, que se halla entre los die-
ciséis sobrevivientes de ese comité de setenta y un miembros
*, debido sin duda a una docilidad o, si se quiere, a un
servilismo ejemplar, hacia el jefe venerado; 3ª, que no se en-
cuentra entre los treinta miembros liquidados o deportados
del comité superstaliniano nombrado en el 18º congreso (mar-
zo 1939), 4ª, que fue en el 19º congreso presidido por Stalin
el informador de los nuevos estatutos a que nos hemos re-
rido.

En su relato de los crímenes de Stalin, Kruschev no va
más allá de 1934, año en que el asesinato de Kirov acarreó
la muerte de millares de comunistas y la deportación de cien
mil habitantes de Leningrado. No dice nada de los crímenes
anteriores, sin duda porque las víctimas de entonces no eran
domésticos del tirano, sino comunistas que tenían la pre-
sión de pensar por ellos mismos. Pero hay algo más grave.
No alude a los inmobles procesos de Moscú, que son, sin em-
bargo, posteriores a 1934, en los que Stalin quiso deshonrar
a los compañeros de Stalin antes de matarlos. Si pone como
ejemplo la "técnica" de las confesiones espontáneas utili-
das contra Kossior (cuyo puesto ocupó inmediatamente
Chubar ** por un juez al que trata de *personaje vil con ca-
beza de pájaro*, no dice nada del fallecido Vichinski, que pre-
sidió los procesos de exterminio contra los "viejos bolche-
ques" antes de transformarse en viceministro de Relacione

---

* En su informe secreto Kruschev indica que de 139 titulares y *suplentes* del Comité Central, 98 fueron detenidos y fusilados: es decir 70%. p. 25.

** El juez explica: "*Se me había dicho que Kossior y Chubar eran enemigos del pueblo y por este motivo, como investigador, tenía que hacerles confesar lo que eran efectivamente*". p. 46.

Exteriores, cuyo cargo desempeñó largo tiempo bajo la férula de Kruschev *.

Como lo grotesco se suele unir a lo trágico, la historiadora del Partido, la señora Pankratova, se queja de que en esa historia, "*se halla sólo un débil reflejo de la actividad de los compañeros de Lenin, de los viejos bolcheviques*, y agrega con elegancia muy femenina: "*Muchos detalles concretos e importantes aportaría la remembranza de los viejos bolcheviques, con lo cual se daría a nuestros escritos, carentes de características concretas, el perfume de la época* (sic) *y el soplo de la vida*" **. La señora Pankatrova para vitalizar sus escritos demasiado secos tendría que limitarse a evocar el olor de la sangre y el soplo de la muerte. Esta honorable dama no disimula su pensamiento cuando, deplorando "*los obstáculos* (sic) *puestos a la ciencia progresista* (resic) *por el culto de la personalidad*", añade con toda inocencia: "*en nuestros escritos sobra la historia del Partido, no se hace resaltar bastante el* papel de Lenin como dirigente del Partido bolchevique" (*Ibid.*, p. 373), demostrando con ello que la ciencia "progresista" no podría prescindir del culto en nombre del... materialismo histórico, sin correr peligro de decadencia.

Sin embargo, refiriéndose a los trotskistas en su informe secreto, Kruschev atenúa el juicio categórico que hemos mencionado de su informe público. Sin citar a Trotsky específicamente, recuerda que los trotskistas "*ayudaron a consolidar la victoria de la más grande de las revoluciones*" (p. 19). ¿Era indispensable liquidarlos? A ello responde: "*Tenemos la más profunda convicción de que si Lenin hubiera vivido esa medida extrema no habría sido aplicada contra la mayor parte de ellos*" (p. 20). ¡Es todo lo que dice! Se ve que si Kruschev guarda su indignación para los actos de Stalin cometidos contra los stalinistas solos, manifiesta algo así como la indulgencia del poderoso para los demás.

De tal ofensiva virulenta contra Stalin, cuyos términos

---

* Posteriormente la revista jurídica "*El Estado soviético y el Derecho*", Nº 2, 1956, ha condenado la lógica del sistema de Vichinski.

** 20º *Congreso*, p. 374.

recuerdan en mucho lo que los comunistas y demócratas no han dejado de expresar desde hace 25 años, debe concluirse que ella configura sólo el aspecto paranoico del personaje, el loco a menudo lúcido, en estado constante de perseguidor y perseguido. Tales palabras no alcanzan a la dictadura. Al contrario, dejan a salvo la esencia de las normas stalinistas de esa dictadura y lejos de renegarla, exalta la opresión de un pueblo por un partido monolítico, un partido en que la cabeza minúscula (aunque múltiple), decide por el resto del cuerpo a manera de un gran reptil de la prehistoria. Nada ha cambiado *oficialmente* de la forma totalitaria del régimen ni tampoco del principio de su dominio sobre los pueblos satélites. A pesar de las concesiones hechas al régimen polaco de Gomulka, la represión de Hungría demuestra que el régimen no tolera la vuelta a la libertad, ni accede a la independencia. Por sus matanzas Kruschev está chapoteando en el fango de todo lo que ha denunciado. Su tenebrosa liquidación de cuentas con Beria, demasiado absurda en sus consideraciones, ¿no es una prueba, entre otras muchas, de que lady Macbeth no es la única que en la historia conserva sus manos manchadas de sangre? ¡Qué gran ocasión se presentaba para que un adversario *real* de Stalin hubiera vengado a las víctimas sometiendo a Beria a un proceso público! Si Beria hubiera vencido a Kruschev, ¿no habríamos contemplado una querella análoga en que el nombre del actual primer secretario habría provocado la misma unánime indignación.

Las formas hiperbólicas del culto a la personalidad han desaparecido, pero la aprobación servil a los informadores del 20º congreso, Kruschev y Bulganin, viene a ser lo mismo. Esto recuerda la situación de 1924 cuando nadie levantaba su voz sin lisonjear a Zinoviev, Kamenev o Stalin, lo que hacía decir a Preobrajenski: *"Sí, estamos contra el culto de los líderes, pero no queremos tampoco que el culto de un solo jefe sea substituido por el culto de varios de menor categoría"**. Si hemos de creer a Trotski, Stalin en sus comienzos fue un enemigo resuelto del culto de los líderes cuando estos lí-

---

* Citado por Trotski en *Mi vida* (Tomo III, p. 228).

dero eran... los otros. Por ello hizo reemplazar sistemática-
mente en el presidium de honor de las reuniones a Lenin y
a Trotsky por el anónimo *Bureau* político. El culto colectivo
no es un mal prólogo del culto individual. Lo esencial es con-
servar el hábito de la divinización.

El partido, en ese congreso, es una máquina monolítica de la cual no surge jamás una *discusión política*, o en que los temas políticos son abordados sólo por los miembros del presidium puestos de antemano de acuerdo para distribuírselos. Cuando Kruschev habla de "*desarrollar la democracia interior del Partido*" (p. 118) está en realidad queriendo decirnos que no se trata de incorporar a la vida política los ochos millones de adherentes, sino de "*aplicar ampliamente la crítica y la autocrítica revelando audazmente los defectos en todos los dominios del edificio económico y cultural*" (p. 118), es decir, el único trabajo que los dirigentes imponen para su ejecución. Después de haber inscrito en los estatutos del Partido (19 congreso) la lucha contra la pasividad de los adherentes, Kruschev se dedica a estimular su iniciativa y su responsabilidad. Un poder dictatorial cualquiera, si quiere funcionar con toda eficacia, tiene necesidad de la crítica y de la iniciativa de sus subordinados, aun cuando sólo sea para controlar el efecto de sus decisiones. Destruyendo el viejo principio de la necesidad de un ejército sólido, por su locura represiva, Stalin saboteó su propio sistema totalitario en vez de consolidarlo. Kruschev aspira a levantarlo. "*El Partido es una masa monolítica*", escribe en *Pravda* el 15 de febrero de 1956 el citado Kruschev. Poco después el mismo *Pravda* (5 de abril) reacciona brutalmente "*contra quienes tratan de obstaculizar la política del Partido en el curso de los debates*". Si el partido, único organismo dirigente, es un bloque monolítico, ¿qué habrá que decir de la sociedad? Al hablar en Polonia después de las revueltas de Poznan, Bulganin denunció "*las tentativas de sabotear el poder del Estado popular democrático llevando como bandera el pretexto de una dudosa extensión de la democracia*" *. El liberalismo de un comu-

* *Le Monde* (24 de julio de 1956).

nista polaco como Gomulka, tolerado por Moscú después de ciertas resistencias, conserva el sistema monolítico sin que llegue a substituirlo ni por la democracia, ni por una libertad política auténtica. Por haber intentado sobrepasar los límites del régimen totalitario, los obreros y los intelectuales húngaros fueron aplastados por el ejército de Kruschev.

Escribía Lenin en *El Estado y la Revolución* que no era posible hablar de libertad mientras existiera el Estado. Un Estado en decadencia, según la concepción marxista supone, pues, la promesa de esa libertad, más metafísica que real. Aguardando su advenimiento futuro será posible, por lo menos, instituir las libertades concretas que la democracia concede a sus ciudadanos. Pero el Estado de Kruschev y de Malenkov se reafirma progresivamente según la doctrina stalinista, de donde deducimos que cada progreso hacia su "socialismo" es una pérdida de libertad, suponiendo que se pueda quitar a una sociedad lo que perdió hace tiempo. Es imposible deducir de los actos de Kruschev y sus compinches la intención de democratizar el régimen. La destalinización no tiene en el momento actual otro sentido que la voluntad de purificar al régimen de los excesos personales de Stalin. Al levantar la hipoteca que los crímenes stalinianos habían puesto sobre él, los amos de hoy buscan la normalización del sistema en que aparecen gozando de privilegios, evitando a la vez el doble escollo de una democratización dudosa (Bulganin), *"peligrosa para la jerarquía comunista"*, y el soplo nuevo de tiranía, peligrosa para las jerarquías.

Hasta ahora su "liberalismo" se caracteriza sobre todo por la promesa de restablecer una relativa legalidad civil: el nuevo código penal prometido en 1953 ¡no había aparecido en 1956! Los delitos como el de ausencia injustificada del trabajo no dependen ya de la acción judicial (decreto del 8 de mayo de 1956). El procedimiento de excepción relativo a los "actos contrarrevolucionarios" ha sido suprimido (decreto del 20 de abril de 1956). La comisión especial policíaca dotada del poder de deportar administrativamente *habría sido suprimida* (?) el 1º de septiembre de 1953. ¡Los campos de concentración serán eliminados (?) dentro de quince meses

y reemplazados por colonias penitenciarias! Mientras tanto, amnistías individuales fueron concedidas a los detenidos en aquellos campos. Ahora bien si existen testimonios que señalan la salida de detenidos de esos lugares, no faltan tampoco testigos que aseveran simultáneamente la llegada de otros, especialmente a continuación de los sangrientos hechos de Tiflis *. Algunos campos se habrían abierto con la posibilidad para los detenidos de reunirse en ellos con sus familias.

No existe todavía prueba alguna de que el régimen de campos de concentración haya sido suprimido en su *totalidad*. Según testimonios de alemanes y de austriacos recientemente liberados, se ha producido una cierta suavización del régimen en favor de la residencia vigilada, pero es dudoso que pueda generalizarse lo que sólo parecen ser unos casos particulares. Un "blackout" ** oficial reina y de él emergen informaciones aleatorias y muchas veces contrapuestas. Podemos preguntarnos en qué medida la roturación de las tierras vírgenes de Siberia, en la cual Kruschev basa parte de su reparación, ha sido posible gracias al trabajo de los voluntarios "libres". De este punto puede depender la nueva política concentracionaria.

Las purgas stalinistas se han realizado sobre todo en el seno de los cuadros técnicos, administrativos y militares, más que en el de las masas de obreros y campesinos. Esas purgas han diezmado una importante fracción de la "élite" soviética, sin excluir ninguna familia de ésta. Han contribuído a reducir la iniciativa de los responsables de la industria o del partido, han llevado a su vida un clima constante de temor y de aprehensión, tanto más vivo cuanto el terror podía alcanzarles sin tener en cuenta su celo o su servilismo. De ahí la adulteración de las cifras, los planes que sólo se realizan en el papel y todo un sistema de intercambios "negros" ajenos al control

---

* Cr. *Saturne*, Nº 7, revista de la Comisión Internacional del Régimen Concentracionario.

** Palabra muy divulgada en los países europeos durante la pasada guerra y que alude a los obscurecimientos que procedían a los bombardeos aéreos. (N. del T.).

de los planificadores. Un terror ciego destruye los rendimientos, hace ineficaz la mejor organización teórica y termina por atacar los órganos esenciales de la gran máquina dejándolos inservibles.

La iniciativa de Kruschev tiene por objetivo anular el "tabú" de la inseguridad, suprimir el temor inmotivado y, aceitando los resortes del enorme aparato dirigente afirmar éste con promesas de seguridad y bienestar como compensación de su docilidad al Estado y al partido. Kruschev alienta la iniciativa de los técnicos en el cuadro dúctil de la planificación. Ha tratado de descentralizar en beneficio de las gobernaciones provinciales. Ha dado más libertad a los escritores y artistas, condenando el dogmatismo estrecho codificado por Jdanov *. En una palabra, aspira a dar a la nueva clase dirigente soviética la posibilidad de una existencia normal y más conforme con sus necesidades materiales y espirituales. Stalin pudo pasar por el jefe supremo de esta clase, agigantada a su sombra hasta llegar a la hipertrofia, pero se transformó en el dios cruel que exige sacrificios humanos como pago de su "protección". Kruschev exorciza a esa especie de fantasma de Stalin y trata de crear un atmósfera de confianza hacia sus capacidades y hacia el futuro. Al afirmar el Estado, acrecienta sus privilegios. Liberándolo del viejo dogmatismo facilita su respiración. Pero privilegios y seguridad no implican ni libertad de expresión ni derecho a la oposición. La crítica debe ser solamente técnica o administrativa porque ésta no exige ni filosofía ni pensamiento original cuya rectoría es ejercida únicamente por la dirección colegiada del régimen. El dios Inca murió con sus orgías sanguinarias, pero la estructura incásica le ha sobrevivido con su jerarquía, su disciplina en sentido único y su sabio mecanismo, por el cual el hombre aparece atado a su función.

---

* Esta libertad, por lo demás muy relativa, es frecuentemente puesta en peligro por amenazas del más puro estilo jdanovista.

MICHEL GOLLINET

UNA SOCIOLOGIA DEL PODER SOVIETICO

Debemos felicitarnos de la publicación en versión francesa del libro de Merle Fainsod, *How Russia is Ruled* *. Profesor en la Universidad de Harvard y agregado al Centro de Investigaciones sobre Rusia de esta Universidad, el autor deja de lado el "marxismo-leninismo", es decir el artilugio teórico que sirve de tapadera o de justificación de los actos de los dirigentes comunistas y alude sólo a los hechos políticos o económicos, considerándolos como progreso de una institución o como ilustraciones de un fenómeno gubernamental. Consagra la mayor parte de su obra al análisis de la máquina estatal y para-estatal de la URSS, de la cual desarma y vuelve a armar los principales mecanismos considerando sus conexiones abiertas y secretas.

LAS CONDICIONES DE UNA ENCUESTA SINCERA

Las fuentes soviéticas deben ser utilizadas con prudencia: las leyes y los decretos no poseen ni la claridad ni el carácter exhaustivo de los textos occidentales. Su obscuridad o sus lagunas no podrían compensarse o llenarse mediante el razonamiento lógico del comentarista demasiado habituado a las normas occidentales de la vida social, sino por el conocimiento preciso de lo que los comunistas llaman la "práctica" y que no es frecuentemente otra cosa que arbitrariedad. No diremos bastante si señalamos que la arbitrariedad se desliza a través

* Merle Fainsod: *Cómo es gobernada la URSS*, Editions de Paris, 1957, 502 pp.

de los intersticios de los textos oficiales del régimen; en los actos cruciales se desconocen totalmente esos textos. Y es fácil cuente también que el hecho preceda al texto a gran distancia: el monopolio del Partido existía dieciocho años antes de que la constitución staliniana de 1936 lo consagrara, y la deportación sin proceso, diez años por lo menos antes que la ley de julio de 1934. El derecho escrito no es sino la cristalización de la arbitrariedad habitual, única realidad viviente del régimen.

Inclusive las estadísticas, que por otra parte son sólo en su parvedad el esqueleto de una sociedad, deben ser tomadas en la URSS a beneficio de inventario, pues siendo siempre parciales no permiten llegar más que a conclusiones aleatorias.

Finalmente, no existe en la Unión Soviética la estructura simple, lineal. Toda institución supone por lo menos una triple jerarquía: administrativa, política y policíaca. Las dos primeras abiertas, la tercera, secreta. Esa institución se halla algo así como sometida a un constante "corto-circuito". Puede estimarse, incluso, que la jerarquía administrativa –tal es el caso de los organismos oficiales de la constitución, soviet supremo, etc.– no sea más que una forma sin contenido, pues la jerarquía real está sujeta al Partido y, en algunos casos, a la policía secreta. Un análisis de las estructuras supone, pues, que no se olvida en ningún momento, ni siquiera cuando se trata de una disposición insignificante o de un hecho baladí, esa complejidad de acciones y de reacciones que en todos los grados, constituye la marca original del régimen totalitario. Se puede describir, en Francia, por ejemplo, la organización de una empresa industrial sin hablar de la seguridad nacional o de la política argelina del gobierno. El objeto que ha de describirse está circunscrito en sus límites y posee su dominio específico. Esto parece imposible en Rusia, en donde se puede aplicar este postulado de la *Gestaltheorie:* "Una parte en un todo es cosa distinta a esa cosa aislada o situada en otro todo" *.

---

* Paul Guillaume: *Psicología de la forma.*

Debemos acudir a lo que yo llamaré Gestalsoziologie, en la cual una comprobación adquiere sentido únicamente cuando está integrada en un conjunto más vasto en donde se interpenetran las técnicas económicas, políticas y policiales. Por esta razón resulta engañador asimilar los hechos particulares del mundo ruso a los que corresponden a nuestra sociedad, desdeñando el ámbito político y social en que esos hechos están situados. La asociación espontánea que provocan en el espíritu de un hombre libre puede hacerlos impermeables a la posibilidad de comprensión.

Merle Fainsod evita este escollo y lleva la descripción formal de las instituciones a su medio real, que es evidentemente totalitario porque la sociedad entera, y no sólo uno de sus elementos, se halla comprometida. Ello supone las relaciones habituales entre la institución estudiada y el Partido y las más sutiles aún entre aquéllas y la policía.

Un terror, ya activo, ya latente, extiende así su sombra sobre todas las relaciones humanas, inclusive en los sectores más ajenos a la intervención política. El terror es elemento esencial del funcionamiento de la máquina soviética; aun obrando con discreción, su presencia explica los actos de los responsables, sus objetivos y sus métodos. El análisis estructural se complementa, pues, con el análisis psicológico de los individuos que desconocen así constantemente la seguridad, viéndose imposibilitados por este hecho de obrar como individuos libres.

A los análisis estructurales y psicológicos une Merle Fainsod el método histórico, sin el cual la existencia de cualquier mecanismo soviético aparecería incomprensible. Cada institución muéstrase de este modo situada en su historia, frente a los problemas que debe resolver en el cuadro de la dictadura comunista.

LOS PRECEDENTES HISTORICOS

La primera parte del libro es una introducción a las otras tres. El autor traza en ella con amplias líneas una historia de la sociedad rusa a partir de los últimos años del si-

glo XIX. Después de las tentativas abortadas de reforma intentadas por el zarismo, vienen las olas revolucionarias que concretizan la creación y la estrategia del partido bolchevique. Discurriendo rápidamente sobre los acontecimientos de 1917, el comunismo de guerra y la NEP, nos conduce hasta la etapa del poder incontestable de Stalin.

En esos primeros años de nuestro siglo, la herencia de la vieja Rusia coexiste con el crecimiento de la revolución y del bolchevismo. El autor se detiene sólo en los puntos necesarios para aclarar los extremos particulares del medio social y refutar la idea, demasiado extendida a su entender, de quienes estiman el bolchevismo "como una excrecencia extranjera injertada en el cuerpo político del país por un puñado de conspiradores ávidos de poder y sin raíces en el pasado" (p. 9). Las páginas que la revista "Preuves" ha consagrado a Chernichevski confirman el punto de vista histórico de Fainsod. Otra opinión, de exceso contrario, aparece como igualmente falsa. Ella consiste en creer en la fatalidad del bolchevismo como producto determinado e inevitable del alma rusa. El bolchevismo no era inevitable. Han sido necesarias para su triunfo muchas circunstancias favorables, la debilidad de sus adversarios y el genio estratégico de Lenin y de Trotsky. Surgido brutalmente de la autocracia, ha sido la imagen invertida con las semejanzas, largo tiempo no confesadas, que ello supone. Ha sido preciso llegar a Stalin y a su imperialismo pan-ruso para reivindicar su papel de heredero de los zares. Cabe lamentar a este respecto que el autor no haya dedicado un capítulo al mecanismo estático de la Rusia zarista. Tal vez habría encontrado en él la ocasión de ilustrar la ley de permanencia que Tocqueville veía en la revolución francesa entre el poder de los Borbones y el de sus sucesores, desde los jacobinos a Bonaparte.

EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL

Una segunda parte está consagrada en su totalidad al Partido, a su estructura, a su composición social, a su aparato dirigente y, en fin, al hombre del Partido; no el militante

ideal, definido por los estatutos y reglamentos, sino el mili-
ante real que actúa en el seno de la sociedad soviética. La
oría del Partido único procede de Lenin y niega el dere-
cho de vida a un partido rival, que, según el esquema pseudo-
marxista, sería el órgano de las clases hostiles al proletaria-
do. Tal concepción llevada a sus conclusiones lógicas con-
duce a la prohibición de las fracciones en el seno del Parti-
do y al nacimiento de la dictadura del *Politburó*. Ahora que
Kruschev se ha librado de la dirección colegiada, es intere-
sante recordar lo que Stalin decía después de la muerte de Le-
nin: "Dirigir el Partido de alguna manera que no sea en equi-
po es imposible. Pensar en ello sería estúpido, después de
Ilitch; estúpido mencionarlo siquiera" (p. 125).

Las victorias de Stalin se deben al inmenso "aparato"
que creó para realizar en todos los grados del Partido y del
Estado las directivas del Secretariado. Este aparato aparece
cual una pirámide jerarquizada en la cual el *inferior* depen-
de del superior y en donde el ascenso sólo puede hacerse por
propia decisión del grupo. El análisis estructural debe com-
pletarse aquí por el psicológico, o sea sobre el modo de ac-
tuación de los hombres de ese aparto, de los *apparatchiki*. El
ascenso puede ser el resultado de la adulación o de la denun-
cia por las vías laterales de la policía secreta. Debe ser en ge-
neral una combinación de las dos actitudes: junto al "méri-
to" del inferior, la "purga" de los cuadros superiores impli-
ca un factor favorable para la ascensión rápida de las nue-
vas clases sociales. Verticalmente las relaciones humanas es-
tán fundadas en los lazos entre el "patrón" y su clientela que
obedecen al mismo ritmo que rige el aumento o la disminu-
ción de sus privilegios comunes. El arte de un "cliente", en
el sentido romano del término (plebeyo bajo la protección
de un patricio), ¿no consiste en cambiar a tiempo de patrón
antes que malos vientos sobrevengan con peligro de arras-
trarlo junto a éste? Apoyándose en publicaciones periódicas
soviéticas y en testimonios vivos, Fainsod anota la existencia
de "grupos familiares" en los grados inferiores del Partido.
Verdaderas asociaciones de protección mutua de los funcio-
narios contra los caprichos y la tiranía de los dirigentes su-

periores, esos grupos tratan difícilmente y con riesgos evidentes de crear oásis de seguridad relativa en esa máquina impersonal e indiferente a la suerte de los individuos que viene a ser el aparato del Partido y del Estado. La base de tales camarillas está en un sentimiento de solidaridad y de complicidad desde la altura: el controlor hace causa común con el controlado. Contra tales círculos de camaradería los dirigentes del Partido suelen actuar mediante traslados e introduciendo en la camarilla agentes de la policía secreta. El hecho de que los estatutos del XIX Congreso del PC (octubre, 1952) hayan amenazado explícitamente a estos "grupos familiares" demuestra que suponen uno de los escasos refugios en donde el comunista escapa a su triste condición de robot".

De las estadísticas del autor se desprende una comprobación muy importante: la extraordinaria debilidad del Partido en los kolkoses. En 1939 había sólo 12 células del Partido con 12 miembros aproximadamente cada una, para 243.000 kolkoses. La reciente concentración de kolkoses (93.000, en octubre de 1952) ha modificado esta situación. Sin embargo, es significativo comprobar que los miembros agrícolas del Partido no son cultivadores, sino funcionarios locales, presidentes y contables de los kolkoses, dirigentes y ayudantes de las estaciones de tractores. Nada más curioso que estas estaciones (MTS). En vez de estar normalmente al servicio de los kolkoses, son ellas las que los dirigen o los controlan política y económicamente. Los organismos están unidos por contratos pero bajo una apariencia igualitaria estos contratos son reglamentos que subordinan los kolkoses al MTS. El análisis puede continuarse aquí por los supuestos contratos colectivos de empresa concluídos entre los sindicatos obreros y las directivas. Cuando no existen fuerzas independientes, la noción de contrato es un engaño, un velo liberal que tapa la subordinación real de los obreros a esas directivas *.

El Partido ha cuidado mucho, desde 1930, de no dar el

---

* Se encontrará un análisis detallado en la obra reciente de Paul Barton: *Convenciones colectivas y realidades obreras en el Este de Europa*. París, Les Editions Ouvrières, 1957, 284 pp.

tas de sus adherentes obreros. A través de diferentes textos, el autor ha podido deducir que la proporción de comunistas entre los obreros es de 10%. Crece con la jerarquía industrial desde la aristocracia de los stajanovistas hasta los ingenieros. Así la "dictadura del proletariado", ese santo de los santos del comunismo, supone no solamente la dictadura de un Partido —cosa admitida por los comunistas—, sino, en el Partido, la dictadura de las clases medias y de los funcionarios destacados de la producción y, en todo caso, ajenos al proletariado industrial.

LOS INSTRUMENTOS DEL PODER

En la tercera parte del libro, Merle Fainsod describe los resortes del poder; es decir, la administración pública, la policía y el ejército. Y en la cuarta parte, las relaciones sociales en la industria y en la agricultura. La ausencia de garantías constitucionales, la imposibilidad práctica del alegato del inferior contra el superior, dan un poder exorbitante a los grados intermedios de la jerarquía administrativa. A fin de limitar este poder que podría transformarse en peligroso para los altos dirigentes, existe en todas partes un doble control de la administración pública por el Partido y por la policía y un control de ésta sobre el Partido. La jerarquía policial, independiente de la del Partido y completamente secreta, es el instrumento directo del Secretariado y el medio oblicuo de vigilar al Partido lo mismo que a la administración pública. Así, pues, se encuentra en todas las instituciones el triángulo siguiente: administración, partido, policía. Poseyendo cada uno una jerarquía particular, las dos primeras son conocidas, la tercera, secreta. "Sin exagerar, se puede definir esta red como un sistema de gobierno basado sobre el espionaje mutuo y la sospecha sistemática" (p. 298). Este sistema sería intolerable si no se hallara compensado por los "grupos familiares" de los cuales hemos hablado ya, pero que, sin embargo, no son suficientes para garantizar sólidamente eso a que todo hombre aspira: la seguridad en su trabajo y, con mayor razón, en su vida.

Esta seguridad aparece sometida a una dura prueba con el Plan, que no es la máquina de relojería imaginada por los ingenuos de Occidente, sino "el resultado de la pugna entre quienes aspiran a una industrialización rápida y el aparato burocrático y directorial que lucha por satisfacer o por moderar las exigencias que le afectan" (p. 310). En el interior de cada ministerio los organismos industriales se hacen entre sí una competencia encarnizada para obtener situaciones de privilegio, normas razonables y pedidos fáciles. El mismo fenómeno se reproduce en el grado inferior de cada organismo y en el superior de cada ministerio. La lucha despiadada del antiguo capitalismo liberal parece un torneo de esgrima al lado de la guerra sórdida de influencias en que se mezclan negociaciones, chalaneos y *chantages* policíacos.

Las mismas situaciones se encuentran —*mutatis mutandis*— en el ejército con el triángulo universal de los jefes militares, comisarios políticos y agentes del MVD. La división de la autoridad entre los militares y los políticos ha pasado por las mismas fases por las que atravesó la situación interior del país o la de los ejércitos en guerra contra Alemania. A la pregunta que frecuentemente Occidente se hace sobre la lealtad comunista del ejército, Fainsod responde: "Mientras el control político y policíaco del ejército se halle concentrado entre las manos de la dirección del Partido, es poco probable que el Ejército Rojo se manifieste como fuerza política independiente" (p. 380).

LOS MOVILES DE LA CONDUCTA

Resumiendo las técnicas gubernamentales, Fainsod encuentra en ellas una mezcla de adoctrinamiento, aliento y represión. Las dos últimas se complementan como en las fórmulas de Maquiavelo. En cuanto al adoctrinamiento no existe otro criterio que el de su eficacia: adaptado a la situación presente, supone un arreglo de los hechos al servicio de las tendencias que el Estado estima convenientes para su supervivencia. Todo el arte de los métodos totalitarios está en saber cuándo y dónde es preferible aplicar determinada reve

a combinarla con cualquiera otra. Según Fainsod, el régimen descansa sobre tres bases: comprende la primera la flor de la burocracia, de la cultura y del ejército; la segunda, el aparato propiamente dicho del Partido; la tercera, el aparato de represión y la policía. Estas tres bases están constituidas por los privilegiados del régimen, y éste sería sin duda inquebrantable si esas tres categorías citadas pudieran asegurar sin temor a sus miembros el goce de sus privilegios. Pero están lejos de ello. Nadie goza de la menor seguridad en el privilegio.

La desconfianza mutua de las personas y de los grupos obra en beneficio del poder, es decir, del Secretariado del Partido. Pero sólo en la medida en que el Secretariado posee poder bastante para controlar a unas y a otros, mostrándose como la razón suprema, como la expresión del poder y, si se quiere, de la "verdad". Fainsod dice muy justamente que "una de las más extrañas paradojas del totalitarismo soviético estriba en su incapacidad para fiarse completamente incluso de aquellos sobre los cuales descansa" (p. 441). La inseguridad de todos, si asegura en el *presente* la seguridad del poder, implica a la larga un factor de desmoralización y de desafecto político.

El autor, que ha consagrado un capítulo a la juventud comunista, anota, de acuerdo con los testimonios, un declive del impulso ideológico entre los jóvenes, un cinismo y una duda ampliamente extendida a pesar del adoctrinamiento oficial más intenso que nunca. *Ahí está el talón de Aquiles* del sistema. (Los hechos que se han sucedido desde 1953, fecha extrema hasta donde llegan las observaciones de Fainsod, han demostrado que, por lo menos entre los estudiantes y los jóvenes revolucionarios polacos y húngaros, han dejado huellas y provocado intervenciones sobremanera heréticas).

Las discordias nacionales no deben tampoco desdeñarse. Entre los pueblos no rusos sometidos a Moscú, la *intelligentsia*, incluso si desempeña cargos administrativos y técnicos importantes, no puede manifestar sus opiniones sin sufrir la acusación de desviacionismo nacionalista-burgués. No es improbable que la descentralización económica –impuesta re-

cientemente por Kruschev a sus adversarios reacios del fe-
po "anti-Partido"— lleve a esta *intelligentsia* provincial a
ejercer aún más sus posibilidades de iniciativa. El centro le
tendrá ante sí a los jefes de las empresas aislados mutuamen-
te y fáciles de eliminar, sino a colectividades locales domina-
das por grandes y pequeños sátrapas que por compartir las
responsabilidades en la ejecución del Plan de Moscú corren
el riesgo de transformarse en camarillas cerradas.

Merle Fainsod tiene el cuidado de no adelantar sino hi-
pótesis ante el problema de saber si el pueblo soviético es o
no leal al régimen. La inseguridad de las clases privilegiadas,
aunque inconcebible a todo ciudadano del mundo libre, ha
disminuido algo desde la muerte de Stalin. La roca Tarpeya
no significa necesariamente el trabajo forzado, ni con ma-
yor razón, la muerte. El menor interés por la vida del régi-
men se da en las clases oprimidas, en los deportados o ex de-
portados, en los kolkosianos y en los jornaleros y obreros no
calificados que viven por debajo del nivel medio vital. Agré-
guese a ello la juventud y, entre ésta, la juventud culta que
supone una incógnita en Rusia y, más incógnita aún, entre
las *élites* de las nacionalidades no rusas. Entre los emigrados
Fainsod advierte una mezcla de odio (hacia ciertas institu-
ciones, particularmente los kolkoses y la policía) y de or-
gullo (por las victorias militares e industriales de un régi-
men del cual, sin embargo, desean la destrucción). En cuan-
to a la población soviética, el autor opina que, dividida en-
tre el arribismo cínico y la resignación apática, su actitud
es "en gran parte producto del terror inspirado por el apa-
rato represivo" (p. 451).

PODER Y SOCIEDAD

Merle Fainsod no tenía más intención que la de anali-
zar el poder soviético, sus instrumentos y sus técnicas. Podrá
reprochársele acaso el haber aislado el poder de la sociedad
y de cargar el acento en la forma de ésta, más que en su con-
tenido. En la concepción generalmente aceptada, todo poder
es una emanación de la sociedad. Hablar de lo uno olvidar

do lo otro supone caer en una visión superficial de las cosas llevándola a lo exclusivamente político y administrativo. Tal objeción que sería sin duda válida aplicada a una sociedad liberal, no nos parece fundada en el caso de una sociedad totalitaria. Para esto existen dos razones de distinta importancia: la primera es que si el análisis de las conexiones reales del poder soviético es de suyo difícil y comprende una parte de hipótesis, la de la sociedad propiamente dicha lo es mil veces más, pues en gran parte su conducta es inaveriguable: su análisis será todavía más hipotético que el del poder. Pero esta dificultad no constituiría una verdadera respuesta a la objeción hecha más arriba si sólo dependiera de su aspecto metodológico. La segunda razón, la única verdaderamente importante, estriba en que en un régimen totalitario integral, la noción de sociedad tiende a desaparecer. Al célebre y ficticio "perecimiento" del Estado, caro al marxismo, el bolcheviquismo ha opuesto, en los hechos y no en la teoría el perecimiento real de la sociedad absorbida por el aparato del Estado.

Las democracias modernas se han familiarizado —desde el siglo XIX por lo menos— con la concepción de clases sociales que suponen una estructura estatificada: clases más o menos diferenciadas y a veces antagónicas las unas con relación a las otras. Estas clases no pueden cristalizar sino en la medida en que una amplia comunicación horizontal les da sus rasgos propios y una conciencia en el sentido marxista de la palabra, fenómenos que paralizan el poder totalitario. Este poder separa a la sociedad en compartimentos-estancos por la destrucción de los contactos horizontales, y polariza las agrupaciones internas hacia un centro común: el Estado. Aun pudiendo hablarse de clases en la URSS (utilizando criterios sociales y económicos, como el tipo de vida y los sueldos), no es menos cierto que la noción de clase es estática y no dinámica; las clases son una *materia* social y no *fuerzas* sociales. Por eso el lenguaje del marxismo tradicional es inadecuado para describir el mundo totalitario cuyo estudio sólo puede ser abordado eficazmente en términos referidos a la potencia o al poder. En este sentido la obra de Fainsod es un excelente

ejemplo para un análisis en profundidad de la sociedad soviética.

Si se habla de fuerzas sociales en la URSS debe entenderse que se alude con ello a agrupaciones verticales de carácter más o menos corporativo cuyas cabezas se hallan en el Presidium del Partido. Estas agrupaciones son: el Partido, que constituye la suprema voz; la policía con su jerarquía secreta; el ejército con sus categorías abiertas; los cuadros administrativos y técnicos de la industria, la burocracia de los kolkoses; la *intelligentsia* artística y científica. Cada una de estas fuerzas tiene sus amos y sus domésticos unidos por el interés corporativo que estabiliza la inseguridad de cada uno y que trata de resistir al mecanismo corrosivo de las sospechas mutuas. Hasta ahora esas fuerzas se hacen más evidentes por la resistencia que oponen a las iniciativas del poder y no por actividades positivas. Los dirigentes del partido se apoyan en ellas en vez de sostenerlas. Kruschev utiliza a Jukov y la influencia de éste sobre el ejército para liquidar la dirección colegiada y sabotear el ascendiente de Malenkov sobre los cuadros superiores de la industria. Pero se trata de un equilibrio inestable: hoy el Secretariado del Partido utiliza al ejército para sostener su política; mañana podría darse el caso de que el ejército utilizase al Partido para desarrollar la suya.

Estas son hipótesis, no predicciones. Mientras el poder posea la fuerza para impedir que las clases sociales se cristalicen y expresen sus aspiraciones democráticas, el porvenir del régimen se decidirá en las relaciones existentes entre el Secretariado del Partido y los personajes consulares que se apoyan en las diferentes fuerzas "corporativas" que hemos tratado de definir: ejército, policía, tecnocracia, etc. La "emancipación" (dando al vocablo el sentido que el lector debe suponer) de una o de varias de esas fuerzas con relación al Secretariado, provocaría una revolución palaciega cuyas repercusiones incalculables escaparían sin duda a sus iniciadores.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PIERRE HERVÉ

EN EL UNIVERSO DE LA CULPABILIDAD ¡MUERDANSE, CAMARADAS! *

En las "Veladas de San Petersburgo", Joseph de Maistre escribió algunas páginas inquietantes en favor del verdugo –"horror y atadura de la asociación humana"– encargado aquí abajo de cumplir los designios de la Providencia: "Se da una lúgubre señal, escribe; un abyecto ministro de la justicia viene a golpear a su puerta y a avisarle que se le necesita: parte; llega a una plaza pública cubierta de una multitud apretada y palpitante. Le tiran un envenenador, un parricida, un sacrílego; él lo sujeta, lo tiende, lo amarra sobre una cruz horizontal, levanta el brazo: entonces, se produce un silencio horrendo, y no se oye más que el grito de los huesos que estallan bajo la palanca, y los aullidos de la víctima. La desata, la coloca sobre una rueda: los miembros destrozados se entrelazan en los rayos; la cabeza cuelga; los cabellos se erizan, y la boca, abierta como un foso, ya no emite a intervalos sino escasas palabras sangrientas que invocan la muerte. (El verdugo) se felicita, se dice a sí mismo: nadie enrueda mejor que yo. Desciende: estira su mano manchada de sangre y la justicia desde lejos arroja en ella algunas monedas de oro que él se lleva consigo entre un doble cerco de hombres apartados por el horror. Se sienta a la mesa, come. Luego a la cama, y se duerme. Y al día siguiente, al despertar, piensa en todo menos en lo que ha hecho la víspera. ¿Es un hombre? Sí: Dios lo recibe en sus templos y le permite rezar. No es un criminal; sin embargo, ninguna boca se atreve a decir, por ejemplo, que es un hombre virtuoso, honrado, que es estimable, etc." (34).

---

* Capítulo de "¿Dios y César son comunistas?". Ed. "La Table Ronde" Paris, 1957.

¡Cuántos progresos hemos realizado desde la época en que Joseph de Maistre escribía estas líneas! No solamente el policía torturador se le recibe en los templos de la revolución, sino que ocupa allí el sitio de honor: su virtud es citada como ejemplo ante todos los ciudadanos. El es quien obtiene la confesión, sin la cual no hay proceso posible para la edificación de las masas.

En su última carta, escrita en su celda la noche siguiente a su condena, Kostov escribía: "Me reconozco culpable de los cargos de acusación enunciados por la corte y confirmo en todos sus puntos mis declaraciones autógrafas hechas durante el curso del sumario. Habiéndome dado cuenta en última instancia de mi conducta injustificable ante la Alta Corte, pudiendo perjudicar a la República popular de Bulgaria y atentar contra el prestigio de su gobierno democrático popular; lamentando sinceramente la forma en que me he conducido, que era el resultado de un estado de extrema nerviosidad y de un *amor propio enfermizo de intelectual*...."

El facsímil de esta carta manuscrita era publicado al día siguiente por la prensa búlgara: gracias al policía torturador, triunfaba la Revolución. Ya sólo faltaba ahorcar.

Kostov no había querido prestarse al juego. Admitía haber estado en desacuerdo con las autoridades rusas respecto a asuntos comerciales, pero se negaba empecinadamente a declarar en público que era traidor, saboteador y espía. Tal como lo ha contado Kruschev, seguramente Stalin había dicho: "Moveré mi dedo meñique y ya no habrá Kostov". Tchervenkov que, con toda modestia, vestía, a la cabeza del gobierno búlgaro, una túnica de corte militar semejante a la de Stalin, ¿se vería desacreditado? La atmósfera en Sofía estaba cargada de electricidad. Un solo hombre sería capaz de montar lograr todo el aparato de la justicia y de la policía, todos los testigos falsos y agentes provocadores llamados en comisión de servicio para hacer burdamente verosímil la representación judicial? ¿Persistiría en sus denegaciones, cuando sus coacusados confesaban sus propios crímenes y se volvían contra él para abrumarlo?

Entre los acusados, estaba Iván Stéphanov, ex funcion-

rio del embajador soviético en París, ex colaborador de Rakovski, condenado en Moscú en 1938. Stéphanov confesaba todos los crímenes posibles e imaginables. Al formular cargos contra Kostov, sin duda pretendía salvar su propia cabeza; la salvó, por lo demás, y hoy está en libertad, está vivo. Para explicar sus pretendidas traiciones, Stéphanov declara especialmente: "Yo no he participado directamente en la lucha de la clase obrera. Al contrario, permanecía fiel al sistema de vida de la burguesía y a su cultura. No conocía la vida, las necesidades, las penas, las luchas de la clase obrera sino en teoría". Marx y Lenin ¿conocían acaso la vida y luchas obreras en alguna forma que no fuese teórica?

Recuerdo el último acto del proceso. Los periodistas se hallaban en la Opera, cuando de pronto fueron informados de que el Tribunal estaba en sesión y dictaría sentencia. Cuando entramos en la sala, notamos que el público –un público cuidadosamente elegido– se encontraba allí desde hacía un buen rato: La sesión había comenzado sin que la prensa extranjera hubiese sido advertida. Habían reducido el alumbrado. Los audífonos que habitualmente nos proporcionaban una traducción de los debates, estaban mudos. En una atmósfera extraña, las últimas formalidades se desarrollaron rápidamente. La tribuna de los periodistas se hallaba distante del banco de los acusados. Yo observaba a Kostov con atención, pues en el curso de una sesión anterior, me di cuenta que había tratado de hacer una declaración, pero el presidente le había cortado la palabra, mientras los dos policías uniformados, que lo escoltaban, le tironeaban el vestón para obligarlo a sentarse. Todo terminó sin que Kostov confesara ser un traidor, un saboteador y un espía, pero se habían tomado sin duda todas las precauciones para impedirle que protestara contra las acusaciones de que había sido víctima.

Hay que hacer aquí una primera comprobación: es indudable que Kostov quería manifestar públicamente su buena fe y su lealtad revolucionaria, pero materialmente se lo impidieron. Si se comparara este proceso con el que le hizo a Dimitrov el régimen hitlerista, uno debe observar, por desgracia, que Dimitrov pudo defenderse públicamente, aseso-

rarse con abogados, reunir y consultar los autos de su expediente. Dimitrov pudo pregonar su inocencia y acusar a los jueces hasta el final.

Una segunda comprobación se impone. A la noche siguiente de haber sido condenado a muerte, Kostov rechaza una petición de gracia que involucraba por fin la confesión de que era un traidor, un saboteador y un espía: ¿no fue visto a Kostov después de aquella noche? Seguramente, una del proceso, las torturas no rebasarían ciertos límites para no imposibilitar la comparecencia pública de Kostov. Pero después del proceso, ¿por qué flaqueó su voluntad? Kostov había vivido en Moscú en los ambientes de la Internacional comunista y no podía, verosímilmente, hacerse ilusiones sobre la suerte que lo esperaba. La tortura solamente es la que ha permitido arrancarle la confesión escrita por su mano. Pero Courtade, que a tan bajo costo se forja una conciencia tranquila ¿se imagina acaso esa noche de Kostov? ¿Sabía, dijeron, había movido su dedo meñique y un solo músculo habría tenido la audacia de oponer resistencia?

Pierre Courtade escribió en "L'Humanité" que en los procesos de las democracias populares "la buena fe de nuestros dirigentes" había sido sorprendida por los agentes émulos de Beria. ¿A quién está tratando de hacer tragar esos cuentos soporíferos? "Estos dirigentes, nos dice, actuaron entonces conforme a lo que creían de interés para el movimiento obrero, de interés para su Partido y para su país actuaron así porque estaban convencidos de la culpabilidad de unos cuantos inocentes que luego han sido rehabilitados".

Pierre Courtade emplea con astucia la palabra "culpabilidad", pues los dirigentes de las democracias populares sabían que los hombres llevados ante los tribunales no eran culpables *de aquello que se les acusaba*. Al igual que todo Courtade presentía que eran culpables de otra cosa, esto es de haberse opuesto más o menos a la política stalinista y, a veces, de haberse opuesto a ella sin una expresa intención, sin siquiera haber aquilatado las consecuencias de tal o cual decisión que estaba de acuerdo aparentemente con la política de su

rarse con abogados, reunir y consultar los autos de un expediente. Dimitrov pudo pregonar su inocencia y acusar a sus jueces hasta el final.

Una segunda comprobación se impone. A la mañana siguiente de haber sido condenado a muerte, Kostov redactó una petición de gracia que involucraba por fin la confesión de que era un traidor, un saboteador y un espía; mas, ¿quién vio a Kostov después de aquella noche? Seguramente, antes del proceso, las torturas no rebasarían ciertos límites para no imposibilitar la comparecencia pública de Kostov. Pero después del proceso, ¿por qué flaqueó su voluntad? Kostov había vivido en Moscú en los ambientes de la Internacional comunista y no podía, verosímilmente, hacerse ilusiones sobre la suerte que lo esperaba. La tortura solamente es lo que ha permitido arrancarle la confesión escrita por su mano. Pierre Courtade, que a tan bajo costo se forja una conciencia tranquila ¿se imagina acaso esa noche de Kostov? ¡Stalin, allá lejos, había movido su dedo meñique y un solo individuo habría tenido la audacia de oponer resistencia!

Pierre Courtade escribió en "L'Humanité" que en los procesos de las democracias populares "la buena fe de honestos dirigentes" había sido sorprendida por los agentes y émulos de Beria. ¿A quién está tratando de hacer tragar tales cuentos soporíferos? "Estos dirigentes, nos dice, actuaron entonces conforme a lo que creían de interés para el movimiento obrero, de interés para su Partido y para su país. Actuaron así porque estaban convencidos de la culpabilidad de unos cuantos inocentes que luego han sido rehabilitados".

Pierre Courtade emplea con astucia la palabra "culpabilidad", pues los dirigentes de las democracias populares sabían que los hombres llevados ante los tribunales no eran culpables *de aquello que se les acusaba*. Al igual que yo, Courtade presentía que eran culpables de otra cosa, esto es, de haberse opuesto más o menos a la política staliniana, y, a veces de haberse opuesto a ella sin una expresa intención, sin siquiera haber aquilatado las consecuencias de tal o cual decisión que estaba de acuerdo aparentemente con la política de Mos-

él. Como yo, Courtade admitía que el hecho de oponerse a la política staliniana creaba una culpabilidad.

He ahí por qué Pierre Courtade también es astuto cuando escribe: "Hace falta tiempo para que todo se aclare, para que se conozcan exactamente las responsabilidades, para que se sepa, por ejemplo, cómo el proceso de Laszlo Rajk, en Budapest, pudo ser montado con tanta precisión que llegó a convencer a todos los que lo presenciaron". ¿Se preocupó Courtade de obtener otras informaciones que las oficiales con respecto a la culpabilidad de Rajk? ¿Trató de hablar con Rajk? ¿No se colocó en disposición tal que le resultaría difícil dejarse persuadir? No entro en detalles, pero Courtade sabía que él formaba parte del "montaje" del proceso y que aceptaba formar parte del "montaje" del proceso de Rajk, así como yo sabía de antemano, al irme a Sofía, que reuniría los elementos de verosimilitud del proceso para convencer a mis lectores de la culpabilidad de Kostov. Por consiguiente, no podrían determinarse las responsabilidades, de que habla Courtade, sin tener en cuenta la de Courtade y la mía.

Cuando Courtade habla de "dirigentes honestos" que actuaron "conforme a lo que creían de interés para el movimiento obrero", finge ignorar que los equipos dirigentes de las democracias populares estaban divididos por luchas internas y que la táctica staliniana consistía en explotar estas luchas a favor de las circunstancias. He aquí lo que ha dicho Kruchtchev con respecto al asunto yugoeslavo: "Tito no cayó. ¿Por qué? Por razón de que, en el caso del desacuerdo con los camaradas yugoeslavos, Tito tenía tras de sí a un Estado y a un pueblo que habían pasado por una severa escuela de lucha por la libertad y la independencia, un pueblo que sostuvo a sus dirigentes".

Ahora bien, en las democracias populares aparte de Yugoslavia, la única manera de mantenerse en el poder o de alcanzarlo fue, a partir de 1947, la de ser más staliniano que el vecino. ¿A quién le importaba el interés del movimiento obrero, del Partido y del país? ¿A quién le preocupaba determinar este interés en forma objetiva si al menor intento de esta especie uno corría el riesgo de colocarse en oposición con

Stalin y, con ello, de atraer sobre sí el aniquilamiento político, moral y físico? En realidad, Courtade considera siempre que toda divergencia, por mínima que sea, con respecto a la línea fijada por Moscú, no sólo es criticable sino que crea una culpabilidad. Para Courtade, Tchervenkov es quien se hallaba en la razón y Kostov quien era culpable. Más aún, Stephanov tenía razón en envilecerse y hacer cargos contra Kostov. ¡Por cierto, Stephanov lloraba! He visto las lágrimas correr por sus mejillas, pero salvaba el pellejo —en cambio Kostov cometía el inexplicable crimen de resistir al Poder sagrado. Por eso, en esa terrible noche los torturadores se extralimitaron en la ignominia: por fin arrancaron a Kostov la retractación de su conducta heroica y lograron que confesara su "amor propio en fermizo de intelectual". ¡Así, el universo de la culpabilidad quedaba sin grieta!

Hay que volver a Joseph de Maistre para quien no existe la inocencia. Si Dios, decía, parece cruel, injusto, despiadado — si parece gozarse con el infortunio de los hombres, es un motivo más para amarlo y servirlo con amor. La preocupación de Joseph de Maistre era justificar el gobierno temporal de la Providencia: para él, la infalibilidad estaba inseparablemente ligada al poder. Si el hombre sufre, es porque lo merece, y lo merece porque es culpable. No sólo pretendía Joseph de Maistre que ningún individuo, ni el mejor, tiene la conciencia pura, sino además basaba en el pecado original una teoría de la responsabilidad colectiva de la humanidad. No puede haber inocencia, decía, ya que cada uno de nosotros es culpable en persona o por mandato, en acto o en pensamiento. El Conde Joseph de Maistre, que escribió una obra en honra y gloria de la Inquisición, dedujo con implacable lógica las consecuencias últimas de sus postulados irracionales: en especial sostenía que las mismas acciones eran criminales cuando las cometía el común de los mortales, y dejaban de serlo cuando eran realizadas por los depositarios del poder político y religioso. Y, cosa notable, este apologista del absolutismo temporal, era en realidad un escéptico relativista: se preocupaba menos de la verdad de la doctrina que de su utilidad.

En su afán de fortalecer el orden, el poder, la autoridad, llegaba hasta el extremo de negar que se pudiese incurrir en errores judiciales: si el condenado no es realmente culpable de los crímenes que se le imputan, lo es de alguna otra cosa, en cuyo caso la Providencia no hace sino restablecer un equilibrio anteriormente alterado.

¿Pero acaso Stalin no era en el mundo comunista el equivalente de un Dios caprichoso, irritable y vengador que, en el remoto Kremlin, tomaba decisiones imprevisibles y arrojaba al abismo a quienquiera le opusiera resistencia o tan sólo lo intentara? ¿No encarnaba además, una especie de Providencia: la Necesidad histórica, que tan a menudo resultaba inexplicablemente injusta e inútilmente salvaje? Bajo el mundo de Stalin funcionaba toda una jerarquía que otorgaba autoridad e infalibilidad a un sinnúmero de burócratas esparcidos por el mundo entero: cada uno de éstos constituía una irradiación de la Necesidad suprema de cuyo capricho –imagen del capricho Divino– dependía el que uno fuese destinado al infierno. Si le venía en ganas expulsar del partido a alguno, éste se convertía en el excluido, el paria, el apestado. Nunca se le reprochaba un error: se echaba mano a todos los recursos para que este supuesto error constituyera la evidencia de su inmoralidad, de su afiliación a alguna policía enemiga. La lógica de esta premisa es irrefutable: si existe una Necesidad histórica similar a una Providencia y si esta Necesidad se encarna en autoridades infalibles, resulta obvio que apartarse de esta Necesidad u oponerse a ella, no constituye un error intelectual, sino una suerte de pecado diabólico.

Ahora bien, todo invíduo tiene sus particularidades. Si se trata de individuos depositarios de la autoridad, sus particularidades provocan el respeto y la admiración puesto que, la Necesidad tuvo a bien valerse de rodeos: mas, en el caso común de los mortales, el asunto es muy distinto. Mis intereses, mis aspiraciones, mis desvelos, mis afectos y aún mis curiosidades son, por principio, culpables, porque allí radica la fuente de innumerables divergencias y desviaciones: me hallo en perpetuo estado de pecado. Mi caso se agrava si me entrego a lecturas profanas y me planteo, por ejemplo, preguntas tales co-

mo: "¿Los militantes del P.O.U.M. eran realmente agentes de Franco?" o "¿Qué fue de los alemanes del Volga?" o bien "¿Por qué Stalin entregó en 1940-41 a la Gestapo, alemanes y austriacos de los cuales muchos eran judíos?". Hay por cierto comunistas que jamás han enfrentado estas interrogantes; pero otros hay que, en lo recóndito de su conciencia, se lo han preguntado; mas, sabían que, al expresar públicamente estas dudas o al indagar a este respecto ante un dirigente del Partido, habrían sido de inmediato acusados de mala fe y sospechados de complacerse en malas lecturas, de mantener relaciones perniciosas, acusados de descontar del Partido, la Unión Soviética, la revolución. Más aún, sabían que el hecho habría sido retenido y registrado: a través de toda su carrera de militante, el hecho los habría perseguido, les habría impedido asumir tal o cual responsabilidad y les habría sido echado en cara al menor traspié. En otras palabras, estos militantes saben que han pecado en el fondo de su corazón: hasta saben que otros han pecado como ellos, porque desde cierto nivel de instrucción, de cultura y de espíritu revolucionario, es imposible no pecar.

El intelectual comunista tiene inevitablemente el sentido de la culpabilidad, a menos que sea un arribista sin escrúpulos. ¿Cómo reacciona ante esta sensación? Ora por la mala conciencia, ora por la huída hacia adelante, es decir, por una aseveración pública de fanática ortodoxia. No sólo está en juego su condición de intelectual: lo está también su origen social. Aunque Marx, Lenin y tantos dirigentes revolucionarios sean de origen burgués el intelectual comunista siente su origen como una tara: en su pecado original. En el transcurso de los procesos stalinianos, los inculpados generalmente justificaron sus yerros por sus orígenes no proletarios: estaban en buenas cuentas condenados a traicionar. ¿Cómo no había de sentirse culpable el intelectual comunista? Si se lanza ciegamente en el más mediocre de los conformismos, nadie le hablará de sus orígenes sociales; mas si, por casualidad, manifiesta una duda una objeción, una reserva, queda descalificado: son sus orígenes los que hablan. Pero tal vez conserva como un vicio la afición al razonamiento, el respeto al espíritu crítico: en ese

eso procura dar a sus convicciones una forma racional. Mas
e sabido que una mística solidificada no puede fortalecerse
mediante racionamientos: justificar una mística por la razón,
s debilitarla. Es así como el intelectual comunista se entren-
a con una extraordinaria contradicción: si critica un mito
falaz, es culpable; pero si lo justifica a la usanza específica
del intelectual, es decir, con razones, es igualmente culpable.
Bajo el reinado de Stalin, el comunismo tuvo sus dogmas y
su credo, sus mártires y sus profetas, sus ritos y sus festivida-
des: el comunismo se convirtió en una iglesia formalista y ce-
losa, en donde el intelectual se sintió cada vez más culpable.

¿Ha encontrado Ud. algún camarada típico, un camarada que "asciende", al cual se le llame el "gran camarada Tal" a quien los iniciados designen en conversaciones informales por su nombre de pila? Supongamos que se llame Amadeo. Nunca Amadeo dice: "yo". Se identifica con la razón abstracta del Partido, base del Estado futuro. Dice: "El Partido piensa... el Partido ha resuelto... el Partido pide...". ¿Quién ha pensado, resuelto, pedido? No se sabe y sería hasta inconveniente formular preguntas sobre este tema. Amadeo encarna la Necesidad histórica: Si Ud. por ejemplo le dice que tal acción es deshonrosa y que tal individuo es un crápula, lo admitirá sin esfuerzo, siempre que no se trate de un comunista y, sobre todo, de un comunista de las esferas altas; en cambio, si se habla de un comunista que goce de la consideración de la directiva, la acción deja de ser deshonrosa, el individuo se convierte en inatacable: Amadeo inicia su frase con el adverbio "políticamente" u "objetivamente" o "concretamente", y lo que era negro pasa a ser blanco. Amadeo no es adicto a la singularidad. "Siempre dice – resulta que estoy de acuerdo con el Partido". En esta conformidad ve la señal irrefutable de su genio político. Se admira a sí mismo: "Nuestro órgano central de prensa "L'Humanité" escribe siempre lo que "yo" pienso".

Todo cuanto Amadeo piensa, dice o ejecuta es representativo, y hasta conmemorativo. En él todo es calculado, sobre todo la bonhomía. Pero sabe ser grave, caminar con una dignidad sonriente y pedir la palabra como un hombre ante

cuya autoridad todo debe quedar en silencio. Si interviene en una discusión, parece siempre dirigirse a niños: no tolera ni réplica ni controversia. Diríase que usa de la elocuencia hasta para pedir sus pantuflas. Amadeo tiene sus palabras clave, adora la terminología militar (como Lutero que proclamaba: "es un baluarte nuestro Dios, una invencible armadura"). De buen grado invoca el buen sentido, emplea proverbios y parece enunciar profundas verdades cuando, con aire benévolo y pensativo, nos revela que llueve o que dos y dos son cuatro. Amadeo afirma a los cuatro vientos que sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario, pero aborrece a los razonadores. La novedad lo enerva. Gusta de las danzas folklóricas, el rumor de los himnos revolucionarios, el naturismo, lo pintoresco de las procesiones y las fiestas amenazantes, en que la gran noche roja planea sobre la jovialidad popular. Pero lo que le gusta por sobre todo, son las reuniones solemnes en donde las palabras quemantes suscitan el fervor sonambúlico de las masas; es allí donde él tiene conciencia de su poderío. En el Templo, todo concurre a su felicidad: el ceremonial y los ritos, los cantos, los aplausos acompasados, los slogans y las letanías, el decorado y los símbolos. ¡Ah –piensa– cuán cierto es que nosotros encarnamos al pueblo, la revolución y el socialismo! Amadeo no es ya un individuo, un hombre como los demás: es una encarnación. Se identifica con la muchedumbre, se identifica con el amado y gran camarada que habla, se desdobla, se multiplica. Se siente predestinado, irremplazable, invencible.

Amadeo no piensa que el partido, su dirección, su política estén al margen de cualquiera crítica: no se trata de un pensamiento sino de una evidencia, de un axioma vital, de un postulado de su propia existencia así como de la existencia del movimiento obrero, de la nación, del universo socialista. Con frecuencia Amadeo produce silencios elocuentes que dan a entender que él es depositario de secretos de Estado y de una sabiduría poco comunicable. Todo en su persona revela la alta idea que tiene de sí mismo. Al igual que otros caudillas eminentes, ha sabido crear en torno suyo un clima de respetuosa consideración. Si alguien osara contradecirle, si

audacia parecería un crimen de lesa majestad. No sería Amadeo el afectado, sino el Partido, el socialismo, el porvenir de la humanidad. Se vería entonces surgir la sombría y lelaril naturaleza que Amadeo disimula. ¡Ay de aquel que no esté de acuerdo!

¿Amadeo habría acaso ascendido en vano en el escalafón de la jerarquía? ¿Qué haría entonces en la vida, él, el especialista de la incompetencia? En un pasado remoto trabajó con sus manos, durante una temporada, o un año, lo cual le permite llamarse obrero, mas ¿qué podría hacer hoy? Amadeo es el equipo; no sería nada fuera del equipo. Por eso es que de él fluye toda una filosofía conservadora, administrativa y policial: emana de él gracias a su calidad de burócrata incompetente y celoso de su autoridad. Cree que todo puede saberse a través de informes y que todo se gobierna administrativamente. Nadie es más inmisible, cruel y abstracto que este contralor universal que en el stalinismo ha encontrado su apoteosis.

¿Pero cómo conciliar la ortodoxia retrógrada del burócrata con el materialismo dialéctico? Mediante un juego de influencias contradictorias, la filosofía marxista se transformará imperceptiblemente. Ya no se dirá: lo verdadero es eficaz, sino lo eficaz es verdadero. Ya no se dirá: la clase obrera defiende a la ciencia porque sus intereses no están en contradicción con la verdad, sino la verdad es tal porque la clase obrera la defiende. Desviándose hacia el pragmatismo y el subjetivismo de clase, habrá tendencia a simplificar la teoría, a reducirla a un mínimo indispensable, a marginar todo cuanto presente una dificultad o exija cierta cultura: gracias a la teoría de los reflejo y a algunas consideraciones fisiológicas, el materialismo llegará a ser "materialismo vulgar". De la dialéctica sólo se retendrá la posibilidad de justificar las incoherencias o los cambios bruscos e imprevistos de una política decidida en otra parte. La exaltación de un porvenir de justicia será sustituída por el culto del poder, del hecho consumado, de la supremacía del Estado. Surgirán nuevos Calicles y Protágoras, que envilecerán el marxismo al punto de convertirlo en una retórica y una sofística.

El intelectual comunista deseaba al menos explicarse su universo e investigar las razones que en teoría pudieran justificar, desde el punto de vista marxista, la realidad del momento y de la ortodoxia: sabe que teóricamente está en la razón: "la primera regla de la dialéctica materialista, ha leído, es la de no confundir la realidad de las relaciones en lo social con las ideas corrientes acerca de estas relaciones; es ver la realidad social tal como es. La segunda regla de nuestro método exige el estudio de la realidad, en su conjunto, fuera de toda abstracción, "de toda ideología" ..." Vale decir, piensa nuestro intelectual, que el marxismo debe aplicarse a los propios marxistas, al progreso del comunismo... Pero aquí choca con la potencia de una ideología, que se niega a ser explicada, y pobre por lo mismo que es ideología.

¿Por qué, por ejemplo, la arquitectura soviética había evolucionado hacia esas pesadas construcciones recargadas de ornamentaciones? ¿Por qué la literatura se había vuelto tan convencional, tan moralizadora y monótona? ¿Por qué tanta vulgaridad en pintura? ¿Por qué se abandonaron los ensayos vanguardistas en cine y teatro? ¿Por qué la filosofía estaba convertida en un rezongo escolástico?

Bajo Stalin, es cierto, todos estos fenómenos estaban presentados como la más admirable expresión del socialismo. Mas ¿qué pensar de ello ahora? ¿Puede uno, como V. Ledur, sostener que la ideología expresada durante la época stalinista en las letras, las ciencias y las artes, era "científica", "racional", "conforme a su objetivo real"? Las formas de la superestructura y de la ideología en la Unión Soviética –así como su influencia en el movimiento comunista mundial– no pueden explicarse únicamente por la teoría socialista, por cuanto habría que admitir que la Idea pura ha irrumpido de pronto en el curso de la historia transtornando las bases de la explicación marxista: el materialismo sería aplicable a la sociedad capitalista, pero en todo análisis de la sociedad socialista se impondría el idealismo.

¿Por qué el intelectual comunista, para justificarse de él privado explicaciones diferentes de las que ofrece en público? ¿Por qué dice una cosa y escribe otra? Esta dualidad es

quiere, esta duplicidad, no procede de una psicología particular que lo diferenciaría de los demás hombres, sino de las condiciones reales de su actividad. En esta singular época nuestra, diríase que la palabra y la escritura han adquirido un valor mágico y de alegoría: da la impresión de que tales o cuales periodistas y escritores comunistas se preocupan menos de expresar su propio pensamiento que de disimularlo. Al hablar o escribir, se tiene el propósito de manifestar, demostrar, interpretar los sentimientos de la masa o del movimiento histórico: se es un portavoz. Este romanticismo está entremezclado de preocupaciones tácticas: uno quiere introducir un clavo (¡machíquese esto en la cabeza!), suscitar un movimiento político (se termina ritualmente con "en marcha hacia..." o bien "unámonos para..."), animar o desalentar, apoyar determinada personalidad o desmedrarla. Si X... dice que la línea recta es el camino más corto entre dos puntos, es, ya una vulgaridad o una frase tanto más peligrosa cuanto parece inocente, ya una verdad profunda o una decisiva contribución a las luchas del pueblo: todo depende de la etiqueta política de X... Es así como la palabra y la escritura pierden su valor de comunicación. Cuando se le pregunta a un periodista o escritor comunista por qué ha escrito una barbaridad cualquiera, se encoge de hombros, sonríe y contesta con alguna salida humorística: ha caído en el nihilismo por no poder resolver sus contradicciones. Está harto de sentirse culpable, haga lo que haga, cansado de chocar contra una burocracia conformista y mezquina, contra una ortodoxia pesada y una fraseología maniática. A veces se consuela pensando que tenía talento, pero es un pobre consuelo. El, cuyo oficio es escribir, no puede siquiera explicarse: es un portavoz y eternamente debe difundir la palabra. Otras veces, embiste con la cabeza gacha: no habrá nadie más ortodoxo que él. Pero falla el golpe: su mismo celo delata su incertidumbre personal y no ha podido dejar de deslizar una que otra expresión reveladora de sus reservas de conciencia.

Pero, en semejantes condiciones, ¿por qué no sublevarse? ¿Por qué no protestar públicamente? Es que la Unión Soviética, por más que se diga, es un país socialista; es que las

esperanzas de la clase obrera son conducidas por el Partido Comunista; el Partido, por cierto, no tiene la exclusividad de aquéllas y hasta es posible que pierda parte de su influencia si no se reforma, pero a los ojos de muchos intelectuales, el Partido Comunista no sólo ha representado a la clase obrera y expresado sus aspiraciones socialistas, sino que también ha realizado la política más justa y eficaz. Si consideran insoportable ciertas formas de la ideología y organización del Partido, no se plantean la cuestión de saber si estas formas, precisamente, han sido un obstáculo para la unificación de las fuerzas obreras y la reagrupación de las energías democráticas — y si, por lo tanto, estas formas motivarían algunas de las divisiones, flaquezas y fracasos de la causa socialista en los países capitalistas más desarrollados.

A propósito de ciertas actuaciones que él había aceptado como una necesidad del socialismo, el escritor norteamericano Howard Fast escribió últimamente: "Jamás podré ya aceptar eso. No podré nunca más aceptar como justo en el régimen socialista lo que es injusto en otra parte. No me he convertido en enemigo de la Unión Soviética: si lo fuera, demostraría que mi fe en el socialismo es harto débil, así como mi fe en la democracia parecería detestable si me constituyera en enemigo de los Estados Unidos. Sé que el socialismo es la etapa inevitable que conduce al porvenir hacia el cual la humanidad se encamina y sé que el socialismo traerá la justicia social si los hombres creen en él y luchan sin miedo ni compromiso para establecerlo. La Unión Soviética es un país socialista y por eso me he sentido orgulloso de defenderla públicamente. Si ello significa algo, siempre tendrá en mí a un amigo, a un hombre cuya fe en el socialismo no ha vacilado. Jamás olvidaré las realizaciones del socialismo, la destrucción de la locura nazi, la construcción y reconstrucción del gran país soviético, su lugar rector en el combate por la paz, la mano fraternal que tiende a los pueblos coloniales y a todos los oprimidos de la tierra".

Es cierto que en la Unión Soviética la propiedad privada de los medios de producción ya no existe; cierto es, asimismo, que la forma soviética del Estado ofrece amplias posibilidades

des de desarrollo democrático; no podría desconocerse tampoco el hecho de que el marxismo es la filosofía oficial de aquel país en pleno auge económico, y que en materia de arte y cultura el pueblo ruso no necesita probarnos su riqueza y su generosidad; al contrario, lo sorprendente es que la mediocridad burguesa llamada ideología socialista haya secado provisoriamente esas fuentes que en el pasado alumbraron a Dostoivsky, Gorki y tantos otros genios.

Uno no puede leer sin emoción la declaración de Howard Fast: "Donde he fracasado miserablemente, escribe, y que juro por lo más sagrado no volver a fallar, es al no haber empleado la misma severidad crítica para con la Unión Soviética. No se ha alterado por ello mi fe en el socialismo: esto, al contrario, la ha fortalecido, como ha fortalecido, por lo demás, la de muchos otros. Pues sólo quise ver a un país que había realizado su revolución socialista; y no supe ver que el establecer el socialismo al precio de abandonar los sagrados derechos de la conciencia y de la dignidad, el derecho a decir lo que a uno le place cuando le place, de hablar claro y sin rodeos para expresar la verdad tal como uno la ve —de no temer a ningún hombre, con o sin razón— que el establecer el socialismo a este precio no constituye una victoria".

Al leer estas líneas, debo hacerme una pregunta muy seria: ¿hice mal en no prestar atención a los escritos de Trotsky, de Victor Serge, de Panait Istrati, de Ciliga y de tantos otros? Lo que Kruschev reveló, ya ellos lo habían dicho. Cuando ocurrieron los grandes procesos de Moscú, no quise examinar sus argumentos. Dejemos de lado, por ahora, la política preconizada por unos y otros: con respecto a la arbitrariedad staliniana, dijeron la verdad. Si algún sentido tiene la declaración de Howard Fast, implica que en lo sucesivo él no desoirá ningún testimonio, ya sea el de un opositor o de un expulsado, de un hombre acusado como traidor o como renegado. Es en este sentido que puedo hacer mías sus palabras, pero mi razón no queda satisfecha. "Declaro enfáticamente, escribe Howard Fast, que sólo los locos o canallas pueden valerse de la locura o del carácter despreciable de un puñado de jefes soviéticos para predicar la destrucción del lugar del

mundo donde ha triunfado el socialismo. Sería como si a causa de McCarthy y sus viles secuaces, se pretendiera destruir todas las cosas buenas y magníficas que existen en los Estados Unidos. No prestaré mi concurso a acciones de esta índole. Pero debo decir que si Rusia tiene en mí a un amigo, tiene también en mí a un crítico severo e implacable. Nunca más guardaré silencio cuando me encuentre en presencia de la injusticia —no importa que el trapo sucio que la cubra sea el de la eficacia o el de la necesidad—, nunca más dejaré de hacer preguntas, de exigir pruebas. Nunca más aceptaré la "comprensión" dialéctica, que aparenta tener algún significado, pero no resiste al análisis".

Mi experiencia personal y el conocimiento de un sinnúmero de hechos me demuestran que no se trata solamente de "un puñado de jefes soviéticos" ni de la inmoralidad o la locura de algunos individuos. En cuanto a la amistad, hace falta que sean dos para entablarla. Un escritor del otro lado del Atlántico puede perfectamente adoptar el punto de vista del espectador, pero aquí nosotros no disponemos de ese confortable retraimiento. Nuestra actitud frente a la sociedad socialista se halla inextricablemente ligada a los problemas de la lucha política cotidiana. Podemos imaginarnos que en 1944-1945 el Partido comunista se hubiera hecho cargo del poder (sólo consideraciones de orden internacional impidieron tal suceso) y, sabiendo lo que ocurrió en la Unión Soviética y en las democracias populares, preguntamos ¿en cuántos procesos sangrientos nos habríamos visto mezclados en Francia? En nuestro caso no se trata de mirar desde lejos y contar los golpes. "L'Humanité" no ha publicado jamás un artículo que se asemeje, de cerca o de lejos, al de Howard Fast. Aún más, tenemos las mejores razones para creer que el equipo dirigente del Partido comunista francés estaba en antecedentes no sólo de los hechos relatados en el informe de Kruschev, sino de otros análogos: puesto que las personalidades eminentes de esa directiva, además de eludir toda explicación, restaron importancia a los hechos y trataron de disimularlos, nos asiste el derecho de suponer que estas personalidades aprobaban, con cabal conocimiento de causa, los métodos stalinianos, y de hoy

na gana los habrían aplicado en nuestro país. Sucede que en Francia existen millares de expulsados del Partido Comunista: lamento ser uno de ellos. En los medios socialistas y democráticos hay muchos militantes que por buenas o malas razones se han opuesto, en un momento dado, a los comunistas. El problema es simple: si se nos aplicaran los métodos stalinianos, tarde o temprano quedaríamos liquidados política, moral y físicamente. Ahora bien, los métodos stalinianos no han sido denunciados en forma convincente por la directiva del Partido comunista francés. La actitud de estos hombres colocados por Stalin y Beria llega hasta demostrar que se hallan convencidos de que los criminales procedimientos de Stalin eran legítimos. No se trata, pues, sólo de saber si emplearemos "severidad crítica" sino de que se nos den las condiciones adecuadas para poder ejercerla, llegado el caso.

"Era preciso —escribió Pierre Courtade, y así se hizo—, morderse y seguir construyendo el socialismo".

¿Morderse como Kostov o como los policías que lo torturaban? ¿Morderse como Stéphanov al acusar engañosamente a Kostov, o como Tchervenkov que temía la ira implacable de Stalin? ¿Morderse como el anciano Vishinsky, gran procurador de Stalin, o como Boukharin? ¿Morderse como los policías del N. K. V. D. que obligaban a unos pobres diablos a firmar confesiones preparadas de antemano, o empujaban hacia el interior de los vagones de destierro a innumerables Kalmouks? ¿Morderse como los antifascistas alemanes entregados por Stalin a la Gestapo, o como los militantes del P. O. U. M. torturados en los sótanos de Barcelona? ¿Morderse como el asesino de Trotsky manejando el azadón, o como los militares soviéticos entregados al pelotón de fusilamiento a su regreso de España?

"Ya no podré, escribe Howard Fast, aceptar como justo en el régimen socialista lo que es injusto en otra parte". Ni Pierre Courtade ni ningún otro portavoz de la directiva del Partido Comunista francés ha pronunciado jamás una frase que sea remotamente similar a aquélla. "Un verdadero revolucionario, escribe Courtade, se encuentra hasta el fin allí donde está lo mejor de la clase obrera, su vanguardia, su Par-

tido. Los problemas que se le planteen, inclusive la crítica de los errores del stalinismo, tienen sentido solamente si los plantea "dentro" del Partido y "por" el Partido. Al excluirse uno mismo del Partido por una deliberada provocación —tal es el caso de Pierre Hervé y de algunos más— se le resta todo significado revolucionario a una reflexión o a ciertas acciones que muy pronto naufragan en el oportunismo. Como lo demuestran varios ejemplos, al final está la traición".

Pierre Courtade va más lejos aún: sólo los comunistas están habilitados para hablar de los procedimientos stalinistas: "Camaradas que luchéis desde hace años, camaradas vendedores de periódicos, camaradas que vais de puerta en puerta, que organizáis las huelgas, que recolectáis los fondos, camaradas que habéis dado y continuaréis dando al Partido vuestro tiempo, vuestra salud, lo mejor de vuestra vida, no necesitaréis preguntaros quién tiene razón, si vosotros o los que, desde una terraza del Café du Commerce, comentan la estrategia de la revolución".

Al final de cuentas, Pierre Courtade llega a la siguiente conclusión: "Pensándolo bien, los únicos que tenían derecho a denunciar los errores cometidos en la URSS eran los propios soviéticos".

El circuito está cerrado. Imaginemos que a la muerte del Papa (la infalibilidad de Stalin era más absoluta que la suya; ponerla en juego a propósito de nimiedades habría sido considerado como un sacrilegio), se descubre que el vicario de Cristo era en realidad una especie de Borgia lúbrico y sanguinario que, por lo demás, había perdido la fe hacía mucho tiempo. Imaginemos que a Pierre Courtade se le ha encomendado la tarea de reconfortar a las almas piadosas. No pediría explicaciones, no diría: "Nosotros cristianos, tenemos derecho a saber cuáles son las causas y las responsabilidades de esta infamia"; no se pronunciaría sobre la idea por demás evidente de que para limpiar esta mancha de la Iglesia habría que plantear el problema públicamente delante de todos, creyentes o no creyentes. Pierre Courtade diría: "Pertigueros, monaguillos y campaneros, no os atormentéis, continuad apaciblemente vuestra diaria labor: nos-

gel las limosnas, murmurad padrenuestros, repicad las campanas: fieles, no necesitáis preguntaros quién tiene razón, si vosotros que tenéis fe o los malvados anticlericales que dicen que en la Iglesia hay algo podrido". Pierre Courtade, a fuerza de pensarlo, llegaría a considerar que sólo los Cardenales del Colegio Sacro tendrían derecho, llegado un momento determinado, a denunciar una odiosa impostura de la cual todos, cual más cual menos, habrían sido cómplices. ¡Ah! el espiritu revolucionario definido por Pierre Courtade es una beateria pestilente y retrógrada.

"Un verdadero revolucionario, escribe el moralista, se encuentra hasta el fin allí donde está lo mejor de la clase obrera, su vanguardia y su Partido". Esto, en rigor, sería cierto, si no significara realmente que hay que soportar cualquier cosa sin hacer nada eficaz para cambiar lo que se encuentra malo. Si los problemas no tienen sentido ni alcance revolucionario, cuando no se plantean "dentro del Partido", sería preciso que Pierre Courtade demostrara previamente que pueden ser planteados efectivamente dentro del Partido. Si ello no es posible ¿por qué entonces hay que seguir callando? ¿Debe uno hacerse el intérprete de ideas que le parecen falsas y engañosas?

Por lo demás, me había parecido que en el XX° Congreso del P. C. de la Unión Soviética se declaró en repetidas oportunidades que la unificación de los diversos partidos y tendencias del movimiento obrero es aconsejable. Courtade no parece compartir esta opinión cuando proclama que fuera del Partido comunista no hay salvación, quiero decir, no hay acción revolucionaria. Todos los militantes obreros que no pertenecen al Partido comunista ¿serán entonces "estrategas del Café du Commerce?"

Pierre Courtade conoce tanto como yo a antiguos militantes comunistas que dejaron el Partido o fueron expulsados de él. Sabe en qué forma han sido objeto de persecuciones, insultos y calumnias. "Habéis dado al Partido vuestro tiempo, vuestra salud, lo mejor de vuestra vida" podría también decirles Courtade, pero ahora no os queda más que callar porque "al final está la traición". Me parecía que en su fa-

moso informe Kruschev estigmatizó la forma en que Stalin empleara el concepto de "enemigo del pueblo" para destruir físicamente a quienes se le oponían. Recientemente, un gran escritor soviético respondió en forma bastante ingeniosa a alguien que le preguntó por qué nunca protestó contra el culto a la personalidad de Stalin: "Quería ver el resto". Nosotros somos algunos que también deseamos ver el resto, participar en la edificación del socialismo en nuestro país, tener amistad con la Unión Soviética. Y consideramos que la ideología, cuya noción de "enemigo del pueblo" es un aspecto, coloca frente a nosotros un asunto de vida o muerte.

Pierre Courtade, miembro del Comité Central del Partido comunista francés, se ha convertido en el discípulo de Joseph de Maistre. En el universo de la culpabilidad, enseña a morderse.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CUBANA

BIBLIOTECA NACIONAL
13 MAR 1958
Secc. Control y Cat.

INDICE

Al lector 7

Primera parte

PROMESAS Y REALIDADES 9

BORIS SOUVARINE

El "Octubre" soviético: ficciones y realidades 11

MANES SPERBER

Esperando la revolución rusa 35

IGNAZIO SILONE

Los Soviets en el poder 49

WILLIAM HENRY CHAMBERLIN

La gran decepción comunista 61

JAMES H. BILLINGTON

El renacimiento de la "Intelligentsia" rusa 77

Segunda parte

LITERATURA RECIENTE, ENJUICIANDO, LA ACCION DEL COMUNISMO

MILOVAN DJILAS

La tiranía sobre la mente 85

MICHEL COLLINET

La "destalinización" no repudia al stalinismo 111

MERLE FAINSOD – MICHEL COLLINET

Una sociología del poder soviético 119

PIERRE HERVE

En el universo de la culpabilidad, ¡muérdanse, camaradas; 115

CUARENTA AÑOS DE

REVOLUCION SOVIETICA

se terminó de imprimir bajo el sello de Editorial Del Pacífico, S. A., el 7 de febrero de 1958, en los prensas de la misma Editorial, San Francisco 116, Santiago de Chile.